This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

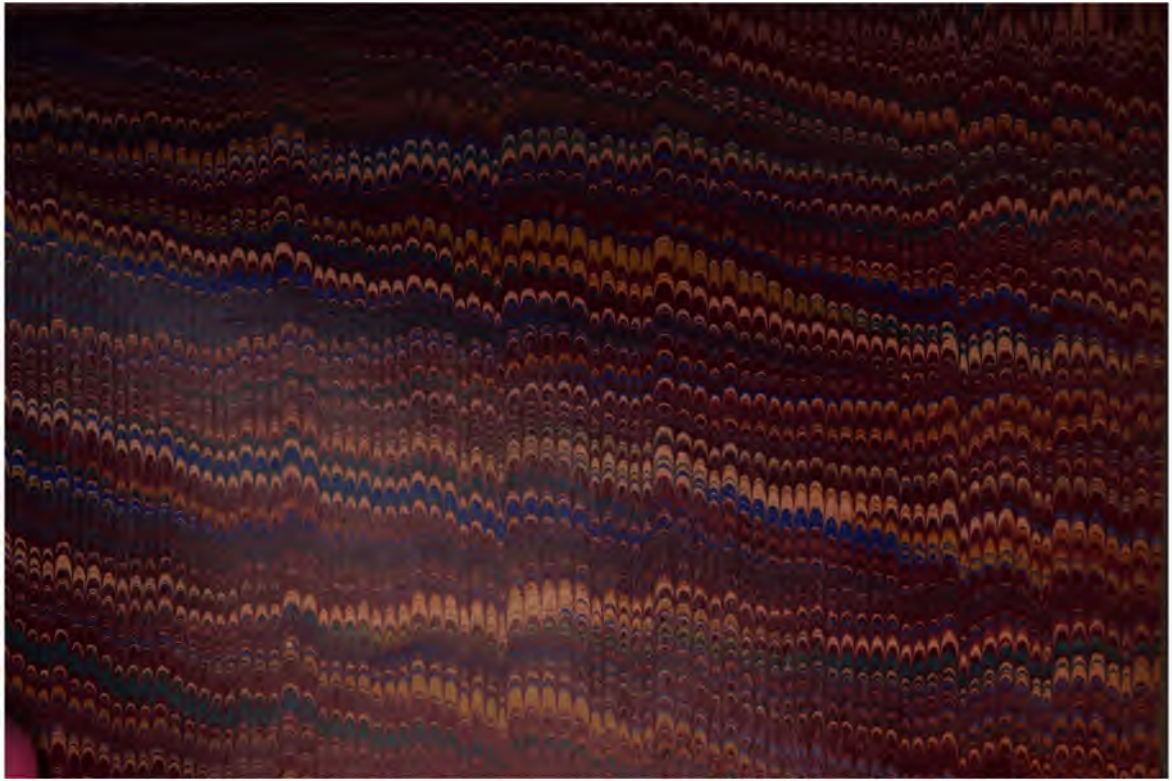
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

1050.13



OBRAS

DE D. TOMAS DE YRIARTE.

COLECCION

DE OBRAS EN VERSO Y PROSA

DE

D. TOMAS DE YRIARTE.

TOMO V.

Que comprehende la Comedia intitulada El Filósofo Casado, la Tragedia del Huerfano de la China, y La Librería, Drama en un Acto.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1805.

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY
OF OXFORD
JAN. 1947

AL LECTOR.

Por los años de 1769, 70, 71, y 72, inmediatos al establecimiento de un nuevo teatro Español en los Sitios Reales, tuvo superior encargo el Autor para traducir del Frances varias composiciones dramáticas, quales fueron el *Malgastador*, la *Escocesa*, el *Mal-hombre*, el *Aprehensivo* (ó *Enfermo imaginario*) la *Pupila juiciosa*, el *Mercader de Esmirna*, &c. Y como en aquel teatro se prefería para la Comedia la prosa al verso, en atencion á ser aquélla una imitacion mas natural de la conversacion, hallarse adoptada por Naciones cultas, y haber sido igualmente bien recibida entónces de la nuestra, se vertieron en prosa las citadas obras cómicas.

Pero considerando ahora que semejantes traducciones, aunque hayan producido buen efecto en la escena anima-

das con la accion teatral, le pierden en la lectura, por no descubrirse en ellas el mérito de la dificultad vencida, y por carecer de aquel particular atractivo del oido que en las hechas en verso se aprecia generalmente, sólo se incluyen en esta Coleccion la Comedia del Filósofo Casado y la Tragedia del Huérfano de la China, que son las únicas que el Autor traduxo en verso. Las trasladó sin ceñirse mui rigurosamente á los originales, y añadiendo ó quitando lo que le pareció conveniente, por que así lo requería ya la diferencia de nuestras costumbres y lenguage, ya el justo miramiento de no dexar correr máxîma ó expresion que pudiesen ofender nuestra delicadeza.

El Drama en un Acto, ó Sainete intitulado La Librería, que es el último del presente volúmen, sirvió de Fin de fiesta en una Comedia que se representó por Aficionados en una casa par-

ticular de Madrid ; y aunque escrito en prosa (porque así agradó á los Executores) se le da lugar en esta Coleccion, respecto á no ser traducido, sinó original, como tambien lo es la Comedia del SEÑORITO MIMADO impresa en el Tomo IV.

EL FILÓSOFO CASADO,

ó

EL MARIDO AVERGONZADO DE SERLO.

COMEDIA EN CINCO ACTOS,

TRADUCIDA DE VERSO FRANCES

EN VERSO CASTELLANO.

PERSONAS.

D. CARLOS.

D. LUIS [Amigo de *D. Cárlos*, y Amante de *Doña Rosa.*]

EL MARQUES DE LA RUEDA [Amigo tambien de *D. Cárlos*, y Amante de *Doña Jacinta.*]

D. ESTEVAN [Padre de *D. Cárlos.*]

D. DIONISIO [Tio de *D. Cárlos.*]

D.ª JACINTA [Muger de *D. Cárlos.*]

D.ª ROSA [Hermana mayor de *Doña Jacinta.*]

NARCISA [Criada de *Doña Rosa.*]

LUCAS [Criado.]

La Escęna ės en Madrid en la casa de D. Cárlos, *que tiene dos quartos diferentes al mismo piso, y con comunicacion.*

EL FILÓSOFO CASADO,

ó

EL MARIDO AVERGONZADO DE SERLO.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el gabinete de un hombre estudioso, con estantes de libros, y una mesa en que hai recado de escribir, libros, instrumentos matemáticos, y una esfera. Junto á esta mesa está sentado. D. Cárlos.

ESCENA I.

D. CARLOS [*solo y en bata.*]

En este retiro estói
Cada vez mas bien hallado.
Aquí felizmente gozo
La libertad, el descanso:
Aquí ni ambicion ni envidia
Me sirven de sobresalto:
Con arreglo á mi fortuna

Mis deséos satisfago:
Vivo solo, sin hacer
Profesion de solitario;
Y sin cuidar de precisas
Ocupaciones, trabajo.
Si un afan serio me cansa,
Las Musas con dulce trato
Me enseñan á divertirme
Sin presunciones de sabio.
Me figuro finalmente,
Que esta pieza es un palacio,
Los Cortesanos mis libros,
Y yo Rei, que en ellos mando.
Mas si en este quarto reina
La paz, en el inmediato
Todo es pura guerra: aquí
Soi soltero; allá casado.....
¡Casado yo!..... Sí: me armé
De Filosofía en vano
Contra aquel hermoso sexô
Á cuyo halagüeño encanto
(Bien á mi costa lo sé)
No resiste el juicio humano.—
Pero ¿no es mi Esposa amable?
¿No es espejo de recato?
Yo, Amante mas que Marido,

¿No soi Dueño de su agrado
Y de su amor? Pues ¿por qué
Contra el matrimonio clamo?—
Mui buena es mi Muger: sí;
Pero es mi Muger al cabo.
Nuevos defectos en ella
Voi cada dia observando
Que me ha ocultado hasta aquí
Su artificio..... ¡Ah, sexô falso!
¡Ah, Cárlos! qué necio fuiste!
¿Sólo para tu regalo
Expresamente querías
Se hubiese el cielo estrenado
En criar una muger
Sin pero?—Yo, mentecato,
Lo creí; y he cometido
Un yerro mas que mediano.
No hai remedio. Lo que importa
Es no hablar de lo pasado,
Fingir paciencia por fuera,
Y por dentro estar rabiando.
[*Empieza á leer, apoyando el codo en la mesa, y tan distrahido que no siente á* D. Luis, *que llega á ponérsele detras de la silla; y sin reparar en él, prosigue hablando.*]

ESCENA II.

D. CARLOS *y* D. LUIS.

D. CARLOS.

Vergüenza me da mirarme.
Parezco un vivo retrato
De un sabio en quien los sentidos
De la razon han triunfado.—
¡Cruel Amigo! Ah, D. Luis!
Tú fuiste quien, abusando
De mi amistad y creencia,
Me brindaste con el vaso
De veneno: tú dixiste
Que era la Novia un milagro,
Un Angel, tan tierna y dócil.....

D. LUIS.

No hai que arrepentirse tanto.

D. CARLOS.

[*sorprehendido, viendo á* D. Luis.]
¿Quien es?

D. LUIS.

Yo soi.

D. CARLOS.

Con ¿que vienes
Á cogerme descuidado?

D. LUIS.

Si estás hablando conmigo,
¿No he de responder al caso?

D. CARLOS.

No pensé que me escuchabas.

D. LUIS.

Tú sólo en decirme agravios
Es en lo que piensas. Dime:
¿Te he causado yo algun daño?

D. CARLOS [*levantándose enojado.*]

Haberme casado.

D. LUIS.

¿Y qué?
¿Te parece eso tan malo?

D. CARLOS.

No creí yo que lo fuera.

D. LUIS.

Pues aquí tú eres el Amo.
¿Todo lo que no te guste,
Hai mas sinó reformarlo?

D. CARLOS.

Hombre, calla; que á un Marido
Nunca puede faltarle algo
De que quexarse; y ya que
Por un accidente raro
Descubriste mi secreto,

Desde ahora el pecho te abro.

D. LUIS.

Mira: el matrimonio es.....

D. CARLOS.

Es una vida de Esclavos.

D. LUIS.

Para las pobres mugeres.

D. CARLOS.

Ya te cogerá á ti el carro
Como á mí: verás si es fácil
Ser siempre Amante y amado
De tu Muger solamente,
Si no echas, para lograrlo,
Tu memoria, entendimiento,
Y tu voluntad á un lado.

D. LUIS.

Pero una muger de juicio,
Con natural agasajo.....

D. CARLOS.

La mia tiene esas prendas,
Y otras mas; y sin embargo,
No dexa de hacer su gusto
Por mí.

D. LUIS.

Vaya: hablemos claros.
¿Qué la tachas?

D. CARLOS.

Su imprudencia,
Que al fin me ha de costar caro.
Temblando estói: tú no sabes,
Don Luis, los sustos que paso.
Parece que está empeñada
En que sepa todo el barrio
Que soi su Marido yo.
Cada dia va buscando
Nuevas visitas, de que hace
Confianza sin reparo.....
Sobre todo, de mugeres.—
¡Cierto que anda en buenas manos
Mi crédito!

D. LUIS.

Mal podrás
Lograr intento tan arduo.
¡Qué! ¿Siempre tu casamiento
Ha de estar oculto acaso?

D. CARLOS.

Oxalá: pues si mi Padre
Sabe que estói desposado,
Sin consentimiento suyo,
Secretamente ha dos años,
Me expongo á sus justas iras.

D. LUIS.

El te estima; y me persuado
Que luego se aplacará.

D. CARLOS.

No siento, á la verdad, tanto
Su indignacion como darle
Un pesar; por que le amo
Y venero de manera
Que de no haber consultado
Mi matrimonio con él
Me resulta un grave cargo.—
Y (aquí para entre nosotros)
Tengo, ademas de esto, empacho
De confesarme Marido;
Aunque sé que es un estado
Mui puesto en razon, mui útil,
Delicioso, bueno y santo,
Que las costumbres del tiempo
Tienen ridiculizado.
Esta no es razon que basta;
Pero.....

D. LUIS.

Tu prudencia alabo
En no descubrir á nadie
Esa flaqueza; y me espanto
De que no hayas recurrido

Á otro motivo fundado
Qual es el de contemplar
Á un Tio rico y avaro
Que tienes, y que (en su genio
Violento y extraordinario)
Te privará de su herencia,
Si averigua el nuevo estado
Que sin su venia abrazaste.—
Tu Muger, es necesario
Que se rinda á este argumento.

D. CARLOS.

Nó, nó: un candado en los labios
Es el argumento que hai.—
Pero aun tengo otro cuidado.
No es ella sola quien temo
Que divulgue lo que callo:
Su Hermana, aun mas imprudente,
Con sus caprichos extraños,
Que un minuto está de risa,
Y otro minuto de llanto;
Ya seria calla, ya alegre
Habla mas que un papagayo;
Y tan presto toma y dexa
El buen humor como el malo;
Su hermana, en fin, con quien quieres
Casarte, y que yo en presagio

Te aseguro desde ahora
Que ha de darte malos ratos,
Con su poco miramiento
Me tiene ya sufocado.
Ella me llena la casa
De gentes; y está tratando
Siempre aquí con sus Amigas.—
Don Luis, yo paso unos tragos
De muerte; por que, si voi
Á visitarla á su quarto,
Apénas entro, ya callan:
Luego empiezan á hablar baxo,
Á mirarme, á sonreirse:
Levantan de quando en quando
Allá una algazara entre ellas;
Y por ciertos gestos saco
Que mi dichosa Cuñada
A todos ha confiado
Mi secreto; y que podrán
Ser (en tres dias ó quatro)
Mis Confidentes Madrid
Y sus Pueblos comarcanos.

D. LUIS.

Pues esa es mucha imprudencia.
Verás qué bien se lo canto
A tu Cuñada y tu Esposa

Doña Jacinta.

D. CARLOS.

Nó: á espacio.
Mejor ha de ser hablarlas
Con suavidad. Mas te encargo
Adviertas á mi Parienta
Que verá como me escapo
Desde luego de Madrid,
Y me establezco en el campo,
Si no me guardan mejor
El secreto.

D. LUIS.

Bien pensado!.....
[*Con una risa falsa.*]
Pero usted se prevendrá
De paciencia, en todo caso.

D. CARLOS [*en el mismo tono.*]

Y usted, á imitacion mia,
Vaya haciendo de antemano
Bastante provision de ella.
Todos la necesitamos.
Yo conozco á Doña Rosa;
Y temo.....

D. LUIS.

Yo la idolatro;
Y de todos sus defectos

No se me daría tanto,
Si la dificultad sólo
Estuviera ya en casarnos.
Pero como, por las causas
Que sabes, no la declaro
Mi familia y apellido,
Conozco que está dudando
Si en ser mi Esposa tal vez
Se humillará demasiado.
Lo cierto es que ella me quiere:
Y si consigue mi Hermano
Que no se trate ya mas
De aquel lance tan pesado
Que sólo por pundonor
He tomado yo á mi cargo,
Sabrá tu Cuñada al punto
Qual es mi sangre y mi grado.

D. CARLOS.

Y eso ántes hoi que mañana.

D. LUIS.

Pues á Dios.—Voi como un rayo
Á reñir á tu Muger
Y á Doña Rosa.

ESCENA III.

D. CARLOS [*solo.*]

Yo aguardo
Á que este tonto se case;
Y así me veré vengado
De lo que por él padezco.
[*Vuelve á sentarse junto á la mesa, y á leer.*]

ESCENA IV.

D. CARLOS *y* NARCISA, *que, ántes de hablar, observa un rato á* D. Cárlos *en silencio.*

NARCISA [*aparte.*]

Siempre está leyendo mi Amo!—
[*A* D. Cárlos.]
Su Muger de usted, Señor.....

D. CARLOS.

Grita: eso es: dilo mas alto.

NARCISA.

Si haré.— [*Esforzando la voz.*]
Su Muger de usted.....

D. CARLOS.

Dime ¿no estói predicando
Cerca de dos años ha
Que semejante vocablo

No se pronuncie en mi casa?

NARCISA.

Ya lo sé; pero no caigo
Siempre en ello: — y sobre todo.
En decirlo ¿qué mal hago?

D. CARLOS.

Muchos males: el primero
No obedecer lo que mando:
El segundo.....

NARCISA.

Pensará
Quien oiga á usted, que es pecado
Dar á mi Ama el mismo nombre
Que recibió del Vicario.

D. CARLOS.

Narcisa!

NARCISA.

¿Qué manda usted?

D. CARLOS.

¿No oyes que te estói hablando?

NARCISA.

Pues quien atienda á sus cosas
De usted, tendrá buen trabajo.

D. CARLOS.

¿Podré decir dos palabras?

NARCISA.

Y aunque usted quisiera quatro.

D. CARLOS.

Tú no sabes que un secreto.....

NARCISA.

Dígole á usted que ha dos años
Que tenemos una vida
Que no es carne ni pescado;
Y ya el secreto me estorba.

D. CARLOS.

Y tú á mí me tienes harto.

NARCISA.

¿No es un cargo de conciencia
Pretender que estén callando
Tanto tiempo tres mugeres?
Yo viviría en un claustro
Con cilicios, oraciones,
Y ayunos, como á mi salvo
Me dexasen siempre hablar.

D. CARLOS [*levantándose.*]

Hablad: ¿quien os va á la mano?
Nó: no soi tan loco yo
Que me empeñe en sujetaros
La lengua. En un solo asunto
Impongo expreso mandato
De que calléis.

NARCISA.

Pues, Señor,
Como es el árbol vedado
Ese asunto, por lo mismo
Con mas gusto de él hablamos.
Si me pusieran delante
Diez manjares delicados,
Y entre ellos me prohibiesen
Probar algun mal guisado,
Cabalmente mi apetito
Se tiraría á aquel plato.
Y así considere usted
Como estaré yo rabiando
Por hablar de su casorio.

D. CARLOS.

¡Habrá espíritu mas raro
De contradiccion! Qué idéa!
Qué indiscrecion! qué desbarro!—
Esto es ser muger al fin.

NARCISA.

Sí; pero aunque así seamos,
Con todos esos defectos,
Mandamos á zapatazos
Á los hombres, siendo escollo
De Filósofos y vanos.
El juicio tienen ustedes;

Pero nosotras en cambio
Tenemos el atractivo.
¿Qual es mas fuerte contrario?
En vano contra nosotras
Claman severos los Sabios,
Pues su ceño no se libra
De nuestros ojos tiranos.
En su ciencia y sus estudios
Bien pueden estar fiados;
Que si ven en una Chusca
Una risita, un halago,
Á Dios, Amigo: rindióse
La plaza al primer asalto.

D. CARLOS [*aparte.*]

En dos palabras ha dicho
Toda mi vida y milagros.

NARCISA.

Dios me dexe ver á usted
Con seis Chiquillos al canto,
Que le alboroten la casa
Á gritos, lloros y saltos.—
¡Qué gracioso estará usted
Á caballito en un palo,
Ó jugando al escondiste
Con ellos para acallarlos!

D. CARLOS.

Ella se ríe á mi costa
La gran pícara; y lo malo
Es que tiene razon.—Mira:
Fuera arrojo temerario
Descubrir mi matrimonio;
Pues me llevaría el chasco
De no llegar á heredar
Á un Tio que Dios me ha dado.

NARCISA.

¡Qué! ¿Deséa usted ser rico?....
Vaya! son (si no me engaño)
Los Filósofos lo mismo
Que los hombres ordinarios.
¡Ola! Aquellos pensamientos
Que usted tenía tan altos,
¿Qué se han hecho?—Usted decía:
» No hai vicio mas vil y baxo
» Que el ansia de enriquecer.
» ¡Á quantos destruye, á quantos!
» Yo demasiado contento
» Con mi fortuna me hallo.
» Un tesoro de virtudes
» Es el mayor, el mas grato;
» Y por él despreciaría
» El cetro de un Soberano."

Y yo apuesto que si alguno
Despues tomara al Muchacho
Por la palabra, diría:
¿Pues qué? Soy yo tonto acaso?

D. CARLOS.

Todavía en lo que es justo
De esa opinion no me aparto;
Pero mis Hijos podrán
Maldecirme, si yo trato
De seguir (en daño suyo)
Mi Filosofía. El Sabio
Debe elegir un buen medio;
Y á mí me toca dexarlos
Bien puestos, y no quitarles
Esta herencia de las manos.

NARCISA.

Con muchísima razon.
Pero esos Hijos reparo
Que todavía no exísten.
Ya vendrán; mas, sin embargo,
Créa usted que su linage
No será muy dilatado.

D. CARLOS.

¿Y por qué nó? Apénas llego
Á treinta años; y así....

NARCISA.

¡Ai, Amo!
Usted quiere tener juntos
Muchos dones encontrados:
Y comunmente se dice
Que los hombres literatos,
Aunque por su habilidad
Son útiles al Estado,
No suelen....

D. CARLOS.

Ya está entendido.
Narcisa, merece aplausos
El cumplimiento ingenioso
Que me has hecho; pero añado
Que, aunque se sufran los chistes
En una Criada á ratos,
Crían alas y molestan
Si los Amos son bonazos;
Y al fin logran que las echen
Á la calle por un brazo.
Supongo que esta advertencia
Que hago á Narcisa de paso,
La servirá de gobierno.
Si nó, es fácil remediarlo.

NARCISA.

Un Filósofo parece

Mal Político, ignorando
Que en despedir á quien sabe
Su secreto busca un daño;
Y mucho mas si es del sexô
Inclinado á los resabios
De parlar, de desquitarse....

D. CARLOS.

Cierto: y aun es necesario
Dar uno á sus Confidentes
En buena moneda el pago.
[*Dala dinero.*]
Toma por ahora; y calla.—
Paciencia.

NARCISA.

Era bien pesado
El secreto; mas con esto
Ya se me va aligerando.
¡Qué Muchacha tan callada
Me voi haciendo! Entretanto
Póngame usted por remedio
Este ungüento Mexicano.

D. CARLOS.

Si en esto solo consiste,
¿Me servirás bien?

NARCISA.

De pasmo.—

Ah!.... Le daré á usted de parte
De su Parienta un recado....

D. CARLOS.

¿De quien?

NARCISA.

De su Muger.

D. CARLOS.

¿Como?

NARCISA.

Ah, sí! No sé lo que me hablo.
De mi Ama quiero decir,
Que ha de venir á este quarto
Á tratar ciertos asuntos
Con usted.

D. CARLOS.

Nó: no es del caso
Hablar con ella de dia.
Es menester excusarlo.
Dila, dila que á la noche
Tendrémos tiempo sobrado.—
Ahora voi á estudiar
Con sosiego por espacio
De un par de horas.

NARCISA.

Yo diré
Que hoi está usted ocupado.

ESCENA V.

D. CARLOS.

No hai argumento que así
Persuada como un regalo
Á tiempo, y la suavidad.
Grandes remedios son ambos
Para gente incorregible.
Con ellos veré si atraigo
Á Narcisa.—Ahora, pues,
Que me siento despejado,
Solo, y con tiempo de sobra,
Vamos á emplearle en algo.

ESCENA VI.

D. CARLOS *y* D.ª JACINTA.

D. CARLOS.

[*Reparando en su Muger.*]
¡Como! Tú en mi gabinete!

D.ª JACINTA.

¿Temes mi vista?

D. CARLOS.

Al contrario:
Mas te quiero que á mi vida;

Pero á estas horas extraño
Entres aquí. ¿No te han dicho
Mi respuesta á tu recado?

D.ª JACINTA.

Sí; pero pensaba hablarte
Sobre cierto punto.

D. CARLOS.

En dando
Tú en una tema, acabóse.

D.ª JACINTA.

¿Cometo algun atentado
En visitarte? Mi gusto,
Mi obligacion satisfago.

D. CARLOS.

La obligacion de una Esposa
Es mostrar en todo agrado.

D.ª JACINTA.

Sujecion querrás decir;
Y me parece, Don Cárlos,
Que de todo el matrimonio
Lo que te agrada es el mando;
Y que yo como una Esclava....

D. CARLOS.

Eso es llamarme Tirano,
Y me ofendes. Sólo pido
Una atencion, un buen trato;

Nó obsequios, ni esclavitud;
Y que jamas de tu labio
Salga, Jacinta, el secreto
Que estói encubriendo tanto.—
Si alguno entrase aquí ahora,
Y nos viese mano á mano,
Diría....

D.ª JACINTA.

Pues bien: que digan.
¿Á mí qué me importa?

D. CARLOS.

Alabo
La frescura! ¿Qué me importa?—
Dí, Muger: ¿has olvidado
Los motivos por que debo
Ocultar nuestro contrato?

D.ª JACINTA.

No puede ser.

D. CARLOS.

Ya se vé:
Si tú lo andas publicando....

D.ª JACINTA.

Por mí, yo haré lo que quieras;
Pero ¿pretendes acaso
Tapar la boca y los ojos
Á las gentes?

D. CARLOS.

Vamos, vamos:
Sin duda esto se descubre.

D.ª JACINTA.

Marido, yo tras de eso ando.

D. CARLOS.

¿Y por qué?

D.ª JACINTA.

Por que ya se halla
Mi corazon tan ufano
De poseer tal Esposo,
Que, para tener el lauro
Completo, sólo me falta
Poder desde hoi divulgarlo.

D. CARLOS.

¡Con qué maña una muger
Á un hombre le ata las manos!

D.ª JACINTA.

Tú la has tomado conmigo
No sé por qué.

D. CARLOS.

Si me enfado,
Es sólo contra mí propio,
Por que fuí tan insensato
Que te creí muger cuerda
Y de palabra en el pacto

Que solemnemente hicimos
Los dos ántes de casarnos
De que tu Hermana tan sólo
Lo sabría. Sin embargo,
Voi viendo que mi secreto
(Gracias á vuestro cuidado)
Se ha vuelto secreto á voces.

D.ª JACINTA.

Puedes hacer estos cargos
Á tu Cuñada; que yo
He callado demasiado.

D. CARLOS.

¿Y te pesa?

D.ª JACINTA.

Sí; por que
Con estos misterios damos
Á todos que sospechar.
Vivimos juntos: el barrio
Murmura lo que Dios quiere;
Y yo por todo ello paso.—
Lo que te suplico en premio
De mi paciencia, Don Cárlos,
Es que al Marques de la Rueda
Todo se lo descubramos.

D. CARLOS.

¿Al Marques? Qué estás diciendo?

De él cabalmente me guardo
Mas que de nadie. Aunque es hombre
Que, metido á Cortesano,
Sabe poco, y tiene un genio
Alegre, como Muchacho,
Es un Filósofo oculto,
Defensor del celibato,
Que hace manifiesta burla
De Novios y Enamorados;
Y yo mas de ochenta veces
(Para decírtelo claro)
Apoyando su opinion,
Por mi parte le he ayudado.
Si voi ahora á contarle
Que soi Marido ¿qué gano?
Que vaya haciendo de mí
Por todo Madrid escarnio.

D.ª JACINTA.

¿Y el matrimonio es afrenta?

D. CARLOS.

Es afrenta haber mudado
De idéas, conducta y genio;
Exponerse un hombre blanco
Á que le silben.

D.ª JACINTA.

Amigo,

El Marques no ha de ignorarlo.

D. CARLOS.

¿Qué motivo hai?

D.ª JACINTA.

Uno solo
Mui prudente y necesario:
Y quando le sepas....

D. CARLOS.

Vaya:
Dímele sin mas reparo.

D.ª JACINTA.

Pues mira: ese Palaciego
Que á todo el género humano
Satiriza, y que defiende
Que ha de ser uno de mármol
Para ser hombre de juicio,
Mui fino y apasionado,
Desde que viene á esta casa,
Me está siempre requebrando.

D. CARLOS.

¿A ti?

D.ª JACINTA.

Á mí.

D. CARLOS.

Jacinta!

D.ª JACINTA.

¿Qué hai?

D. CARLOS.

¡Buena traza!

D.ª JACINTA.

Por libraros
Á los dos quizá de un lance,
Callaba; pero ya es tanto
Lo que me hostiga, que elijo
Por medio mas acertado
Informarle francamente
De que ya es tuya mi mano.
Determina (pues para eso
Te concedo un breve plazo)
Quien de los dos ha de darle
La noticia. Yo no callo,
Si pasa del dia de hoi,
Por que ya estói reventando. [*Vase.*]

ESCENA VII.

D. CARLOS [*solo.*]

Oye, Muger.... ¿Qué me pasa?....
¿La creeré?.... Vaya: es falso;
Porque el Marques.... Apostemos
Á que todo es inventado

Por ella para.... Nó, nó:
Ella es muger de recato,
Y sospechar esto fuera
Agraviarla.—¿En qué quedamos?....
¡Enamorado el Marques!—
Me alegro como sói Cárlos....
¿De qué? De que solicite
Á mi Esposa? Es fuerte chasco.
Ya rezeloso mi honor....
¡Mi honor!.... ¡Oh, qué mentecatos
Somos todos los Maridos!....—
Buscaré al Marques.—Veamos
Si con un poco de maña
Le hacemos confesar algo
De su flaqueza.—Si está
Bien enamorado, guapo!
No se atreverá á culparme
De haber caido en el lazo.—
Por fin, tomaré un partido....
¿Pero qual?—Ese es el caso.

ACTO SEGUNDO.

Sala de la habitacion de D.ª Jacinta, *inmediata al gabinete de* D. Cárlos.

ESCENA I.

D.ª ROSA, *y* NARCISA.

D.ª ROSA.

¿Con que luego ha de venir
Aquí el Marques de la Rueda?

NARCISA.

Sí Señora.

D.ª ROSA.

¿Y te parece
Que él me quiere? Dí: ¿qué piensas?

NARCISA.

Que nó.

D.ª ROSA.

Si supieras tú
Lo que eso me desespera....

NARCISA.

No tiene usted que jurarlo.
Él no se rinde á bellezas.

D.ª ROSA.

Por lo mismo deseara

Que mis ojos le vencieran;
Y todo será que un dia
Se me ponga en la cabeza.
Ya sabes tú que hai un arte,
En el qual soi yo Maestra,
De atraher y avasallar
Aun al que mas nos desprecia.

NARCISA.

Haga usted por conquistarle.

D.ª ROSA.

¿Te burlas?

NARCISA.

Nó, nó: de veras.

D.ª ROSA.

Pues mira: no he de parar,
Narcisa, hasta que le véas
Á mis piés bien derretido.

NARCISA.

Pero usted, quando él la quiera,
¿Qué va á ganar?

D.ª ROSA.

¿Qué? Decirle
Que desprecio sus ternezas:
Que ni su genealogía,
Ni sus muchas conveniencias,
Ó su distinguida clase

Le libran de que le tenga
Por un fatuo presumido.

NARCISA.

No lo es, Señora: ántes lleva
La opinion de que el estado
Feliz es la indiferencia.
Respeta mucho á las Damas;
Y si llegara á quererlas,
Tuvieran razon de amarle.
Créo que usted (aunque él séa
Como dice) lograría
Gloria mucho mas completa
En rendirle, y complacerle
Con fina correspondencia,
Que en tener la voluntad
Siempre á ese Don Luis sujeta;
Que aunque ha mucho que con mi Amo
Tiene intimidad estrecha,
Y usted le quiere, yo estói
Mui mal con que se le atienda.
Usted debiera emplearse
En un hombre de otra esfera;
Por que Don Luis.... ya usted vé
Que....

D.ª ROSA.

Te engaña la apariencia:

Y á mí el corazon me dice
Que es preciso haya nobleza
En Don Luis. Y ¿qué sabemos
Si por razones secretas
Que quizá....?

NARCISA.

Sí: de esas cosas
Se léen en las novelas.
Yo bien conozco sus fines.
Aquella benevolencia
Y sumision es nacida
De su codicia. Él intenta
Hacer fortuna, aumentando
Su caudal con las haciendas
Que heredó usted de su Tia.
¿Le vé usted como una seda?
Pues asciéndale á Marido,
Verá como se rebela.

D.ª ROSA.

No dices mal. Muchas veces
Me han ocurrido sospechas
Sobre ese punto; y trayendo
Conmigo misma una guerra
Dos años ha, no he podido
Desechar mi pasion ciega.
Queriendo á Don Luis, mil veces

Le he recibido severa:
Mil veces le he despreciado,
Revestida de soberbia.
Salí de Madrid, creyendo
Sanar mediante la ausencia;
Pero todo ha sido en vano.
Estói hechizada.—Espera....
Con el mal humor que hoi tengo
Le haré perder la paciencia.

NARCISA.

Ahora no fuera malo
Tener alguna xaqueca,
Ó flato para adquirir
Un poco de displicencia.
Don Luis vendrá; pero usted,
Apénas le vé, flaquéa.

D.ª ROSA.

Nó: ya me voi disponiendo
Á indignarle con ofensas.
Dime algo para irritarme:
Tócame alguna materia
Enfadosa:— por exemplo,
De mi Hermana.

NARCISA.

Enhorabuena.
Pues es de saber que mi Ama

Con no sé qué impertinencias
Apuró ya el sufrimiento
Á Don Cárlos, de manera
Que le obligó á prorrumpir
Hoi en ciertas indirectas
Que podrán tener acaso
Algunas resultas sérias,
Con esto ya es muy posible
Que Doña Jacinta pierda
Su dicha y tranquilidad.
¿La pesa á usted?....

D.ª ROSA.

Me deleita
Esa noticia. Ha dos años
Que ni un instante me dexa
Vivir gustosa la envidia
Que tengo de que poséa
Tal felicidad mi Hermana.

NARCISA.

Pues, Señora, usted convierta
En iras todo ese gozo;
Por que de la tal quimera
Resultaron unas paces
Tan amistosas, tan tiernas,
Que el Filósofo Don Cárlos
Tuvo en ellas la flaqueza

De llorar. Yo me enternezco
De pensarlo....

D.ª ROSA.

¿Qué me cuentas?
¿Con que, en fin, no dexan ellos
De amarse?

NARCISA.

Con mas fineza
Que el primer dia. Ya es mi Amo
Esclavo de su Parienta.

D.ª ROSA.

¡Hai majadero...!

NARCISA.

Oiga usted.
Quanto mas quiere hacer ella
De mandona, al quarto de hora
Mas la estima.

D.ª ROSA.

¡Qué impaciencia!—
¿Qué gracia, qué don tendrá
Jacinta, que así maneja
Con tanta facilidad
Á un hombre de aquellas prendas?
Si fuera Marido mio
Cárlos (y oxalá lo fuera!)
Aunque pecase de humilde,

Era cosa mui diversa.
¡Pero sujetarse ahora
Á mi Hermana!.... ¡Qué baxeza!
Vaya: ese hombre no tiene ojos....
Á mí estas cosas me vuelan.

NARCISA.

Señora ¿á quantas estamos
De Don Luis?

D.ª ROSA.

¡Ah! Me atormentas
Sólo con nombrarle.

NARCISA.

Bien.
Ya viene él acia esta pieza
Cabalmente; y yo me voi
Por si estorba mi presencia. [*Vase.*]

ESCENA II.

D.ª ROSA, *y* D. LUIS.

D.ª Rosa *se recuesta lánguidamente en una silla; y se pone en ademan de pensativa.* D. Luis *está mirando un rato á* D.ª Rosa, *que hace como que no le vé.*

D. LUIS.

Usted deséa estar sola.

¿No es verdad?

D.ª ROSA.

Sí usted tuviera
Un poco mas de discurso,
Lo conocería á legua.

D. LUIS.

Señora, yo bien conozco
Que mis visitas molestan
Á usted; pero sin embargo....

D.ª ROSA [*con seriedad.*]

¿No hai forma de que una pueda
Verse libre de usted?

D. LUIS [*aparte.*]

Hoi
No está para muchas fiestas.
[*Siéntase en un rincon de la sala.*]
Vamos con tiento.

D.ª ROSA [*con enfado.*]

Bien puede
Usted tomar ya la puerta.

D. LUIS.

¿Podrémos saber por qué?

D.ª ROSA [*con gravedad.*]

Yo no tengo que dar cuentas
Á nadie.

D. LUIS.

Es cierto, Señora....
Pero si la ardiente hoguera
De mi pecho....

D.ª ROSA.

[*Levantándose de pronto, y con enojo.*]

Ya irá usted
Á decir una simpleza.

D. LUIS.

Pues no hablaré mas.

D.ª ROSA.

¡La ardiente
Hoguera! ¿Qué lengua es ésa?
Me revuelve interiormente.
No me la hable usted; y sepa
Que ya mi genio y el suyo
Se llevan mui mal.

D. LUIS [*aparte.*]

Paciencia!
No hai que hacer caso entretanto
Que dura esta ventolera.

D.ª ROSA.

¿Juzga usted que soi novicia?

D. LUIS.

No lo es usted. ¿Quién tal piensa?

D.ª ROSA.

¿Y qué quiere usted decir
Con eso? Salga usted: ea!

D. LUIS.

Pues á Dios.

D.ª ROSA [*deteniéndole.*]

Nó:—espere usted.
Ya caigo en que usted intenta
Quebrar la amistad conmigo,
Pronunciando una insolencia
Semejante. Bien está.
Quebremos quando usted quiera;
Pero ántes ha de decirme
Claro qué pulla fué aquélla.

D. LUIS.

Pensó usted que la tenía
Por novicia; y yo, en respuesta,
Procuré desengañarla,
Diciendo que usted no lo era.

D.ª ROSA.

Pero ¿eso qué significa?

D. LUIS.

Nada mas de lo que suena.

D.ª ROSA.

¡Qué pobre hombre es usted!

D. LUIS.

Yo?

D.ª ROSA.

¿Á qué viene esa modestia ?
Á usted sí le han de tratar
Como á novicio.

D. LUIS [*riéndose.*]

Usted créa
Que yo lo soi.... como usted.—
¡Y se ríe!....

D.ª ROSA.

Sí: por fuerza.
Aunque ahora estói rabiando,
Me ha gustado la agudeza.

D. LUIS.

Segun eso durarán
Ya poco nuestras pendencias.

D.ª ROSA [*volviendo á ponerse seria.*]

Nó, Señor: le juró á usted
Una antipatía eterna.

D. LUIS [*aparte.*]

Ella inventa extravagancias;
Mas yo sabré suspenderlas.—
Ya véo que es imposible,
Señora, que usted me absuelva.
No sé qual es mi delito;

Pero sí sé que mis quexas
Y obsequios me hacen odioso;
Y que en vano se violentan
En amor las voluntades.
Quizá, quando yo fallezca
De dolor, llorará usted
Mi muerte, y aun despues de ella
Me echará ménos.... Á Dios

D.ª ROSA [*enterneciéndose.*]

D. Luis! D. Luis!

D. LUIS [*mirándola tiernamente.*]

Oh! qué penas
Sufro por esa hermosura!

D.ª ROSA.

¡Que este traidor me enternezca!—
Oiga usted.

D. LUIS.

Voime; y acaso
Usted sentirá mi ausencia.

D.ª ROSA [*deteniéndole.*]

Nó, nó, D. Luis.

D. LUIS.

Usted mire
Que sólo por complacerla
Me quedo.

D.ª ROSA.

¿Por complacerme?

D. LUIS.

Ó si nó, por obediencia.

D.ª ROSA.

¡Qué rabia!

D. LUIS.

¿De qué, Señora?

D.ª ROSA.

De que séa yo tan necia
Que no me pueda pasar
Sin ver á usted. Yo quisiera
Desde ahora aborrecerle....
Tanto como le amo.

D. LUIS.

¡Es buena!
¿No acaba usted de jurarme
Una antipatía eterna?

D.ª ROSA.

Ah! como mentí!.... Ya juro
Lo contrario.

D. LUIS.

¡Qué protestas!
Y ¿qual de esos juramentos
Creeré tenga firmeza?

D.ª ROSA.

El último, que ha nacido
De una pasion verdadera
Del corazon; que el primero
Sólo le dictó la idéa.
Mi pecho se inclina á usted:
Mi discurso no lo aprueba.

D. LUIS.

Luego ¿tengo yo defectos
Que....

D.ª ROSA.

¿Defectos? Á docenas.
Esa es materia mui larga.

D. LUIS.

Bien: pues echémosla tierra.

D.ª ROSA.

Usted, en primer lugar,
Aunque su exterior demuestra
Gran sinceridad, oculta
Mucha malicia y trastienda.——
Oiga usted un sermoncito,
Sin aguardar á quaresma.——
Usted se tiene por hombre
De mérito, y menosprecia
El de otros públicamente.
Mas, por debaxo de cuerda

Satiriza á sus Amigos;
Y en viéndose en su presencia,
Los adula. El interes
Y amor propio siempre reinan
En usted; y si las Damas
No le miran, se recréa
En contemplar su beldad
En un espejo hora y media.
Amigo, esta pinturita
Debe darle á usted vergüenza;
Mas con todas esas faltas
Le quiero á usted muy de veras.

D. LUIS.

Bien, Señora: yo hablaré
Con esa misma franqueza.
Usted es graciosa, es noble;
Pero impaciente, soberbia.
Nunca los males que advierte
En el próximo la alteran;
Y de ver á los demas
Con salud se pone enferma.
Usted tiene entendimiento;
Pero á veces da en rarezas;
Y en mi vida he visto humor
Con tantas intercadencias.
Á toda muger bonita

La declara usted la guerra;
Y despues al mundo entero
Con sus ojos quiere hacerla.
Decir quatro sequedades
Crée usted que es ser ingenua.
En fin, de todos asuntos
Hablad usted, venga ó no venga;
Y no es capaz, sobre todo,
De tener cosa secreta.
Amiga, esta pinturita
Debe darla á usted vergüenza;
Mas con todas esas faltas
La quiero á usted mui de veras.

D.ª ROSA.

¿Es posible?

D. LUIS.

Sabe el cielo
Que es fiel mi aficion, que es ciega;
Y aunque conozco en usted
Ciertos defectos que aféan
Sus gracias, mi pecho amante
Repara en ellos apénas.

D.ª ROSA.

Ménos los he reparado
Yo, pues me cogen de nuevas.
Nó: no quiero yo Marido

Que me conozca y me entienda
Como usted, sinó que piense
Que su Muger es perfecta.

D. LUIS.

Bien está: sí lo es, y mucho.
¿Queda usted ya satisfecha?

D.ª ROSA.

Tarde se desdice usted.
No cuela, Amigo, no cuela.

D. LUIS.

Todo ha sido chanza, y dicho
Sin fin de que usted se ofenda.

D.ª ROSA [*en tono de suavidad.*]

¿Podré esperar todavía.
Don Luis, que usted me obedezca?

D. LUIS.

Siempre.

D.ª ROSA [*con seriedad é imperio.*]

Pues no vuelva usted
Á ponerse en mi presencia.

D. LUIS.

Usted se burla.

D.ª ROSA.

No burlo.—
Pronto; sin replicar; fuera,
Antes que haga un disparate....

ESCENA III.

D.ª ROSA [*sola.*]

¡Como! Á mí estas insolencias!—
Segun él dice, soi loca,
Y lo que llaman *Coqueta*....
Loca sí soi, pues le quiero.
Mas (si bien se considera)
¿No es Don Luis Mozo y Galan,
Digno de que le prefieran?
Es verdad; y ésa es mi rabia:
Con que, siguiendo esta regla,
Supuesto que le amo tanto,
No soi loca: es conseqüencia.
En quanto á *Coqueta*: vaya!
¿Lo soi, ó nó? Echemos cuentas.
Doña Rosa, la verdad.—
Vamos que en parte no dexa
Don Luis de tener razon.
Pero ¿en mi sexô es afrenta
Querer agradar á muchos,
Y que mil nos hagan fiestas?
Esta por ostentacion,
Por mera ambicion aquélla,
Y por complexîon la otra,
Todas lo mismo deséan.—

Dice que soi impáciente
Y envidiosa. Pues ¿qué piensa?
¿Que me ha de gustar que viva
Feliz mi Hermana y contenta,
Y que (siendo yo mil veces
Mas Dama) Jacinta tenga
Un Esposo que de mí
Debió prendarse, y nó de ella?—
Soi soberbia? Y bien está:
¿Hai muger que no lo séa
Conociendo que es bonita?—
Soi imprudente y parlera.
¿Quien dice que las mugeres
Para secretos son buenas?—
En fin, seré caprichosa.
Y digo: ¿hai mayor cansera
Que ser una siempre igual,
Y no variar de sistema?
Con que así, Señor D. Luis,
Resulta, con su licencia,
Que usted es un embustero,
Y yo una muger perfecta.

ESCENA IV.

D.ª ROSA *y* D.ª JACINTA.

D.ª JACINTA.

[*Despues de haber estado escuchando por detras á* D.ª Rosa.]
Muger perfecta: eso sí.
¡Valiente sermon de exêquias
Te has hecho á ti misma en vida!

D.ª ROSA.

¿Te ha gustado?

D.ª JACINTA.

¿Quien lo niega?

D.ª ROSA.

Oyes? si predico el tuyo,
Entónces será la fiesta.

D.ª JACINTA [*sonriéndose.*]

Es que, tratando de mí,
Hablas tú de otra manera.

D.ª ROSA.

Yo digo aquello que créo,
Y siempre cosas mui ciertas.

D.ª JACINTA.

No todo lo que se crée
Ha de ser verdad por fuerza.

D.ª ROSA.

Yo bien sé que nunca es falsa
Cosa alguna que yo créa.

D.ª JACINTA.

Sí; y aun por eso te tienes
Por cabal.

D.ª ROSA.

Clara es la prueba;
Por que entre nosotras dos
Hai una gran diferencia.

D.ª JACINTA.

En no parecerse á ti
No créo que nadie pierda.

D.ª ROSA.

Quieres engañar al mundo
Con tu carita modesta;
Pero todos te conocen.

D.ª JACINTA.

De mí ninguno se quexa
Aunque me haya conocido:
Otras, si las conocieran,
Nada ganaran en ello.

D.ª ROSA.

Te alabas de la destreza
Con que embobas á tu Esposo,
Que por mucha bondad peca.

D.ª JACINTA.

Yo sólo aspiro á agradarle:
Este es mi arte, y él le aprecia.
Tú le adelantaras mas,
Como mi estado tuvieras.

D.ª ROSA.

No conoce bien Don Cárlos
Tu hipocresía y cautela;
Ni que tu mérito es solo
Un mérito de apariencia.

D.ª JACINTA.

Tú que en realidad le tienes,
Y tanto de ello te precias,
Deseaste conquistarle,
Y no lograste la empresa.

D.ª ROSA.

Dices bien. Por que no quise,
No llevé la preferencia.

D.ª JACINTA.

Siendo mi Hermana mayor,
¿Como pudiste perderla?

D.ª ROSA.

¿Como?—Por ser para mí
Pequeña conquista aquélla.

D.ª JACINTA.

Con todo eso, mi fortuna

En ti la envidia despierta.
Como á Hermana me estimabas;
Ya casada, me desprecias.

D.ª ROSA.

Casada: sí: con un tonto.

D.ª JACINTA.

Alto ahí!— Si hai quien se atreva
Á injuriar á mi Marido,
Yo emprenderé su defensa:
Y usted saldrá de esta casa,
Si no procede mas cuerda.

D.ª ROSA.

De mui buena gana: ya
Es imposible que pueda
Vivir contigo un instante.
Me sufocas, me degüellas;
Y aunque tengas diez Maridos,
He de hacer que te arrepientas.

ESCENA V.

D. CARLOS, D.ª JACINTA *y* D.ª ROSA.

[Don Cárlos *sale con un libro en la mano; y* D.ª Rosa *le tira del brazo, dexándole caer el libro.*]

D.ª ROSA.

Venga acá el Señor Don Cárlos;
Que, para que se divierta,
Quiero contarle mil cosas.—
Sepa usted que su Parienta....

D. CARLOS.

¿No hemos quedado cien veces
En que jamas se profiera
Tal nombre?

D.ª ROSA.

Vaya, Señor!
Dexe esa delicadeza.

D.ª JACINTA.

Si tú como buen Marido
Me estimas....

D. CARLOS.

Mui bien empiezas.
¡Marido! Cárlos me llamo.—

En suma, segun las señas,
Por frioleras quizá,
Tuvisteis una refriega.

D.ª JACINTA.

¿Como? ¿ Frioleras dices?

D.ª ROSA.

Sí: no es mala friolera!

D.ª JACINTA.

Usted, pues, Señor Don Cárlos,
(Ya que manda que por fuerza
Se le dé este tratamiento)
Sepa que mi Hermana....

D.ª ROSA.

Sepa
Que Jacinta....

D. CARLOS.

Bien: las dos
Tenéis razon.

D.ª JACINTA.

¡Qué paciencia!

D.ª ROSA.

No hai que burlarse: se trata....

D. CARLOS.

Se trata de que esté quieta
La casa. Yo no exâmino
Las causas de la querella,

Por que para averiguarlas
Tendrémos qüestiones nuevas.
Sólo quiero que una y otra,
Por darme gusto, convengan
En hacer las amistades.

D.ª ROSA.

¿Quien? yo? ¿No sabe usted que ésta
Me ha despedido de casa?

D. CARLOS.

¡Como! Semejante idéa
En Doña Jacinta cabe?

D.ª JACINTA.

¿Qué quiere usted que suceda,
Si estaba ultrajando á usted
Doña Rosa en mi presencia?

D. CARLOS.

Vaya: no hai que alborotarse,
Si era por eso la gresca;
Que á mí injurias de mugeres
No me hacen la menor mella.

D.ª JACINTA.

Eso es mucho despreciarnos.

D.ª ROSA.

Las mugeres no se truecan
Por quantos Ingenios hai
Entregados á las Letras.

D.ª JACINTA.

Para usted no hai nada bueno,
Si no está en letra de imprenta.

D.ª ROSA.

Trate usted con las mugeres;
Que ellas á vivir enseñan.

D. CARLOS.

Pues estamos bien. Ahora
Ya es conmigo la pendencia.—
Señoras, si no hago caso
De que las Damas me ofendan,
Es por respeto á las faldas.
Veamos si se sosiegan
Ustedes, y me refieren
Como empezó la quimera.

D.ª JACINTA.

[*Despues de haberse parado á reflexionar un instante.*]
Á mi Hermana que lo diga.

D.ª ROSA.

Nó, Señor: que lo diga ella.

D.ª JACINTA.

Yo no me acuerdo.

D.ª ROSA.

Ni yo.

D. CARLOS.

¿Con que, en resumidas cuentas,
Reñís sin saber por qué?
Pues yo daré aquí sentencia.
Ó Haced las paces, ó sois
Locas hechas y derechas.

D.ª JACINTA.

Poco á poco.

D.ª ROSA [*enojada.*]

La mas loca
De nosotras es mas cuerda
Que usted.

D. CARLOS.

Pues bien. Usted riña,
Si con eso está contenta.

D.ª ROSA.

Yo riño quando me enfado;
Pero así con esa flema
Que usted gasta, nó Señor.

D. CARLOS.

Siento que ustedes suspendan
La qüestion; por que confieso
Que las dos á competencia
Me tenían divertido
Con sus dichos y vivezas.
Anímense ustedes: vaya!

¿Se han cansado ya esas lenguas?

D.ª ROSA [á D.ª Jacinta.]

Oyes? divierte al Señor.

D.ª JACINTA.

¡Qué diversion tan amena!

D.ª ROSA.

Pues no ha de reirse usted
Por ahora á costa nuestra;
Y harémos las amistades
Solamente por la tema.

D.ª JACINTA.

Aunque no pensaba en ello,
Para siempre habré de hacerlas.

D.ª ROSA.

Venga esa mano.

D.ª JACINTA.

Mui bien.

D. CARLOS.

Á mucha costa se vengan.

D.ª ROSA.

Pues mejor para nosotras.

D. CARLOS.

Ahora ya sólo resta
Que, para hacerme rabiar,
Se abracen.

D.ª ROSA.

Jacinta, llega:
Sólo por eso, un abrazo.

D.ª JACINTA.

Bien está: lo que tú quieras.

[*Abrázanse las dos.*]

D. CARLOS.

Eso es.—Y yo, para que ambas
Conozcan quanto me pesa
De verlas ya tan Amigas,
Tambien quiero en recompensa
Abrazarlas.

D.ª ROSA.

Ah! qué falso!

D.ª JACINTA.

Engañónos con destreza.

D. CARLOS.

Mi deséo se ha cumplido.

[*Abraza consecutivamente á las dos.* D. Dionisio, *que llega á la sazon, se detiene observando á* D. Cárlos; *y apénas aquél habla, se van corriendo las dos Hermanas.*]

ESCENA VI.

D. CARLOS *y* D. DIONISIO.

D. DIONISIO.

Aprieta, Sobrino, aprieta.—
¡Vaya que te portas!

D. CARLOS.

[*Inmóbil sin mirar á* D. Dionisio.]
¡Como!
¡Qué escucho!— La voz es ésta
De mi Tio Don Dionisio.
¿Hai mas desgracias que lluevan
Sobre mí?

D. DIONISIO.

Perdone usted
Que interrumpa sus taréas
Filosóficas.—Don Cárlos,
¿Quienes son esas Mozuelas?

D. CARLOS.

Por Dios, Tio: sin injurias.—
Estas son....

D. DIONISIO.

Dí.

D. CARLOS [*aparte.*]

¿Qué respuesta
Le daré?

D. DIONISIO.

¡Voto al Sobrino!....
Habla.

D. CARLOS.

Si no se serena
Esa cólera....

D. DIONISIO.

Usted es
Un pícaro, un calavera,
Señor Filósofo.—Vaya:
Aquí no valen zalemas;
Y se me ha de responder
Clarito, que yo lo entienda.

D. CARLOS.

Sí, Señor: responderé....
Fácil es;.... pero quisiera
Ver á usted mas sosegado....

D. DIONISIO.

¡Por vida de....!

D. CARLOS.

Usted se altera,
Y me corta. Es menester....

D. DIONISIO.

¿Soi yo acaso algun Babieca?

D. CARLOS.

Antes es usted discreto

Y juicioso; á que se agrega
Que gasta buena salud,
Y desfruta muchas rentas.

D. DIONISIO.

Toma!....

D. CARLOS.

Fuera de esto, tiene
Una ilustre parentela.

D. DIONISIO.

No pregunto eso....

D. CARLOS.

Tambien
Es fortuna no pequeña
Hallarse Viudo y sin Hijos....

D. DIONISIO.

Al caso sin mas arengas.

D. CARLOS.

Usted, pues, goza el sosiego
Y la libertad que anhela
Qualquier hombre de razon....

D. DIONISIO.

¡Canalla!

D. CARLOS.

Le ama y venera
Su Sobrino; y sin embargo
De tan grandes conveniencias....

D. DIONISIO.

Pues ese mismo Sobrino
Que me estima y me respeta
Con tanta bachillería
Ya me aturde la cabeza.

D. CARLOS.

Pero, Señor....

D. DIONISIO.

Con que me hables
Dos palabras mas siquiera,
Te desheredo.

D. CARLOS.

Pues voime;
Puesto que usted se impacienta.

D. DIONISIO.

Nó, nó: es preciso decirme
Qué Ninfas eran aquéllas.

D. CARLOS.

Aquéllas.... son dos Hermanas.

D. DIONISIO.

¿Y qué mas?

D. CARLOS.

[*Despues de meditar un poco.*]
Son.... Burgalesas.

D. DIONISIO.

Adelante, Seo Don Cárlos,

D. CARLOS.

Se iban ahora á una Aldéa;
Y yo, sin malicia alguna,
Quise despedirme de ellas.
No ha habido mas.

D. DIONISIO.

Á otra cosa.—
Vengo á cierta diligencia
Que importa, y que ha de servirte
De satisfaccion completa.

D. CARLOS.

¿Y á qué, Señor?

D. DIONISIO.

Á casarte.

D. CARLOS.

¿Á casarme?

D. DIONISIO.

Pues.—¿No quedas
Agradecido?

D. CARLOS.

Sí, Tio;
Pero....

D. DIONISIO.

No hai pero que tenga.
Traigo conmigo la Novia;
Y deséo que la véas.

D. CARLOS.

¿Pero quien es?

D. DIONISIO.

Es mi Hijastra.

D. CARLOS.

¡Pobre de mí!

D. DIONISIO.

La propuesta
Parece que te disgusta,
Segun lo que titubéas.

D. CARLOS.

Nó, Señor.

D. DIONISIO.

Es buen partido;
Y no hai que hacerse de pencas.

D. CARLOS.

Es así, pero no extrañe
Usted que con tal sorpresa....

D. DIONISIO.

Bien está. Vengo cansado,
Por que llego de mi hacienda,
Voi á tomar por refresco
Un trago de Valdepeñas,
Y á reposar; que despues
Tratarémos la materia. [*Vase.*]

ESCENA VII.

D. CARLOS, *y luego* NARCISA.

D. CARLOS.

¿Qué será de mí?— Estói muerto!
[*Á* Narcisa, *que sale.*]
¿Qué hai?

NARCISA.

El Marques de la Rueda,
Como usted pasó á buscarle,
Ha respondido que piensa
Comer hoi con usted.

D. CARLOS.

Otra!—
Que vaya en una carrera
El Lacayo, y que le diga....

NARCISA.

Nó, nó: el Marques está cerca.

D. CARLOS.

¿Donde?

NARCISA.

Aquí dentro de casa.

D. CARLOS.

Pues dile, si acaso espera,
Que mi Tio....

NARCISA.

El tal Marques
Quedaba ahora en la pieza
De mi Ama.

D. CARLOS.

¿De tu Ama?

NARCISA.

Sí;
Y el pobrecito se ingenia:
Se le encandilan los ojos;
La echa flores, la requiebra,
Y aun se arrodilla á sus piés.
Yo doi por cosa supuesta
Que todo es por pasatiempo,
Y con aquella inocencia
Que ha conocido usted siempre
En él....

D. CARLOS.

[*Con una risa afectada.*]
Ya, ya.—
[*Aparte.*] Esto me quema.
Mira: ve á decirle.... Aguarda:
No le digas nada: dexa;
Por que he de tener con él
Una larga conferencia
Quanto ántes.— Ya iré yo allá.

NARCISA.

Ahora que está en conversa
Con mi Ama, aunque usted no vaya
En un par de horas, no tema
Que se canse de esperar. [*Vase.*]

ESCENA VIII.

D. CARLOS.

Yo lo créo; pero es fuerza
Hablarle en mi quarto á solas.
¡Qué fortuna tan adversa
Es la mia!.... ¿Qué me pasa?—
La Muger me galantéan:
Me quieren casar con otra:
El Tio me deshereda
Si sabe mi matrimonio....
Y mi Padre.... ¡qué vergüenza!—
Nadie me guarda secreto:
Todos hacen de mí befa.
No soi Filósofo ya;
No soi nada de lo que era.
Soi un.... ¿qué sé yo? un Marido.—
Loco estói! Si no te llevan
De esta hecha á Zaragoza,
Cárlos, te escapas de buena.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

EL MARQUES [*solo.*]

Este Tio de Don Cárlos
Es un singular modelo
De grosería y barbarie.
Como es travieso de ingenio
Y áspero de condicion,
No hai quien le sufra; y por eso
El Sobrino se ha irritado,
Sin bastarle aquel sosiego
Y Filosofía. El pobre
Bien la ha menester.—Pasemos
Á ver á Doña Jacinta,
Miéntras Don Cárlos adentro
Goza la gran diversion
De conversar con el Viejo.—
Pero ya esta aquí.

D. CARLOS [*que sale.*]

Marques,
No pude venir mas presto.
Perdona; porque mi Tio,
Importuno, majadero....

EL MARQUES.

¿Conmigo esas ceremonias?
No sabes el sentimiento
Que tuve de haberte visto
Metido en aquel aprieto.

D. CARLOS.

¡Qué imprudencia! Perseguirme
Hasta mi propio aposento!
Hundirnos la casa á voces;
Interrumpirnos, y luego
De repente atropellarme!

EL MARQUES.

En suma ¿qué se ha resuelto?

D. CARLOS.

Nada; por que habla de asuntos
En que no nos compondrémos.
Con no sé qué Hijastra suya
Quiere casarme.

EL MARQUES.

¿Tan necio
Habías de ser, que ahora
Pensases en casamiento?
No hai cosa como seguir
La Filosofía. ¡Cierto
Que nadie sabe valerse
De ella como tú!

D. CARLOS [*aparte.*]

Está haciendo
Sin duda burla de mí.
¿Si sabrá ya mi secreto?—
Es verdad que muchas veces
Yo, con poco miramiento,
Contra los pobres Maridos
He dicho mil vituperios.

EL MARQUES.

Como! ¿Quieres desdecirte?

D. CARLOS.

Sí, Amigo: ya casi empiezo
Á tenerles compasion.

EL MARQUES.

¡Pobre Mozo! Fuera bueno
Que estuvieras ya casado!
Han corrido por el Pueblo
Ciertas voces....; pero yo
Léjos de darlas asenso,
He reprehendido á muchos
Que forjaban este cuento.

D. CARLOS.

En eso, Marques, hiciste
Mui bien; y te lo agradezco.

EL MARQUES.

¡Delante de mí ultrajarte!

Todo sufro ménos eso.

D. CARLOS.

¿Pero qué? ¿Sería ultrage,
Si yo acaso.... por exemplo....

EL MARQUES.

Tal ha sido, y tan sonado
Siempre en Madrid el empeño
Con que has colmado de elogios
El estado de Soltero;
Tanta lástima has mostrado,
Y tanta rechifla has hecho
De todo el que para siempre
Se esclaviza sin remedio;
Y en fin, te hemos visto hacer
Tan solemne juramento
De mantener la conducta
De Filósofo, viviendo
Sin casarte, que si ahora
Tiene el público rezelos
De que eres Novio, será
Capaz de ponerte un pleito.
Maridos, Casadas, Mozas,
Niños, Muchachos y Viejos
Se reirían de ti....

D. CARLOS.

Y con mucho fundamento

[*Aparte.*]
Si llega á saber este hombre
Mi boda, lucido quedo.

EL MARQUES.
Bien conoces la franqueza.
Con que te hablo.

D. CARLOS.
Ya lo véo.

EL MARQUES.
Dí: ¿no es verdad que Jacinta
Es tu Amiga, y no mas?

D. CARLOS.
Cierto.

EL MARQUES.
Yo he dicho siempre lo mismo;
Y todavía defiendo
Que delante de tí puede
Decirse que hai un Sujeto
Que la estima, que la adora....

D. CARLOS [*comò cortado.*]
Sí; pero.... ¿qué me importa eso?
[*Aparte.*]
¿Hai mayor martirio?

EL MARQUES.
Escucha.
Hablando aquí sin rodéos,

Yo la quiero.

D. CARLOS.

¿Te chancéas?

EL MARQUES.

La idolatro.

D. CARLOS.

No lo creo.

EL MARQUES.

Pero mui de veras.

D. CARLOS.

Malo!

Yo mas que tú me avergüenzo;
Pues, segun nuestra doctrina,
Ya ni uno ni otro podemos
Enamorarnos jamas:
Y así toma mi consejo,
Y déxate de Jacintas.

EL MARQUES.

No puedo, Amigo, no puedo;
Y soi capaz de casarme
Con ella, por que estói ciego.

D. CARLOS.

Brava burla harán entónces
Todos de ti: yo el primero

EL MARQUES.

Yo heredo un título ilustre,

Y un mayorazgo opulento;
Mis Parientes quieren darme
Estado; y estos pretextos
Disculparán mi flaqueza.
Fuera de que es tal mi genio,
Que, si de mí se rieren
Algunos, yo mui sereno
Les ayudaré á reir.
Con que así no disputemos.
Esta es cosa decidida,
Y que en breve tendrá efecto,
Como con aquella Dama
Séas tú mi Medianero.

D. CARLOS.

¿Quien? yo?....

EL MARQUES.

Sí: siempre he contado
Con tu favor....

D. CARLOS [*encolerizado.*]

Mui mal hecho.

EL MARQUES.

¿De qué proviene ese enojo?
Tal me parece el imperio
Que en Doña Jacinta tiene
Tu dictámen, que....

D. CARLOS.

No quiero
Contribuir á que nadie
Cometa esos desaciertos.

EL MARQUES.

Aquí viene ya. Procura
No disuadirla á lo ménos
De que se case conmigo.

D. CARLOS.

Bien. Eso yo lo prometo.

ESCENA III.

D. CARLOS, EL MARQUES *y* D.ª JACINTA.

D.ª JACINTA [*aparte.*]

¿Si habrá revelado ya
Al Marques todo el misterio?

EL MARQUES [*Á D.ª Jacinta.*]

Como es fiel Amigo de ambos
Don Cárlos, le he descubierto
Aquel secreto, Señora.

D.ª JACINTA.

Los dos ninguno tenemos.
Usted dice que me quiere;
Yo respondo que estói léjos

De querer á usted jamas.
¿Es éste todo el secreto?

D. CARLOS [*Á* D.ª Jacinta.]

Viva! Eso es contar las cosas
Sin circunloquios superfluos.

D.ª JACINTA [*Al* Marques.]

¿Tiene usted mas que decirle?
Hable usted.

D. CARLOS.

Vaya: sin miedo

D.ª JACINTA.

¿Hai respuesta que dar?

EL MARQUES.

Muchas.

D.ª JACINTA.

Veamos.

EL MARQUES [*Á* D.ª Jacinta.]

Por largo tiempo
He creido que Don Cárlos
Tributaba á usted obsequios,
Y que en secreto aspiraba
Á tener á usted por Dueño.
Pero ya él mismo me ha dicho
Que, observando los preceptos
De cuerda Filosofía,
Solamente un buen afecto

Es lo que usted le merece.
De aquí adelante, con esto,
Seré algo mas atrevido.
[*Miéntras está hablando el* Marques, *mira* D.ª Jacinta á D. Cárlos, *encogiéndose de hombros; él la hace señas de que calle.*]

D.ª JACINTA.

[*En voz baxa á* D. Cárlos.]
¿Lo has oido ya?

D. CARLOS [*á* D.ª Jacinta.]
Silencio.

EL MARQUES [*á* D.ª Jacinta.]
Si entregar mi libertad
Á usted, es atrevimiento;
Si lo es afirmar que siempre
Quisiera vivir mi pecho
Sujeto al feliz dominio
De usted....
[D.ª Jacinta *quiere hablar; y* D. Cárlos *vuelve á hacerla señas de que calle.*]

D.ª JACINTA.

¿Pues como....?

EL MARQUES.

Si yerro
En sacrificar á usted
Vida y caudal, pretendiendo

Unir nuestros corazones
Con lazo firme y estrecho,
Aquí estói: vénguese usted
De mi amor y rendimiento.
[*Arrodíllase á los pies de* D.ª Jacinta.]

D. CARLOS [*aparte.*]

Un papel hago yo aquí
Lucidísimo por cierto!

D.ª JACINTA [*al* Marques.]

Levántese usted al punto,
Ó me voi.

EL MARQUES.

¿Es éste el premio
De mi fineza?

D.ª JACINTA [*á* D. Cárlos.]

¿Esto sufres?

D. CARLOS.

[*En voz baxa á* D.ª Jacinta.]

Calla por Dios.
[*En alta voz.*]
Lo que infiero
De todo esto es que el Marques,
Aunque adora á usted mui tierno,
No logra correspondencia;
Que se cansa sin provecho;
Y que para quietud propia

Debe apagar el incendio
De tal pasion....; á no estar
Fundada en consentimiento
De parte de usted; que entónces
Sería error manifiesto.

D.ª JACINTA.

Bien. Diga el Marques si yo
Aun con favores ligeros
Le he dado alguna esperanza.

D. CARLOS.

Voime ya, por que sospecho
Que mi presencia le impide
Hablar aquí sin rezelo.

D.ª JACINTA.

Para mí, Don Cárlos, es
Agravio ese cumplimiento.
No se vaya usted; que ahora,
Como Amigo verdadero
Mio y del Marques, sabrá
De su boca todo el hecho.
[*Al* Marques.]
Diga usted la verdad pura.

EL MARQUES.

Sí: para eso soi ingenuo.

D. CARLOS

[*Poniéndose en medio de los dos.*]

Cuéntame, pues, quales eran
Sus dichos, miradas, gestos:
Si animó Doña Jacinta
Tu amor á veces con ellos;
Pues no juzgaré bien, si algo
Te dexas en el tintero.

D.ª JACINTA [*como picada.*]

Solamente como Amigo
Don Cárlos se mezcla en esto;
Y es tan imparcial, que sé
No disculpará mis yerros,
Como usted pruebe que yo
He admitido sus obsequios.

D. CARLOS.

Sí, sí: pierda usted cuidado.
Yo seré Juez bien severo.—
Vaya, Marques.

EL MARQUES.

Digo, en fin,
Que quando yo tuve aliento
De declarar á esta Dama
Mi amor (para que confieso
Que me valí de una arenga
Mui ridícula) me acuerdo

Que soltó una carcajada,
Dexándome como un hielo.

D. CARLOS.

Hasta ahora va mui bien.

EL MARQUES.

Picado de este desprecio,
Juré no volver á verla.
Á pocos dias, saliendo
De tu quarto, pasé al suyo;
Y quando formé el concepto
De que ella se reiría
De verme volver tan presto,
Me recibió seria; y yo
Tuve que estar circunspecto
En su presencia, turbado
De segunda vez.

D. CARLOS.

¿Y luego?

EL MARQUES.

Conocí mi tontería;
Fuíme; y callé como un muerto.

D. CARLOS.

¿Qué mas?

EL MARQUES.

Pasados tres meses,
Enamorado de nuevo,

Volví á verla; y me mostró
El semblante mui risueño.

D. CARLOS.

[*Con viveza á* D.ª Jacinta.]
¿Risueño?

D.ª JACINTA [*sonriéndose.*]

Ya se vé: mucho.

EL MARQUES.

Luego en tono placentero
Me dixo que si aspiraba
Á agradarla, su deséo
Era mostrarme ella misma
Para conseguirlo, un medio;
Y me obligó á dar palabra
De observarle....

D. CARLOS [*como afligido.*]

Bueno, bueno!

EL MARQUES.

Despues que juré cumplirlo,
Antes de saber su intento....
Oye: esto te ha de dar golpe....

D. CARLOS.

Habla, pues, sin mas rodéos.

EL MARQUES.

Me dixo con seriedad:
» Señor Marques, aunque aprecio

» Las atenciones de usted,
» No se las pago, ni puedo.
» Mi Hermana, que está dotada
» De prendas que yo no tengo,
» Corresponderá sin duda
» Á ese cariño y respeto.
» Si quiere usted complacerme,
» Conságrela sus afectos;
» Que ella con sus muchas gracias
» Borrará (como lo espero)
» De la memoria de usted
» Mi nombre. Si con mis ruegos
» No consigo este favor,
» Excuse usted desde luego
» Visitarme.".

D. CARLOS.

Son razones
Propias de muger de seso.

EL MARQUES [*medio enfadado.*]

¡Qué elogios estos ahora!—
Quedé, en fin, hecho un veneno
Al verme burlado así....
Pero no paró aquí el cuento.

D. CARLOS.

¿Como nó?.... Pues ¿qué mas hizo?

EL MARQUES.

Darme desde entónces zelos.

D. CARLOS.

¿Con quien?

EL MARQUES.

Eso es lo que ignoro.
Sólo sé que con despego
Me dixo que se moría
Por otro; y que el mundo entero
No podrá obligarla á ser
Desleal.

D. CARLOS [á D.ª Jacinta.]

¿Es esto cierto?

D.ª JACINTA.

Amor tengo, y tendré siempre:
Lo dixe, y no me arrepiento.

D. CARLOS.

Marques ¿lo quieres mas claro?
No sé como despues de esto
Continúas en quererla,
Habiendo tantos empeños
Entre las mas bellas Damas
Por conseguir tus obsequios.

EL MARQUES.

Comunmente es el castigo
De un pecho esquivo y soberbio

Amar y que le aborrezcan;
Mas, al fin, si acaso llego
Á librarme del amor
Que á Doña Jacinta tengo,
La despreciaré en venganza.

D. CARLOS.

Véngate sin perder tiempo.

D.ª JACINTA.

Esos desprecios me gustan.

EL MARQUES.

Pero, Don Cárlos, supuesto
Que yo tan sínceramente
Te he descubierto mi pecho,
¿Por qué no hablas con franqueza?
Dime: ¿eres tú el digno objeto
Por quien á mí me maltratan?

D. CARLOS.

Ya me voi de aquí; y te dexo
Á solas con ella. Mira
Si á poder de rendimientos
Puedes lograr que en mi ausencia
Te trate con ménos ceño.
Con ella quieres casarte;
Y desde ahora protesto
Que, como ello pueda ser,
Por mi parte lo consiento.

Pero yo, que la conozco,
Sé que si tiene ya puesto
Su amor en uno, sin duda
Desperdicias tus requiebros.
Busca otra Novia, Marques:
Esto es lo que te aconsejo
Por lástima que me causas,
Y amistad que te profeso.

ESCENA IV.

D.ª JACINTA *y* EL MARQUES.

EL MARQUES.

Él penetra el interior
De usted; y habla satisfecho.

D.ª JACINTA.

Á Don Cárlos nada oculto.

EL MARQUES.

Señora, yo me contento
Con merecer otro tanto.

D.ª JACINTA.

No confío mis secretos
De otro que de él, por que basta
Solo un Amigo, si es bueno.

EL MARQUES.

Los Amigos de esa especie
Son Amantes encubiertos.

D.ª JACINTA.

Ya séa Amigo, ya Amante,
Yo le estimo, le venero;
Y no tendría vergüenza
De decir mas.

EL MARQUES.

¿Con que, luego,
Don Cárlos es el dichoso?

D.ª JACINTA.

Así puede usted creerlo,
Si gusta; que yo no haré
Por desengañarle de ello.

EL MARQUES.

Pues ya lo doi por sentado;
Pero, sin vanidad, pienso
Que valgo tanto como él.

D.ª JACINTA.

Eso va en gustos; y habiendo
De entregarse un corazon,
Sin detenerse en cotejos
Ni en exâmenes, se dexa
Llevar de su ardor sin freno.

EL MARQUES.

En fin ¿la Filosofía
La agrada á usted?

D.ª JACINTA.

No lo niego.

EL MARQUES.

Lo dudo.

D.ª JACINTA.

Pues sepa usted
Que ya mi alma tiene Dueño;
Que aunque un Rei me pretendiese
Fueran vanos sus esfuerzos;
Y siempre será uno solo
Toda mi gloria y recréo.

ESCENA V.

EL MARQUES [*solo.*]

Mas me admira su constancia
Que me afligen sus desprecios.
Muger firme es un prodigio
Desconocido, que créo
Formó la Naturaleza
Sólo para mi tormento.
Sin embargo, á pesar mio,
Y á pesar de los consejos

De Don Cárlos, la idolatro.—
Si me valiese un proyecto....—
Esta es Doña Rosa, á quien
Dice su Hermana que puedo
Entregar mi corazon.
Quiero ofrecérsele; y esto
No es obediencia á Jacinta;
Sí vanidad y despecho.

ESCENA VI.

EL MARQUES *y* D.ª ROSA.

D.ª ROSA [*aparte.*]
Me fastidia este Marques
Tan Quixote; pero viendo
Que no se rinde á mis ojos,
Y que falta este troféo
Á mi gloria, es necesario
Conquistarle. Así pretendo
Dar que sentir á Don Luis.

EL MARQUES.
Es mui peligroso encuentro
Este para mí, Señora.

D.ª ROSA [*aparte.*]
¡Buen principio!

ESCENA VII.

EL MARQUES, D.ª ROSA, *y* D. LUIS, *que escucha al paño.*

EL MARQUES.

[*Fingiendo querer retirarse.*]
No me acerco
Á esa beldad, por temer
Me deslumbren sus reflexos.

D.ª ROSA [*con gracia y agrado.*]
Son reflexos mui opacos.

EL MARQUES.

Ha dias (yo lo confieso)
Que me cuesta la hermosura
De usted bastantes desvelos.

D.ª ROSA [*aparte.*]
Ya á mí me lo parecía.
[*Al* Marques.]
Siempre he sentido dispuesto
Mi corazon á estimar
Las prendas de usted.

EL MARQUES.

Señora,
¿Sólo estimacion merezco?

D.ª ROSA.

¿Qué? Le parece á usted poco?

EL MARQUES.

Y ¿si por dicha mi pecho
Se declarase prendado
De ese atractivo y despejo....?

D.ª ROSA.

No lo creyera.

EL MARQUES.

¿Y por qué?

D.ª ROSA.

[*Cubriéndose el rostro con el abanico.*]
Por que apénas me contemplo
Digna de tanta fortuna.

EL MARQUES.

¿Tiene usted vergüenza, ó miedo
De hacer tal declaracion?
Acábela usted en premio
De mi pasion y firmeza.

D.ª ROSA [*haciendo monadas.*]

Marques, déxese usted de eso....
Calle usted.... ¡Qué buena alhaja!
¿Para qué me está fingiendo
Que me quiere, si es usted
Quantas véo tantas quiero?

EL MARQUES.

Sólo á usted, Señora, adoro;
Y será mi amor eterno.
[*Aparte.*]
¿Quien ha de tener valor
De mentir como yo miento?

D.ª ROSA.

Yo no me atrevo á ofrecer
Que será tan fiel mi afecto
Como el de usted; pero está
Mi corazon tan propenso
Á favorecerle siempre,
Que, palpitando allá dentro,
Me dice.

EL MARQUES.

¿Qué dice?

D.ª ROSA [*afectando disimulo.*]

Nada.
[*Aparte.*]
Este picó en el anzuelo.

EL MARQUES [*aparte.*]

¡Qué fáciles y creidas
Son éstas que, no teniendo
Aficion á nadie, escuchan
Por vanagloria á trescientos!

D.ª ROSA [*aparte.*]

Estos Amantes novatos
Son mas frios que un Enero.

EL MARQUES.

¿Qué piensa usted?

D.ª ROSA.

Contemplaba
Esas gracias.

EL MARQUES.

Yo, suspenso,
Me estaba admirando ahora
De las de usted, como debo.

D. LUIS.

[*Saliendo, y poniéndose de repente entre los dos.*]

Yo creí que eran ustedes
Valientes; pero ya véo
Que al primer choque se rinden.

D.ª ROSA [*aparte.*]

Ya está zeloso. Me alegro.
[*Á* D. Luis.]
¿Con que usted nos escuchaba?

D. LUIS.

Desde allí lo estuve oyendo.

EL MARQUES [*aparte.*]

Así lo sabrá Jacinta;

Y eso es lo que yo deséo.
Á ver si de envidia y rabia
Acaso muda de intento.—
Me admira, Señor Don Luis,
Que usted....

D. LUIS.

¿Como?.... Caballero....!

D.ª ROSA [*al* Marques.]

Perdone usted; que el Señor
Con sus zelos....

D. LUIS.

No los tengo.

D.ª ROSA.

¿Como nó?

D. LUIS.

¿Soi yo algun loco?
¡Yo zeloso! Ni por pienso.

D.ª ROSA.

¡Habrá insolencia mayor!

D. LUIS.

Yo ni he contado, ni cuento
Con la firmeza de usted....

D.ª ROSA [*aparte.*]

¡Ah, traidor!

D. LUIS.

Y será un necio

Quien espere que usted tenga
Amor fino y duradero.
Mudarse usted no es milagro:
Ni lo extraño, ni lo siento.

D.ª ROSA [*aparte.*]

Me parece que aquí mismo
Le ahogara.

EL MARQUES.

Ya lo entiendo.
Mas feliz soi que creía;
Pues que no sólo merezco
Que me haya atendido usted,
Sinó que se haya resuelto
Á ser infiel por mi causa.—
Á Dios, Señora. Verémos
Si recupera Don Luis
La gracia de usted mui presto;
Y segun usted le trate,
Así sabrémos el riesgo
Á que se expone quien piense
Querer á usted mucho tiempo.

ESCENA VIII.

D. LUIS, *y* D.ª ROSA.

D. LUIS.

Este ya entendió la maula.

D.ª ROSA.

Bien está; y ¿qué privilegio
Tiene usted para acecharme?
Antes (si mal no me acuerdo)
Dixe á usted que no me hiciese
Mas visitas; pero léjos
De obedecerme, no sólo
Ha tenido atrevimiento
De venir quando el Marques
Le estaba haciendo mal tercio,
Sinó tambien de fingir
Que esto no le causa zelos.

D. LUIS.

Vuelvo á asegurar que nó.

D.ª ROSA [*irritada.*]

¿Pues como así?

D. LUIS.

Por que véo
Que el amor que el Marques jura
Á usted, es todo embeleco:

Que usted promete pagarle,
Y le engaña como á un Negro.
¿De esta ficcion quiere usted
Que tenga yo zelos? Bueno!

D.ª ROSA.

Y ¿no puede gustar otro
De mí, como usted?

D. LUIS.

No es eso;
Sinó que el Marques jamas
La tendrá amor verdadero.

D.ª ROSA.

¿Por qué?

D. LUIS.

Por que están ustedes
Mui encontrados de genios.

D.ª ROSA.

Pues yo le digo á usted que él
Está por mí loco y ciego.

D. LUIS.

Y yo, Señora, respondo
Que tiene otro galantéo.

D.ª ROSA.

Y qual es?

D. LUIS.

Doña Jacinta.

D.ª ROSA.

¿Mi Hermana? Vaya! eso es cuento.

D. LUIS.

Lo juraré.

D.ª ROSA.

Disparate!

D. LUIS.

No hai que poner duda en ello.

D.ª ROSA.

Pues ¿como me solicita?

D. LUIS.

Eso es lo que yo no entiendo.
Á no ser que, despechado
De que no hayan hecho aprecio
De su amor, ofrezca á usted
En despique sus obsequios....
Ya Jacinta informará
Á usted de lo que hai en esto.

D.ª ROSA.

¡Como! Sólo por vengarse
Me está el Marques requiriendo!
¿De un corazon que desprecia
Mi Hermana he de ser yo Dueño?
¿Y él, ó usted piensan que yo
Sirvo á falta de hombres buenos?

D. LUIS.

Quien entrega su alvedrío
No manda en su entendimiento,
Ni se pára en reflexiones.—
Aquí estói yo, por exemplo,
Que sin resistencia alguna
Me rendí á esos ojos bellos
Apénas los vi.

D.ª ROSA.

Si usted
Me quiere, tiene mal pleito.
Yo no puedo atravesarle.

D. LUIS.

Otra cosa queda dentro.

D.ª ROSA.

Lo mismo dice la boca
Que el corazon.

D. LUIS.

No lo créo,
Aunque usted siempre lo dice.

D.ª ROSA.

¡Qué pagado y satisfecho
Habla usted! —¿No hemos reñido?

D. LUIS.

Para hacer las paces luego

D.ª ROSA.

¿Las paces? Sí: buena gana!

D. LUIS.

Usted se alegrará de ello
Interiormente, pues sé
Que me está queriendo, en medio
De sus extrañas idéas;
Que me ha destinado el cielo
Para su Amante; y que sólo
Quien tuviese el sufrimiento
Que yo, pudiera intentar
La conquista de ese pecho.
De su corazon de usted
Ninguna sospecha tengo,
Por que bien he conocido
Que él no tiene parte en esto;
Que es de suyo generoso,
Síncero, inocente, bueno,
Y á pesar de esos caprichos,
Leal y amante en extremo.

D.ª ROSA.

Yo no sé lo que me pasa....
Su semblante humilde y tierno....
Sus palabras.... ¡Ah, traidor!
¿Siempre has de salir venciendo?

ESCENA IX.

D.ª ROSA, D. LUIS, D. CARLOS y D.ª JACINTA.

D. CARLOS [á D.ª Jacinta.]
No me haga usted tal pregunta.
Proceda como la advierto;
Y suspenda ahora el llanto.

D.ª JACINTA.
Quando tan próxima véo
Mi desgracia ¿quiere usted
Que esté muda, y con sosiego?

D. CARLOS.
Á Dios! Desde hoi seré ya
La irrision de todo el Pueblo.

D. LUIS.
¿Qué hai de nuevo?

D.ª JACINTA.
Que su Tio
Ha llegado.

D.ª ROSA.
¿Y qué tenemos?
Eso pronto se remedia
Con decirle sin rodéos
Que nos dexe ahora en paz,
Y que se vaya á paséo.

D. CARLOS.

¡Bien dicho! De tal cabeza
Esperaba tal consejo.

D.ª JACINTA.

¿No sabes, Hermana mia,
En qué lance tan estrecho
Me ha puesto su Tio?

D.ª ROSA.

¿Y es?

D.ª JACINTA.

Que pretende con empeño
Casar á D. Cárlos.

D.ª ROSA [*riéndose.*]

Sí?....
Es mui gracioso proyecto.

D.ª JACINTA.

Y ademas de esto....

D.ª ROSA.

¡Buen golpe!
Ha ido ahora á trahernos
La Novia, que es una Niña
(Segun noticiás que tengo)
Mui linda, y de catorce años.

ESCENA X.

D. DIONISIO, D. CARLOS, D.ª JACINTA, D.ª ROSA *y* D. LUIS.

D. DIONISIO.

Ea, Sobrino: ven luego
Á recibir á tu Novia.
[*Á* D.ª Rosa.]
¿Todavía la tenemos
Á usted por acá?

D. CARLOS [*á* D.ª Jacinta.]

Decid
Que el viage se ha descompuesto.

D.ª JACINTA.

¿Por qué?

D. CARLOS.

Luego lo sabrás.

D. DIONISIO.

Ha poco qué me dixéron
Que estas dos Señoras eran
De Búrgos, y que partiendo
Ahora á un Lugar....

D. LUIS [*á* D. Dionisio.]

Señor,
Aunque cierto impedimento

Que se ha ofrecido difiere
Por hoi su partida, espero
Que mañana marcharán.

D. DIONISIO.

Lo mejor es lo mas presto,
Por que de verlas aquí
Me da un enfado tremendo.

D.ª ROSA.

La abominable presencia
De usted, ese horrible aspecto
Nos enfada mas.... D. Cárlos,
Ya estói harta de misterios,
Y si usted no los descubre,
Diré lo mio y lo ajeno.

ESCENA XI.

D. DIONISIO y D. CARLOS.

¿Qué es lo que esa muger habla?
¿Qué quiere decir aquello?

D. CARLOS.

Tiene ratos de locura,
Y desbarra....

ESCENA XII.

D. DIONISIO, D. CARLOS *y* LUCAS.

LUCAS [*á* D. Cárlos.]
Un Caballero,
Que se llama Don Estévan
Del Campo, ha llegado....

D. CARLOS.
¿Cierto?

LUCAS.
Y acia aquí viene....

D. CARLOS.
Es mi Padre.

LUCAS.
Así lo dice, á lo ménos.

D. DIONISIO.
¿Con que el loco de mi Hermano?....
¿Á qué viene aquí ese Viejo?

D. CARLOS.
Tio, no le injurie usted.

D. DIONISIO.
Y á ti ¿qué se te da de eso?

D. CARLOS.
Mucho, por que como á Padre
Siempre le amo y reverencio.

ESCENA XIII.

D. ESTEVAN, D. DIONISIO *y* D. CARLOS.

[*Vase* Lúcas *luego que entra* D. Estévan.]

D. ESTEVAN.

[*abrazando á* D. Cárlos.]

Ya, Hijo mio, llego á verte.
Juzga tú si lo celebro.

D. CARLOS.

Á no entrar usted tan pronto,
Iba á salirle al encuentro.

D. DIONISIO [*á* Don Estévan.]

¿Y bien? ¿Qué buscas aquí?

D. ESTEVAN.

Me parece que bien puedo
Venir á ver á mi Hijo.

D. DIONISIO.

Por ahora lo dispenso.
[*Á* D. Cárlos.]
Oyes? Este viene á ver
Como te chupa el dinero.

D. CARLOS.

Para mí son sus visitas
Mui gratas en todos tiempos.
¿Como usted contra un Hermano

Prorrumpe en tales denuestos?
Es mi Padre; y aunque siempre
Como buen Hijo procedo,
Sé que no podré jamas
Pagarle lo que le debo.

D. ESTEVAN.

Bien conozco el corazon
De Cárlos, y quan diverso
Del suyo es el de su Tio.—
Hijo, bendígate el cielo.
Dexa que mi Hermano diga
Quanto quisiere, y gocemos
La dicha de vernos juntos.

D. DIONISIO [*á* D. Estévan.]

Él será hombre de provecho
Sólo con tus bendiciones.

D. CARLOS [*á* D. Dionisio.]

Mil veces mas las aprecio
Que todo el caudal y herencia
De usted.

D. DIONISIO.

Filósofo terco,
Un Padre por lo comun
Cuida del mantenimiento
De su Hijo. Aquí es al reves;
Por que el Hijo es quien sabemos

Que de diez años acá....

D. ESTEVAN.

Es mayor gloria y consuelo
Para mí que él me mantenga,
Que mantenerle. El contento
De tenerle por arrimo
De mi vejez, en mi pecho
Causa una dulce ternura
De que está el tuyo muy léjos.

D. DIONISIO.

Pero ¿quien ha motivado
La pobreza en que te vemos?

D. ESTEVAN.

Mi honor.

D. DIONISIO.

¡Sonora palabra,
Que oigo siempre, y nunca entiendo!

D. ESTEVAN.

Sólo entiendes de intereses
Y ganancias.

D. DIONISIO.

Pues para eso
Me levanto con estrellas.

D. ESTEVAN.

Nunca yo mi nacimiento
He desmentido, aunque pobre:

Y á pesar de los sucesos
Que me han arruinado así,
Mi reputacion conservo.

D. DIONISIO.

Sí: mucho te engordará
La fama de tus Avuelos.—
Mas Padre soi yo que tú.
Tú dexarás pereciendo
Á este Hijo tan querido;
Pero yo le hago Heredero
De mis bienes, y le caso.—
¿Se ofenderá Usía de ello?

D. ESTEVAN.

Nó: mui noble es esa accion....—
¿Y de quien he de ser Suegro?

D. DIONISIO.

De una Niña mui ilustre,
Hija (abreviemos el cuento)
De mi difunta Muger.

D. ESTEVAN.

Sabe Dios quanto me alegro;
Por que esa Dama y su Esposo
(Que esté en gloria) eran Sujetos
Mui distinguidos.... —Hermano,
Antes de este casamiento,
Reconciliémonos.—Hijo,

D. ESTEVAN.

He visto
Quan desazonado estabas
Ahora, miéntras comimos.
Algo sientes que te pone
Tan suspenso y afligido.
Tú, que á todos divertías
Antes con tu humor festivo,
Apénas nos hablas hoi;
De suerte que hasta tu Tio
(Que no se altera de nada
Por mas que riña y dé gritos)
Ha sentido tu silencio.—
Háblame sin artificio.
¿Qué tienes?

D. CARLOS.

Nada, Señor.

D. ESTEVAN.

Me engañas.

D. CARLOS.

Yo?

D. ESTEVAN.

Sí, repito.—
Si mi venida te causa
El menor pesar, hoi mismo
Me vuelvo.

D. CARLOS.

¿Yo pesaroso
De ver á usted? Tal delito
Cabe en mí? No viva yo,
Si hai para mí regocijo
Como el de gozar su vista.

D. ESTEVAN.

Lo créo.—Mas ¿qué motivo
Te entristece de ese modo?
Algo te habrá sucedido.

D. CARLOS.

Puede ser.

D. ESTEVAN.

¡Medias palabras!
¿No soi tu Padre y tu Amigo?
¿Y no debo tambien serlo
De un Hijo de quien recibo
En mi vejez y pobreza
Mil favores, mil auxîlios?

D. CARLOS.

¡Ah, Señor! Eso es correrme.
Si haciendo lo que he debido,
He agradado á usted, pretendo
En premio de mis servicios
Que no me hable de ellos mas.

D. ESTEVAN.

Aunque nunca los olvido,
Callaré por darte gusto,
Con tal que me juzgues digno
De no ignorar tus secretos.

D. CARLOS.

Sí: por Confidente elijo
Á mi Padre.... Pero apénas
Quiero hablar, me desanimo.

D. ESTEVAN.

Extraño que desconfíes
Así de un Amigo fino.

D. CARLOS.

Padre! compasion merezco,
Y nó cargos.

D. ESTEVAN.

Yo colijo
Que tu matrimonio es causa
De que estés tan pensativo.

D. CARLOS.

¿Qué matrimonio?
[*Aparte.*] ¿Si acaso
Lo sabrá ya?

D. ESTEVAN.

El que Dionisio
Te propuso.

D. CARLOS.

Á la verdad,
Me ha puesto en un gran conflicto.

D. ESTEVAN.

Ya lo conocí yo bien.—
¿Te ha robado el alvedrío
Otra Dama?

D. CARLOS.

Sí, Señor.

D. ESTEVAN.

Tal vez habrá precedido
Algun empeño.

D. CARLOS.

Y mui grande.

D. ESTEVAN.

Eso lo siento infinito....
Pero no importa. Prosigue.

D. CARLOS.

No es posible.

D. ESTEVAN.

Yo lo pido....—
¿Las lágrimas se te saltan,
Y pierdes el color?.... Hijo!
[*Levantando á* D. Cárlos, *que se arrodilla á sus piés.*]
¿Por qué te echas á mis piés?....—

Todo lo apruebo y permito.
Dí: ¿corresponde á tu clase
El Dueño que has elegido?

D. CARLOS.

Sí.

D. ESTEVAN.

Pues ¿quien es?

D. CARLOS.

Mi Muger.

D. ESTEVAN [*con admiracion.*]

¿Matrimonio has contrahido?

D. CARLOS.

Casado estói de secreto.

D. ESTEVAN.

Bien.—Ahora no me sirvo
De la autoridad de Padre.—
Mas ¿por qué no me lo has dicho?

D. CARLOS.

En mi boda no atendí
Al interes, si al cariño.
Escogí una Señorita
De un genio amable y benigno,
Sin mas dote ni riquezas
Que su hermosura. Hice juicio
De que usted se ofenderia;
Y por eso le he tenido

Oculto mi casamiento.
Todo Madrid asimismo
Le ignora.

D. ESTEVAN.

¿Tiene tu Esposa
Entendimiento, atractivo,
Y cordura?

D. CARLOS.

En alto grado.

D. ESTEVAN.

Pues buen matrimonio ha sido.

D. CARLOS.

Tanta bondad me cautiva.
Ya me siento mas tranquilo.

D. ESTEVAN.

¿Donde vive?

D. CARLOS.

Aquí, Señor.
Ella y yo somos Vecinos.
Está con una muger
Que dos años ha convino
En pasar por Tia suya;
Y de esta suerte me libro
De las sospechas del barrio.
Tiene igualmente consigo
Á su Hermana, que se llama

Doña Rosa, y que inferimos
Se casará mui en breve
Con Don Luis, mi Amigo antiguo.

D. ESTEVAN.

Falta para entretener
Á tu Tio algun arbitrio.
Jamas debemos contarle
El lance, por que imagino
Que no aprobará tu boda,
Y te privará, en castigo,
De su herencia.

D. CARLOS.

Así lo temo.

D. ESTEVAN.

Yo con mis buenos oficios
Te ayudaré por mi parte.
Has de fingir al principio
Que aceptas el matrimonio:
Luego en términos sumisos
Pedirás que te dé tiempo,
Aunque séa un plazo fixo;
Y con esta dilacion
Podrémos....

D. CARLOS.

Ya está entendido.

D. ESTEVAN.

Pues aquí viene mi Hermano.—
Hijo cuenta con lo dicho.

ESCENA III.

D. ESTEVAN, D. DIONISIO *y* D. CARLOS.

D. DIONISIO.

¿Os burláis ambos de mí?
¡Vaya, que esto está perdido!
¡Levantaros á los postres
Uno tras otro, y saliros,
Dexándome allí plantado!
[*Á* D. Cárlos.]
Si tú fueras Hijo mio....
[*Á* D. Estévan.]
Pero no lo es sinó tuyo.
En todo es mui parecido
Á ti; y eso es lo que siento.

D. ESTEVAN.

¿Me insultas?

D. DIONISIO.

No me desdigo.

D. ESTEVAN.

Puedes decir quanto quieras.—

Cárlos y yo nos venimos
Á tratar....

D. DIONISIO.

¿Es culpa mia
Que el Hijo séa lo mismo
Que su Padre?

D. ESTEVAN.

Yo la tengo:
Vaya.—Es preciso....

D. DIONISIO.

Es preciso
Que tenga modo, y me imite.

D. ESTEVAN.

Ya se vé.

D. DIONISIO.

Señor Sobrino,
¿Adonde ha aprendido usted
Á dar muestras de fastidio
En la mesa, y levantarse
Antes que nadie? ¡Qué lindo!

D. CARLOS.

Merezco perdon, por que....

D. DIONISIO.

¡Como! Dexar á su Tio
Con tres botellas á solas!
Quando bebo, necesito

Que me acompañen; si nó,
Se me avinagra á mí el vino.

D. ESTEVAN.

Hablábamos de la boda.

D. DIONISIO.

Mañana ha de ser el Chico
Ó Novio, ó desheredado.

D. CARLOS.

Pudiéramos diferirlo;
Y así....

D. DIONISIO.

No hai que replicarme.

D. ESTEVAN.

¿Y ha de ser tan de improviso?

D. DIONISIO.

¡Bueno soi yo para flemas!
Ó se quiere, ó nó: clarito.

D. CARLOS [*aparte.*]

¡Terrible hombre!

D. DIONISIO.

Los Parientes
De cierto Marques mui rico,
Caballero de alta clase,
Y en la Corte mui bien-quisto,
Se empeñan con el Hermano
De mi Muger y conmigo,

Solicitando á mi Hijastra;
Y aunque nunca he dado oidos
Á sus ruegos, si me enfado,
Podré escucharlos propicio.

D. CARLOS.

Usted, Señor, es mui Dueño
De aceptar ese partido.

D. ESTEVAN.

Nó: Cárlos quiere agradarte;
Pero quando los designios
Son de asuntos delicados ...

D. DIONISIO.

Ahora no te pedimos
Que nos ensartes sentencias.—
En fin ¿qué ibas á decirnos?

D. ESTEVAN.

Que tus intentos son justos,
Y no apruebo, ni autorizo
Que Cárlos no se conforme.
Pero como él ha seguido
Siempre la Filosofía....

D. DIONISIO.

Pues de eso, de eso me irrito.
¿Qué es un Filósofo? Un loco
Que dice mil desvaríos;
Que quiere hacernos creer

Con sutiles silogismos
Que á mediodía hai estrellas,
Y que dos y dos son cinco;
Que buscando la verdad,
Vive en un error continuo,
Casado con sus idéas
Y extravagancias; un bicho
Inútil en el Estado,
Necio por todos caminos,
De entendimiento mui pobre,
Y de palabras mui rico.

D. CARLOS.

No adopte usted la opinion
Del vulgo poco instruido.
Eso es pintar un Pedante,
Y nó un Filósofo, Tio.

D. DIONISIO.

Allá se va á salir todo.

D. CARLOS.

Perdone usted: son distintos.
El buen Filósofo no es
En sus razones prolixo;
Antes prefiere las cortas:
Sabe que no descubrimos
La verdad, si no preceden
La reflexîon y el retiro.

Su fin es obrar de suerte
Que no se exponga al peligro
De tener que avergonzarse;
Vencerse siempre á sí mismo;
No defender su opinion
Contra todos por capricho,
Sinó hablar con sus acciones,
Fundando sólo en el juicio,
Verdad y hombría de bien
Su sistema, sus principios.
Magnánimo en la desgracia;
Nunca en la fortuna altivo;
Sin conocer mas deleite
Que la virtud; mui benigno
Con los mortales viciosos;
Y enemigo de los vicios.
El Filósofo que observe
Otra conducta, es indigno
De tal nombre.

D. DIONISIO.

¿Y tú la observas?

D. CARLOS.

Nó por cierto; pero aspiro
Á seguirla.

D. ESTEVAN.

Cárlos gana

En que séa conocido
Su corazon y talento.
Es Filósofo, repito:
Por cuya razon, en quanto
Á casarse, pronostico
Que siempre procederá
Cuerdamente; y bien sabido
Es que el prudente....

D. DIONISIO.

El prudente
No eres tú, y me ratifico
En que es un loco de atar
Quien desprecia el beneficio
De una Novia jóven, rica,
Y de Padres distinguidos.

D. ESTEVAN.

Cárlos necesita tiempo
Para pensarlo....

D. DIONISIO.

Maldito!
Si es buen partido ¿qué dudas?

D. CARLOS.

Que ella me tenga cariño.

D. ESTEVAN.

Es menester que con maña
Y con obsequios rendidos

Procure adquirir su afecto;
Y al fin....

D. DIONISIO.

Bien: doi mi permiso;
Pero esto se hace en un dia.

D. CARLOS.

Fuera amor mui repentino.
Y es imposible que yo,
Habiendo tantos indicios
De que ella repugna.

D. ESTEVAN.

¡Un dia!
Vaya! ¿Somos aquí Niños?

D. DIONISIO.

¿Quantos han de ser?

D. ESTEVAN.

Un mes,
Ó acaso dos son precisos.

D. DIONISIO [*queriendo irse.*]

Á Dios.—Yo la haré Marquesa.

D. ESTEVAN.

Mira: aguarda.

D. DIONISIO [*á* D. Cárlos.]

Señor mio,
¿Quiere usted la Novia, ó nó?

D. ESTEVAN.

Sí sí;.... pero tu Sobrino....

D. DIONISIO.

Ocho dias doi de plazo.

D. CARLOS.

Poco es....

D. DIONISIO.

¡Mal-contentadizo!
¿Tienes que hablar todavía?

D. ESTEVAN [*á* D. Cárlos.]

Para no hacerte mal-quisto,
Confórmate.

D. DIONISIO [*á* D. Cárlos.]

Con que, en fin:
Esto queda decidido.
De aquí á ocho dias, casorio.

D. CARLOS.

¿Es posible?

D. DIONISIO.

Cabalito;
Ó si nó, te han de salir
Bien caros tus desatinos.

ESCENA IV.

D. CARLOS y D. ESTEVAN.

D. ESTEVAN.

Ya el asunto da mas treguas.
No es poco haber reducido
Al bárbaro de mi Hermano.
Falta ver si descubrimos
Quien es el Marques que pide
Esa Hijastra de tu Tio.
Si, despues que él se sosiegue,
Con astucia lo averiguo,
Procuraré persuadirle
Á que admita aquel partido.
Si él da la Novia al Marques
Evitarás el perjuicio
De que te niegue la herencia;
Y entónces te queda arbitrio
Para publicar tu boda.

D. CARLOS.

¡Publicarla!—Ni en un siglo.

D. ESTEVAN.

¿Por qué?

D. CARLOS.

Por que, si no guardo

El secreto, estói perdido.

D. ESTEVAN.

Si tu Tio se conforma,
¿Has de temer? ¡Qué delirio!

D. CARLOS.

No temo á mi Tio, nó,
Sinó el qué-dirán.

D. ESTEVAN.

Me admiro
De tu reparo. ¿No tiene
Tu Esposa los requisitos
De bien nacida y honrada?

D. CARLOS.

Sí tiene; y es un prodigio
De recato y de hermosura.

D. ESTEVAN.

Pues ¿de qué te afrentas, Hijo?

D. CARLOS.

Rezelo que todo el Pueblo
Levante contra mí el grito.
¡Quanta burla hará de mí
El gremio de los Maridos
Que tanto he satirizado!
¡Ah, Padre! Miéntras consigo
Desechar este temor,
Sírvame usted de Padrino,

Ayudándome á ocultar
El secreto.—Mi martirio
Es un Marques de la Rueda,
Burlon eterno, y perdido
Por mi Muger....

D. ESTEVAN.

¿Formal?

D. CARLOS.

Sí.
Contemple usted mi suplicio.
Á trueque de no pasar
Por su Esposo, le permito
Que la requiera de amores,
Aun delante de mí mismo.

D. ESTEVAN.

¡Caso extraño!

D. CARLOS.

Y vergonzoso;
Pero yo nada publico
Hasta que el Marques se case,
Y miéntras yo no haya huido
Á cien leguas de esta Villa.

D. ESTEVAN.

¿Y por qué?

D. CARLOS.

Si he de decirlo

Claramente, no me atrevo
En este Pueblo maligno
Á hacer papel de casado.

D. ESTEVAN.

No gradúo de delito
Tal resolucion; pues tú
Tendrás allá tus motivos.
Sólo quiero procurar
El logro de tus designios;
Y voi á hacer diligencias
Con el secreto debido.

ESCENA V.

D. CARLOS.

Si Jacinta y Doña Rosa
No me ayudan, desconfío
Del éxîto....

ESCENA VI.

D. CARLOS, D.ª JACINTA, D.ª ROSA y NARCISA.

D.ª ROSA.

Él se ha portado
Mui mal: eso es lo que digo.

Me la ha de pagar.

D.ª JACINTA.

Hermana,
Tal vez habrá consentido
En ser tuyo.

D.ª ROSA.

Aunque él me adore,
Le aborrezco, le abomino.
¿Yo sobras tuyas?

D. CARLOS.

¿Qué es eso?
¿De quien habláis?

D.ª JACINTA.

Conferimos
Acerca del Marques.

D.ª ROSA [á D.ª Jacinta.]

¡Como!
¡Á mí obsequios y suspiros
Puramente por venganza!
¿Hai hombre de gusto y tino
Que estime tus prendas mas
Que las mias? Es preciso
Séa Filósofo, ó tonto
Quien te compare conmigo.

D. CARLOS.

¡Qué mal genio! Qué aspereza!

¿Es en Jacinta delito
Parecer á algunos bien?

D.ª JACINTA.

Díme: ¿qué Amantes admito?
¿Te he quitado alguno á ti?
¿Qual de ellos he pretendido?
Si basta que yo confiese
Que tu rostro es peregrino,
Y el mio féo, horroroso,
Lo diré desde hoi á gritos
Delante de quien quisieres.
¿No es bastante sacrificio?

D.ª ROSA.

¿Qué pondrías de tu casa
En eso? No necesito
Yo tus recomendaciones.
Mis gracias, este palmito
Me recomiendan bastante
Á quien tenga ojos y juicio.—
¿Como ha podido el Marques,
Que tiene gusto exquisito
En materia de hermosuras,
Tratar á mi Hermana fino,
Estando yo aquí? ¡Qué rabia!....
Yo le diré....

D. CARLOS.

¿Qué?

D.ª ROSA.

Que es digno
De mi altísimo desprecio;
Y que quando él me ha ofrecido
Su amor sólo por vengarse,
Yo le admití por lo mismo.

D. CARLOS [*riéndose.*]

¡Bueno!

D.ª ROSA.

Que tambien mi Hermana
Le menosprecia.

D. CARLOS.

¡Bien dicho!

D.ª ROSA.

Y que es Muger de usted.

D. CARLOS.

Nó:
Aun tengo muchos motivos
De callarlo, y sobre todo
Al Marques.

D.ª JACINTA.

¿No desistimos
Todavía de esa tema?
Quando tu Padre y tu Tio

Quieren casarte ¿es posible....

D. CARLOS.

Yo lo compondré sin ruidos,
Como tú calles....

D.ª JACINTA.

Yo sí;
Y en recompensa te pido
Que no vuelva aquí el Marques.

D. CARLOS.

Pero ¿como he de impedirlo?

D.ª JACINTA.

Despidiéndole. ¿Qué cuesta
Decir que eres mi Marido?

D. CARLOS.

No tengo cara para eso.

D.ª JACINTA.

Pues si nó, yo me apercibo
Á decírselo.

D. CARLOS.

Tampoco.

D.ª ROSA.

¿Y por qué, Cuñado mio?
Que se burle enhorabuena
De usted: no hai nada perdido.
¡Ola!, ola! que el Don Cárlos
(Segun sacamos en limpio)

Es casado, y se avergüenza
De serlo!

D.ª JACINTA.

Callad. —He oido
Cerca la voz del Marques.
Prevente.

D.ª ROSA.

Fuerte incentivo
De mi cólera es su vista.

D. CARLOS.

Á Dios! Ya aquí no hai arbitrio.

ESCENA VII.

D.ª JACINTA, D.ª ROSA, D. CARLOS, EL MARQUES *y* NARCISA.

EL MARQUES.

[*Despues de haber estado un rato observándolos á todos en silencio.*]
¿Con mi presencia os turbáis?—
Quanto mas atento os miro,
Me parecéis mas suspensos.
[*Mirando á* D.ª Jacinta.]
Esta, con los ojos fixos
En tierra....

[*Mirando á* D.ª Rosa.]

Aquélla, mostrando
Cara de pocos Amigos;....
Sonriéndose Narcisa;....
Y Don Cárlos pensativo
Forman un quadro que mueve
Á quatro afectos distintos

NARCISA.

No nos falta sinó hablar
Para que parezca vivo.

EL MARQUES.

Pues vaya: hablemos.—Yo empiezo.
[*Á* D.ª Jacinta.]
Ya, Señora, me desdigo
De las tiernas expresiones
Que la dixe; y no me aflijo
De que me haya despreciado,
Pues conozco que ha tenido
Razones para tratarme
Siempre con tanto desvío.

D. CARLOS [*aparte.*]

Este sabe ya mi boda.

D.ª JACINTA.

¿Usted me ha echado en olvido?
Pues eso es lo que yo quiero:
Y si son los atractivos

De mi Hermana Doña Rosa
Los que usurpan el dominio
De ese pecho, sepa usted
Que lo celebro infinito.

ESCENA VIII.

D. CARLOS, EL MARQUES, D.ª ROSA *y* NARCISA.

D.ª ROSA.

Si usted, como lo supongo,
Se ha rendido á mis hechizos,
Olvidando ya á Jacinta,
Á buena parte ha venido.
No estói yo para servir
De suple-faltas. ¿Me explico?—
Quedo satisfecha ya.—
Á Dios, á Dios, Marquesito.

ESCENA IX.

D. CARLOS *y* EL MARQUES.

EL MARQUES [*riéndose.*]

Mui bien. ¿Quien no ha de reirse
De este gracioso capricho?

D. CARLOS.

Yo haré por reconciliaros.

EL MARQUES.

Nó, nó: démosla permiso
De hacer la esquiva; que yo
Otra Novia solicito.

D. CARLOS.

¿Como? Piensas en casarte?

EL MARQUES.

Y al instante lo publico,
Para que quanto ántes puedan
Criticar mi desatino.
Me he de sacar unas coplas
Burlándome de mí mismo;
Y que me las glosen otros.

D. CARLOS.

Eso es ser hombre de juicio.

EL MARQUES.

¿No vale mas despreciar
Sátiras, sin afligirnos,
Que nó hacer la agachadiza?—
Tú, verbi-gracia, que has sido
Públicamente en comedias
Y sainetes que has escrito
Tan opuesto á los mugeres,
Dí: si hiciese el Enemigo

Que al fin la tomases propia,
É intentases encubrirlo,
¡Qué tontísimo papel
Harías!

D. CARLOS.

Mui tonto, Amigo.
¿Y es la Novia?

EL MARQUES.

Una Muchacha
Criatura, un Angelito
De catorce años. Me caso
Por poderes. Aquel Tio
De quien espero heredar
Un mayorazgo muí rico,
Ha tiempo trata esta boda....
Pero encuentra un reparillo:
Que el Padrastro de la Niña
Todavía está remiso
En entregarla.

D. CARLOS.

No es cosa.

EL MARQUES.

Sin embargo, uno me dixo
Que hai un Hermano mayor,
Hombre mas cuerdo y benigno,
Que allanará los estorbos.

D. CARLOS.

Marques, estói aturdido.
De mi Tio y de mi Padre
Hablas, segun los indicios.
Cabalmente ésa es la Novia
Que me daba Don Dionisio.

EL MARQUES.

Acertaste. ¿Con que somos
Competidores?

D. CARLOS.

No envidio
Tu suerte; y con mucho gusto
Te cedo la Dama.

EL MARQUES [*sonriéndose.*]

Estimo
Tanta generosidad.
Pero ¿es bonita? La has visto?

D. CARLOS.

Es mui hermosa y mui viva.

EL MARQUES.

¿Y desechas tal partido?

D. CARLOS.

Le desecho.

EL MARQUES.

Eres mui raro....
¿Y sufrirás el perjuicio

De que el Viejo me haga Dueño
De su hacienda?

D. CARLOS.

Si consigo
Que me dexe ahora en paz,
Que se guarde su bolsillo.

EL MARQUES.

Siento el desden de Jacinta.

D. CARLOS.

Qué hombre tan ponderativo!
Siempre la estás alabando;
Y yo, á la verdad, no admiro
En ella esas prendas.

EL MARQUES.

Dicen....

D. CARLOS.

¿Qué?

EL MARQUES.

Que no te ha parecido
Tan mal.... Pero finalmente
Debo olvidarla (es preciso)
Por que es casada....

D. CARLOS.

¡Casada!

EL MARQUES.

Sí, Señor: con su Marido.

D. CARLOS.

¿Te burlas?

EL MARQUES.

[*Dándole palmaditas en la espalda.*]

Lo sé mui bien
Por Sujetos fidedignos.—
Doña Rosa y la Narcisa
Parece que han escogido
Unos quantos Confidentes:
Estos hablaron conmigo
Del asunto; y á estas horas
No habrá en el barrio Vecino
Que no conozca al Pariente
De Jacinta, su exercicio,
Talento, genio y costumbres.—
Segun á muchos he oido,
Es un Filósofo insigne,
Aunque extrambótico. Han dicho
Que se afrenta de ser Novio,
Y que, temiendo los silbos
De la Plebe, ha procurado
Callarlo.—Bien te le pinto.—
¿Le conoces?

D. CARLOS.

Sí: de vista.

EL MARQUES.

Quando le encuentres, te pido
Le prevengas de mi parte
Que en Madrid hasta los Niños
De la calle saben ya
Su boda; y que yo imagino
Debe armarse de constancia
Para recibir hoi mismo
Ciertas coplas que le está
Sacando un Amigo mio.
[*Vase riendo.*]

ESCENA X.

D. CARLOS.

Despues de este fuerte golpe,
No sé si estói muerto, ó vivo.—
Este es el fatal momento
Que siempre tanto he temido.
¿Por qué pierdo la esperanza?
¿Por qué el tiempo desperdicio?.....
Ya sé el medio con que puedo
Salir de este laberinto.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

D. CARLOS y D. LUIS.

D. LUIS.

Escúchame una palabra.

D. CARLOS.

Resuelto estói: no te canses.

D. LUIS.

¿Estás loco?

D. CARLOS.

Loco, ó cuerdo,
Voi á emprender hoi mi viage.

D. LUIS.

¿Qué dirán todos de ti?

D. CARLOS.

Lo que se les antojare.
En estando yo bien léjos
De Madrid, déxalos que hablen.

D. LUIS.

¡Qué mal sabes observar
Los preceptos saludables
De la gran Filosofía

Que tanto estudias y aplaudes!

D. CARLOS.

Bien sé quanto se valieron
Los Sabios de otras edades
De la virtud y constancia;
Que no temiéron los males;
Que en el dolor, en la muerte
Fueron siempre incontrastables;
Pero yo, por mas que admiro
Su intrepidez, soi cobarde.

D. LUIS.

Tú tendrás igual valor,
Si procuras sosegarte.

D. CARLOS.

¡Sosegarme! No es posible.
Yo quisiera que un instante
Te hallaras en mi lugar:
Ya verías los ultrages
Que sufro, mas afrentosos
Que la muerte, mas fatales.—
Apénas se ha divulgado
Mi boda, quando ya salen
Contra mí mil satirillas,
Mil décimas y romances,
Que serán la diversion
De gentes de todas clases.—

Quando se sepa en la Corte....

D. LUIS.

Don Cárlos, para estos lances
Es la firmeza.

D. CARLOS.

Lo sé;
Pero á golpes semejantes
¿Quien ha de resistir?....

[*Muestra á* D. Luis *unos papeles.*]

D. LUIS.

¡Vaya!
Son agudezas al aire,
Y dichos de ociosos.

D. CARLOS.

Son
Para mí heridas mortales.
El Público me censura,
Y sabe mui bien lo que hace.—
Desde hoi me señalarán
Con el dedo por las calles;
Y para evitar mi afrenta,
Es necesario ausentarme
Á vivir en un retiro.

D. LUIS.

¿Y Jacinta ha de quedarse?

D. CARLOS.

En breve me seguirá.

D. LUIS.

¿Y si no quiere?

D. CARLOS.

Aunque rabie.
Y ya que (segun sospecho)
Ha ayudado por su parte
Á descubrir mi secreto,
Ayúdeme en mis pesares.....
Quiero decirla mi intento.
[*Gritando.*]
Ola! Muchacho!.... ¿No hai nadie?....

ESCENA II.

D. CARLOS, D. LUIS *y* LUCAS.

LUCAS.

Señor....

D. CARLOS.

Mira si ha venido
Tu Ama.

LUCAS.

[*Hace que se va, y vuelve.*]
Si usted me explicase

Quien es mi Ama....

D. CARLOS.

[*Con viveza, despues de haber reflexionado un instante.*]

Mi Muger.

LUCAS.

[*Hace que se va, y vuelve.*]

¿Qual Muger?

D. CARLOS.

Jacinta.

LUCAS.

¡Diantre!

[*Rascándose una oreja.*]

Aunque no he dicho palabra,
Bien lo sé yo dias hace. [*Vase.*]

ESCENA III.

D. CARLOS *y* D. LUIS

D. LUIS.

¿Y adonde te vas?

D. CARLOS.

No quiero
Que sepa nadie el parage.

D. LUIS.

Te he de seguir.

D. CARLOS.

Ni por pienso.
Si eres verdadero Amante
De mi Cuñada, Don Luis,
Te aconsejo no te apartes
De Madrid; por que á la vuelta
Ya puede suceder que halles
La plaza ocupada.

D. LUIS.

Espero
Curarla el genio mudable.

D. CARLOS.

Sólo de un modo podrás
Lograr que séa constante.

D. LUIS.

¿Como?

D. CARLOS.

Dándola tu mano.
Si su resistencia nace
De que no sabe quien eres,
Declárala tu linage.

D. LUIS.

Por aquel lance de honor
Oculté mi grado y sangre;

Y la he tenido engañada.
Pero acabando de darme
Un Pariente que ha llegado
De Zaragoza ayer tarde
Las nuevas de que mi Hermano
Ha logrado que se allanen
En la pretension pendiente
Todas las dificultades,
Ya descubriré mi nombre:
Y así te pido dilates
Tu partida hasta mañana
Para que pueda alegarte
Por Testigo de que soi
De una familia....

D. CARLOS.

Antes que hable
Con mi Muger, que aquí viene,
Amigo, busca á mi Padre;
Dile mi resolucion;
Y mira si le persuades
Á que la apruebe, y se quede
Con Jacinta miéntras falte
Yo de Madrid.—Anda: corre.

ESCENA IV.

D. CARLOS, D.ª JACINTA, D.ª ROSA *y* NARCISA.

D.ª JACINTA [*á* D. Cárlos.]

Algo te turba y distrahe.

D. CARLOS [*sobresaltado.*]

Á buen tiempo venís todas.—
Ya, Muger, de aquí adelante
Puedes estar satisfecha,
Pues nuestra boda se sabe,
(Gracias á tu zelo) y todos
Vienen á cumplimentarme.

D.ª JACINTA.

Si soi yo quien te he vendido,
Cárlos, el cielo me acabe.

D. CARLOS.

Pues me habré vendido yo;
Por que Narcisa no es dable
Que, sirviéndome fielmente,
Se atreviera á deslizarse:
Y de Doña Rosa, que es
Tan consumada en el arte
De callar, por ningun caso
Podré yo jamas quexarme.

D.ª RÓSA.

Por mas que usted nos acuse,
Me atrevo á jurar, no obstante,
Que yo sólo lo conté
Á seis Amigas capaces
De secreto.

NARCISA.

Yo tampoco
He hablado de ello con nadie,
Sinó es con los tres que vienen
Á verme todas las tardes;
Y á bien que desde el principio
Les encargué que callasen.

D.ª JACINTA.

Vaya: dexemos las burlas,
Y díme....

D. CARLOS.

Pues, sin burlarme,
Me despido de ti.—Á Dios.

D.ª JACINTA.

¡Como! ¿Este pesar me añades?
Ó no partas, ó te sigo.

D. CARLOS.

Pues disponte para el viage.
Aquí vendrá ántes de mucho
Un Sujeto de mi parte

Con órden de conducirte
Á una quinta bien distante,
Que habitaré.—No mas Corte,
Nó: no mas poblacion grande.—
Mira si quieres dexar
Á Madrid, y retirarte;
Ó no volverás á verme.

D.ª ROSA.

¿Tan humilde y manejable
Has de ser con un Marido,
Que, por complacerle, trates
De enterrarte en vida?

D.ª JACINTA.

Sí.
[*Á* D. Cárlos.]
Jacinta hará quanto mandes.
Siempre será su Madrid
Qualquier Lugar en que te halles.

ESCENA V.

D. CARLOS, D. LUIS, D.ª JACINTA, D.ª ROSA *y* NARCISA.

D. LUIS.

Mui malas noticias traigo.
En la esquina de esta calle

Vi á tu Padre y á tu Tio,
Que acababan de encontrarse
Con el Marques de la Rueda,
Por cuyo medio es constante
Que han sabido tu secreto.
Tu Tio con gran corage
Juraba que hasta perderos
No ha de parar; pues te sales
Ahora con una boda
Tratada sin consultarle.

D.ª JACINTA.

¿Qué cuenta usted?

D. LUIS.

Lo que oí.

D. CARLOS.

¿Y qué decía mi Padre?

D. LUIS.

Abogaba en favor tuyo.
Pero tu Tio, el salvage,
Sin atender á sus voces,
Intenta desheredarte;
Y va á buscar á un Letrado
Que le venda algun dictámen
De que mereces presidio,
Y ella convento.

D.ª JACINTA.

¿En tal trance
Me dexa Cárlos?

D. CARLOS.

¿Qué temo?
Quiero desde ahora armarme
De aquella noble entereza
Que á un Filósofo le cabe.
Conjúrense contra mí
Las sátiras populares;
Desherédeme mi Tio;
Piense, pues, en mil dislates;
Que yo, á pesar de sus iras,
Voi resuelto á declararle
Que su amenaza es en vano,
Y que mi Jacinta vale
Mas que sus riquezas todas.

D.ª JACINTA.

Eres mi Esposo, y mi Amante.
Conozco á Cárlos. Por mí
No te expongas á algun lance.

D. CARLOS.

Esta es mi resolucion.—
Ahora puedes entrarte
Á tu quarto, y no volver
Aquí miéntras no te llamen. [*Vase.*]

D.ª JACINTA.

¡Qué riesgos nos amenazan!
¡Quanto temo! ¡Dios me ampare! [*Vase.*]

ESCENA VI.

D. LUIS, D.ª ROSA *y* NARCISA.

D.ª ROSA.

Su estado me compadece.—
¿Es posible que me afane
Yo por cosas de mi Hermana?—
Hago yo mil disparates
Por ser demasiado buena.
Despues de unas piezas tales
Como las que me ha jugado....

D. LUIS.

¿Qué piezas?

D.ª ROSA.

Imperdonables
Entre mugéres. ¿Qué mas
Que haber sabido ganarse
El cariño de un Sujeto
Que pretendí me obsequiase?

D. LUIS.

Pues, queriéndome á mí tanto,

¿Siente usted que otros no la amen?

D.ª ROSA.

¿Acaso quiero yo á usted?

D. LUIS.

Sí; por mas que usted me ultrage.

D.ª ROSA.

Narcisa ¿le quiero?

NARCISA.

Á veces:
Segun como corre el aire.

D. LUIS.

Á pesar de esos caprichos,
Conozco bien el carácter
De usted; y espero que séa
Esposa mia quanto ántes.

D.ª ROSA.

Me quisiera reir de eso....
¿Y quando?

D. LUIS.

Esta misma tarde.

D.ª ROSA [*á* Narcisa.]

Él lo asegura de un modo
Que parece que lo sabe.

D. LUIS.

Sus ojos de usted me dicen....

D.ª ROSA.

Mis ojos son incapaces
De decir esas mentiras.
¡Qué insolencia! ¿Yo casarme
Con un hombre cuya cuna....

D. LUIS.

Y si acaso usted se hallase
De la noche á la mañana
Hecha Condesa de....

D.ª ROSA.

Calle!
¿Usted Conde? Desatino!

D. LUIS.

Ahí está Don Cárlos: que hable.
Bien conoce mi familia.
¿La parece á usted bastante
Que él me abone?

D.ª ROSA.

Bien:.... sí;.... pero....
¡Qué!.... ¿Podré determinarme?....—
¿Y por qué hacerme misterios?

D. LUIS.

Tuve motivos mui graves
Para ocultar mi nobleza.

D.ª ROSA.

Hasta que me desengañe

Don Cárlos sobre este punto,
No espere usted que me ablande.....
¿Qué alboroto es éste?

NARCISA.

El Tio
Viene echando tempestades.

ESCENA VII.

D. ESTEVAN, D. DIONISIO, D. LUIS, D.ª ROSA y NARCISA.

D. DIONISIO.

¡Buena boda, buena boda!—
¿Donde está ese badulaque,
Ese Filósofo cuerdo
Que jamas engaña á nadie
Con opiniones erradas,
Y que tan sólo persuade
Con sus acciones. Pues ¡cierto
Que éste es de las mas loables!

D. ESTEVAN.

Hermano mio, por Dios....

NARCISA [á D.ª Rosa.]

Miedo me da su semblante.

D.ª ROSA.

Voi á responderle.

D. LUIS [*deteniéndola.*]

Nó:

Eso seria irritarle.
Dexarle gritar: ¿qué importa?

D. DIONISIO.

Requiebre hasta que se canse
Á su Jacinta el tal Cárlos;
Pero sepa (voto á sanes!)
Que le privo de mi herencia.
Ya solamente quien case
Con mi Hijastra, habrá de ser
El Dueño de mis caudales.

D. ESTEVAN.

¿Es posible que un Sobrino
Á quien tú siempre estimaste,
No ha de lograr....?

D. DIONISIO.

Que se ahorque.

D. ESTEVAN.

Escucha....

D. DIONISIO.

Os moiréis de hambre
Tú, y él, y su Dulcinéa,
Y todo vuestro linage.

D.ª ROSA.

Por gusto quiero decirle

Unas quantas claridades.

D. LUIS.

No le enoje usted.

D.ª ROSA.

Yo haré

Que estas dispustas se acaben.

D. DIONISIO [*á* D.ª Rosa.]

Señora ¿es usted la Ninfa
Con quien se casó el bergante
De Cárlos?

D.ª ROSA.

¿Y qué tenemos?

D. DIONISIO.

¿Qué?—Que para desposarse
Ustedes no han observado
Todas las formalidades.

D.ª ROSA.

¿Qué ha faltado?

D. DIONISIO.

La licencia
De su Tio y de su Padre.

D.ª ROSA.

¿Qué necesidad había
De besar la mano á nadie?

D. DIONISIO [*á* D. Estévan.]

¡Qué buena caña es la Novia!

¿No tiene un genio de un Angel?

D.ª ROSA [á D. Estévan.]

¿Es usted el Suegro?

D. ESTEVAN.

Sí.

D.ª ROSA.

Pues si no quiere usted que ande
Á araños con el Señor,
Medie aquí en estos debates.
Segun Don Cárlos me ha dicho
Usted es hombre tratable
Y de razon; con que así
Aprobará por su parte
El casamiento.

[Á D. Dionisio.]

Y usted,
Don Usurero, triunfante
Con doblones mal ganados,
¿No debería alegrarse
De que elija su Sobrino
Una muger de mi clase,
Y conocer que su Hijastra
No merece descalzarme?

D. DIONISIO [á D. Estévan.]

¿Es ésta la Señorita
Tan modesta, tan afable,

Que había de contener
Mi furia apénas me hablase?

D. ESTEVAN.

Así me lo dixo Cárlos.

D. DIONISIO.

El grandísimo vinagre
Te engañó.—Y á vista de esto
¿Querrás tambien que yo calle?

D. ESTEVAN.

No debiera usted, Señora,
Decir esas libertades,
Pues formarémos concepto
De usted poco favorable.

D.ª ROSA.

Tanto peor para ustedes
Que tendrán que tolerarme.

D. ESTEVAN.

Esta era ocasion de hablar
Con humildad.

D. DIONISIO.

Al instante
Vámonos de aquí.... Madama,
Quando usted no se acordase
De mí....

D. LUIS [*á* D.ª Rosa.]

Ya yo me temía

Que parase en esto el lance.—
Ustedes van engañados....
Señores, oigan, aguarden....

D. DIONISIO.

No me diga usted palabra,
Que daré con todo al traste.
Si no me hablaran así,
Tal vez pudiera aplacarme;
Pero ya que se me vienen
Á responder sequedades,
No verán un quarto mio,
Ni se me pondrán delante.

ESCENA VIII.

D. DIONISIO, D. ESTEVAN, D. CARLOS, D. LUIS, D.ª ROSA *y* NARCISA.

D. CARLOS.

¡No vernos mas! ¡Qué violencia!
[*Á* D. Estévan.]
¡Que mi Tio me amenace
Delante de usted, Señor,
Y en términos semejantes!—
Jamas me persuadiré
Á que usted pueda aprobarle

Su proceder. Si usted viese
Á la Esposa cuya imágen
Adoro, la defendiera
Aun mas que yo. Su semblante,
Su crianza, y sobre todo
Su condicion tan afable....

D. DIONISIO.

¡Afable! Á la vista está.—
¡Qué loco!

D. ESTEVAN.

En nuestro dictámen,
Tiene genio mui diverso.

D. CARLOS.

¿Mi Muger?

D. ESTEVAN.

Sí.

D. CARLOS.

Eso no cabe.

NARCISA [*aparte.*]

¡Graciosa equivocacion!

D. ESTEVAN.

Es airada, intolerable,
Mui imprudente; y me tienen
Enfadado sus arranques.
En su presencia lo digo.

D. CARLOS.

[*Mirando á todas partes.*]

¿En su presencia?

D. DIONISIO.

No me hables.

Estói hecho una ponzoña.

D. ESTEVAN.

No llames su índole suave,
Por que ahora mismo ha dicho
Á tu Tio mil ultrages.

NARCISA [*aparte.*]

¡Qué risa!

D. LUIS [*á* D. Cárlos.]

Don Cárlos, oye....

D. CARLOS [*á* D. Luis.]

Díme, Amigo: ¿como es fácil
Que Jacinta....?

D.ª ROSA.

Don Dionisio
Se quexa de que le traten
Como merece.

D. DIONISIO.

¿Qué tal?

D. ESTEVAN.

Ya que ella tan arrogante
Nos insulta, ayudaré

Á mi Hermano por mi parte.

D. CARLOS.

Nó, no lo créo : Jacinta
No conoce esos modales.
Voi á buscarla.

D. ESTEVAN.

¿Y adonde?

D. DIONISIO.

¿Pues no la tienes delante?
Vaya! la Filosofía
Te llena el celebro de aire.

ESCENA IX.

D. DIONISIO, D. ESTEVAN, D. LUIS, D. CARLOS, D.ª JACINTA, D.ª ROSA *y* NARCISA.

D. CARLOS.

[*Viendo á* D.ª Jacinta, *que sale.*]
Aquí viene ya en efecto,
Para que todo se aclare.—
Ven, Jacinta.

D. ESTEVAN.

¿Quien es ésta?

D. LUIS.

Su Esposa.

D. DIONISIO.

No nos engañe.
¿Su Muger es?

NARCISA.

Sí: la misma.

D. CARLOS [*á* D.ª Jacinta.]

Dicen mi Tio y mi Padre
Que tú los has maltratado
De palabras, y aun añaden....

D.ª JACINTA.

¿Como puede ser, si nunca
Tuve la dicha de hablarles?

D. CARLOS.

¡Hai tal embrollo!

D. LUIS.

Si atiendes,
Verás como se deshace.
Creyeron que Doña Rosa,
Que les dixo iniquidades,
Era tu Muger.

D. CARLOS.

Y entónces,
¿Por que no les declaraste
La verdad?

D. LUIS.

Era imposible.

No hubo forma de escucharme.

D.ª ROSA.

No me vuelvo atras. Lo dicho
Bien dicho está; y adelante.—
Á Don Cárlos deshereda,
¿Y he de callar?—Si me hallase
Yo en lugar de Jacinta,
No moriría de achaque
El Tio Casamentero.

D.ª JACINTA.

¿Qué? Mi delito es tan grave?

[*Á* D. Dionisio *y á* D. Estévan.]

Don Cárlos puede decir
Que siempre fueron en valde
Quantas diligencias hizo
Para persuadirme á darle
Mi mano, hasta que afirmó
Con juramentos formales
Que su Padre aprobaría
Mui gustoso nuestro enlace.

[*Á* D. Estévan.]

Á usted debo dirigirme,
Implorando sus piedades;
Y pues tanto quiere á su Hijo,
Y estima el honor, no es dable
Que repruebe su eleccion,

Aumentando mis pesares.

D. ESTEVAN.

Rendido á tanta humildad,
El corazon se me parte.
Cárlos no pudo escoger
Muger mas digna y amable;
Pero mi único dolor
Es que no séan bastantes
Las conveniencias de mi Hijo.
Mi hermano pensó dexarle
Por su Heredero; mas ya
Tanto ha llegado á irritarse
Con esta secreta union,
Que pretende inexôrable
Que Cárlos desheredado,
Y en su desgracia, lo pague.

D.ª JACINTA [*á* D. Dionisio.]

Para enternecer á usted
No me valdré de otras frases
Que las que mi rendimiento
Y mi dolor me dictaren.

[*Echase á los piés de* D. Dionisio.]

Sin conseguir mi perdon
No es posible me levante.
Si hubiese yo rezelado
Que á Don Cárlos resultasen

Por mi causa estos perjuicios,
Eligiendo ántes la cárcel
De un convento, lloraría
La pena de no lograrle.

D. DIONISIO.

[*Levantándola enternecido.*]
Con su llanto y sus palabras
¿Quien habrá que no se apiade?—
Levanta, Sobrina mia....—
Lo que siento es que contraxe
Con los Deudos del Marques
De la Rueda en este instante
La obligacion de hacer Dueño
De todas mis heredades
Y otros bienes á mi Hijastra
Con quien él quiere casarse.

D. CARLOS.

Pues cumpla usted su promesa
Al Marques quando gustare;
Y déxeme á mi Jacinta
En lugar de sus caudales.

ESCENA ULTIMA.

EL MARQUES, D. ESTEVAN, D. DIONISIO, D. CARLOS, D. LUIS, D.ª JACINTA, D.ª ROSA *y* NARCISA.

EL MARQUES.

Despues de reñir un poco,
Habréis hecho ya las paces.
[*Á* D. Cárlos.]
Séa enhorabuena, Amigo.
Si me hubieras dado parte
De tu boda, hubiera estado
Á darte el parabien ántes.

D. CARLOS.

No te burles de los Novios;
Que puede ser que no tardes
En serlo.

EL MARQUES.

Como tu Tio
Se conforme, aquí al instante.

D. DIONISIO.

No hai que darse tanta prisa.

EL MARQUES.

Quando Filósofos grandes
Como Don Cárlos se casan,

¿Qué haremos los ignorantes?

D. DIONISIO.

Mi Hijastra será de usted.
En nobleza sois iguales.

EL MARQUES.

Es cierto.

D. DIONISIO.

Ella con sus bienes
Se halla rica lo bastante.

EL MARQUES.

Mejor.

D. DIONISIO.

Yo ofrecí entregarla
Los mios.

EL MARQUES.

No he de allanarme
Á admitirlos. Eso nó.
No pretendo hacer alarde
De mi generosidad;
Pero son mis facultades
Sobradas, y lo han de ser
Mas, quando mis Tios falten:
Ademas de que sería
Para mí el mayor desaire
Enriquecer en perjuicio
De Amigo tan estimable.

Y así ha de ser condicion
Precisa para el remate
De nuestro nupcial convenio
Que usted no haya de privarle
De su herencia.

D. CARLOS.

[*Abrazando* al Marques.]
¡Ó noble Amigo!

D. ESTEVAN.

¡Rasgo nuevo, inimitable!

D. DIONISIO.

Sobrinos, mi intencion era
Castigaros y vengarme.
Conozco que tenéis ambos
La razon de vuestra parte.
Lo siento;.... pero seréis
Mis Herederos, no obstante.

D.ª JACINTA.

Siendo ya dichoso Cárlos,
Se acabaron mis afanes.

D. DIONISIO.

Vamos, Hermano, á firmar
Estos contratos á pares.

D. CARLOS.

Y si Doña Rosa gusta;
Tambien tres pueden firmarse.

D. JACINTA [*á* D.ª Rosa.]

¿De qué sirve hacer melindres,
Si ya todo el mundo sabe
Que quieres á Don Luis?—Vaya:
Es preciso que te humanes
Á ser su Esposa.

D. CARLOS

Yo sé
Por qué ha tenido su clase
Oculta; pero conozco
Su honradez é ilustre sangre.

D.ª ROSA.

Lo créo; pero con todo....

NARCISA.

Señora, ántes que se pase
La idéa, por humorada,
No fuera malo casarse.

D. LUIS.

Ese corazon es mio,
Aunque esa lengua me agravie.

D.ª ROSA.

Sí, traidor: por mi desgracia
Nací yo para adorarte.—
Toma mi mano, aunque sé
Que es hacer un disparate.

D. LUIS.

[*Dando la mano* á D.ª Rosa.]

Calla; que, por mas que digas,
Nuestro amor será durable.

D. CARLOS.

[*Tomando la mano á* D.ª Jacinta.]

Jacinta mia, aunque el pueblo
En sus sátiras mordaces
Ridiculice esta union,
Con ella hemos de probarle
Que un buen matrimonio es fuente
De inmensas felicidades.

EL HUÉRFANO DE LA CHINA,

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS,

TRADUCIDA DE VERSO FRANCES

EN VERSO LIBRE CASTELLANO.

PERSONAS.

GÉNGIS-KAN [Emperador Tártaro.]

OCTAR, OSMAN } Guerreros Tártaros.]

ZAMTÍ [Mandarin Letrado.]

IDAME [Esposa de *Zamtí.*]

ASELIA [Confidenta de *Idame.*]

AZIR [Dependiente de *Zamtí.*]

La Escena es un palacio de los Mandarines, contiguo al de los Emperadores Chinos en la Ciudad de Cambalú (*hoi* Pekin).

EL HUÉRFANO DE LA CHINA.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

IDAME, ASELIA.

IDAME.

En el dia infeliz de nuestra ruina,
Dia de mortandad, dia de estragos,
Quando á feroces Tártaros expuesto
Este Palacio, que la sangre riega,
Al dominio de Bárbaros se entrega
Como el resto del orbe; en el conjunto
De atrocidades que este pueblo sufre,
¿Tan sólo para mí será posible
Que nazcan nuevas causas de tormento?

ASELIA.

Pues en tan general abatimiento
¿Á quien le falta que llorar, Señora?
¿Quien hai entre nosotros que no acuda

Con su clamor al cielo, y no le pida
La vida de un Esposo, Padre, ó Hijo?
Hoi nos cercan los muros de esta casa
En que hasta ahora el Vencedor no ha entrado,
Y en que el Rei procuró tener oculto
El pacífico gremio de Ministros,
Del altar unos, de las leyes otros.
Viejos, Mugeres, Niños aquí habitan,
Grei tímida y sin armas. No podemos
Saber hasta qué extremos
Se habrá arrojado la enemiga furia.
De la horrible tormenta aquí se ha oido
Sólo el estruendo; pero ya amenazan
Mas próximos los rayos.

IDAME.

¡Ó fortuna!
Ó poder sobrehumano!
¿Sabes, Aselia, tú cuya es la mano
Que el gran Imperio del Catái oprime,
Y á todos los vivientes esclaviza?

ASELIA.

Á ese Tirano llaman Rei de Reyes;
Al fiero Géngis-Kan, cuyas hazañas
En un triste sepulcro
Han transformado de Asia las campañas.
Octar, Teniente suyo, ardiendo en ira,

Á palacio marchaba, segun dicen,
De hierro y fuego armado: nuevos Dueños
Hoi se apoderan del Catái; y en suma,
La ciudad que del mundo fué Señora
En sangre de sus Hijos náda ahora.
Oigo un millar de voces que estas nuevas
Publican con inútiles sollozos.

IDAME.

¿Sabes que ese Guerrero que sojuzga
La tierra, ése que Reyes avasalla,
Que exterminar nuestra Nacion medita,
No es mas que un vil Escita,
De obscuros Padres? un Soldado errante,
Criado en los desiertos y asperezas
De una region á cuyo clima el cielo
Concedió sólo procelosas nubes?—
Él fué quien á los suyos usurpando
La autoridad, ya ufano y poderoso,
Ya humillado y odioso,
Á Cambalû te acordarás que vino,
Pidiendo amparo en el palacio Chino.
Temugin es su nombre verdadero;
Y con esto te he dicho ya bastante.

ASELIA.

¡Como, Señora! ¿Es éste aquel Amante
Que fino en otro tiempo te servía?

Aquel Advenedizo cuyo afecto
Tu familia miró como un agravio?
¡Y ahora le obedecen tantos Reyes!
Y su nombre intimida á los mortales!

IDAME.

Él es, Amiga, él mismo: desde entónces
Su rostro, su valor daban señales
De su futura gloria: te confieso
Que todo lo rendía su aire y porte.
Quando desconocido y fugitivo
Imploraba la gracia de esta Corte,
Las súplicas en él eran preceptos.
Mi corazon tal vez se complacía
De saber que me amaba: sí; algun dia
Blasoné en mi interior de ser yo sola
La que amansase aquel leon brioso,
La que nuestras virtudes en su pecho
Toscamente magnánimo imprimiese,
Y en fin, le hiciese digno de contarse
Entre nuestros honrados Ciudadanos.
¡Como hubiera servido á esta Potencia
El mismo que hoi la arruina sin clemencia!
De negarle mi mano han provenido
Todos los infortunios de la patria.
Sabes que la altivez de nuestros pueblos,
La antigüedad de nuestras sabias leyes,

De nuestra religion, de nuestras artes,
La fama que adquirimos en cien siglos
Que cuentan nuestra Historia, nos prohiben
Con linages extraños toda alianza.
Hoi un lazo nupcial mas justo y santo
Al virtuoso Zamtí me tiene unida.
¿Quien hubiera creido en aquel tiempo
De paz y de fortuna que á rendirnos
Había de llegar un despreciado
Habitante de Escitia? Ahora juzga
Con quanta causa vivo temerosa.
Yo rehusé su mano: soi Esposa,
Y soi Madre tambien: él ofendido,
Aquel desaire no echará en olvido;
Y á costa propia saben las Naciones
Si gusta Géngis de tomar venganza.
¡Increible mudanza
Del adverso destino! ¿Será justo
Que nuestras poblaciones numerosas,
Antes de combatir, sin resistirse,
Á manos de los Tártaros perezcan,
Qual incauto rebaño que á la muerte
Se dexa conducir?

ASELIA.

Aseguraban
Que en favor nuestro congregaban tropas

Los de Coréa; pero ya ¿qué sirve
Que esto esparza la fama, quando todos
Al bárbaro Opresor nos abandonan?

IDAME.

La incertidumbre aumenta mi martirio.
Ignoramos aún hasta qué punto
Habrá llegado la desgracia nuestra.
Mas ¿si el Emperador en el palacio,
Mansion de sus Mayores,
Habrá encontrado asilo, ú Defensores?
¿Si habrán hecho á su Esposa prisionera?
¿Si ambos darán el último suspiro?....
Amiga, el tierno Infante, postrer fruto
De la fé conyugal de nuestros Reyes,
Ese cuya custodia está encargada
Á nuestro leal zelo,
Sobresalto me causa y desconsuelo.
Mi Consorte á palacio dirigía
El temerario paso; y yo confío
Que aquel respeto que de suyo infunde
La augusta dignidad de un Sacerdote
Aplacará el furor de los Soldados,
Que, aunque desapiadados,
Injustos, Robadores, Homicidas,
De que hai un Dios conservan cierta idéa.
Así en todas regiones

Naturaleza dió á los corazones
Luz de una religion y un Ser supremo....
Pero ¡ah, que en vano espero los refrenen
Miramientos algunos! La esperanza
En mis labios está; pero en el pecho
Sólo encuentro temor, desconfianza.
Yo fallezco....

ESCENA II.

IDAME, ZAMTÍ *y* ASELIA.

IDAME.

Eres tú, querido Esposo?
Habla: ¿se ha declarado nuestra suerte?
¿Que has visto?

ZAMTÍ.

Lo que temo noticiarte.
En fin, se completó nuestra desgracia:
Ya no exîste el Imperio de los Chinos.
Vi ceder al rigor de armas ajenas
Quanto encierran en sí nuestras almenas.
¿De qué nos ha servido ser virtuosos,
Haber vivido en paz, haber dictado
Leyes en otro tiempo al universo,
Siendo de su instruccion norma y dechado?

¿Qué aprovecha el saber, quando la fuerza
Todo así lo aniquila?—Yo, yo he visto
Aquellos Malhechores furibundos,
Por arroyos de sangre, hollando cuerpos
De nuestros Compañeros moribundos,
Asaltar de tropel el regio alcázar.
El mayor, el mas justo de los hombres
Con sereno semblante
Allí aguardaba su final instante.
En sus brazos yacía desmayada
La Emperatriz. Algunos de sus Hijos
Que, como en años, en valor crecían,
Y que empuñar podían el acero,
Á los filos del Tártaro expiraron.
Los demas, cuya infancia delicada
Sólo el llanto tenía por defensa,
Rodeando á su Padre á un mismo tiempo,
Trémulos las rodillas le abrazaban.—
Llego por una entrada oculta al vulgo:
Acércome al Monarca desgraciado;
Véo como le cargan de prisiones,
Como al Padre, á los Hijos, á la Esposa
De mortales congoxas oprimida,
Arrastran por los suelos del palacio,
Entregado al saquéo, al homicidio.
Acia mí vuelve el Príncipe los ojos;

Me llama, y dice en el sagrado idioma
Que ni el Tártaro entiende, ni la plebe:
Á lo ménos procura que no muera
El menor de mis Hijos. Considera
Quan solemnes, quan tiernos juramentos
Hice allí de cumplirlo! y qué eficacia
Tiene la voz con que el honor me exhorta
Á obligacion tan justa!—Parecióme
Que mis lánguidas fuerzas revivían;
Y vuelvo á verte, Idame.
De los Contrarios la caterva infame
Me dexó libre el paso,
Ya por que los distraxo el regocijo
Con que al saco y matanza se entregaban;
Ya fuese por que acaso
Se desdeñó su orgullo de mirarme;
Ya por que las insignias que autorizan
Á un sagrado Ministro, y esta efigie
Del Todo-poderoso á quien venero
Aun entre los impíos merecían
Conservar algun fuero;
Ó fuese finalmente, por que quiso
El gran Dios cuyos juicios no se alcanzan,
Para salvar al desdichado Infante
De quien me ha encomendado la defensa,
Perturbarles la vista vigilante,

Ó contener su enojo.

IDAME.

Si podemos
Á ese Infante librar, y á nuestro Hijo,
Huyamos con los dos. ¡Animo, Esposo!
El fiel Azir nos guiará en la fuga.
Vamos á las orillas de Coréa,
Allá donde el Océano rodéa
El infeliz distrito de este globo.
¿No hai en la tierra páramos, no hai grutas
En que ocultar dos Niños inocentes?
Miéntras á aquellos ásperos retiros
La inundacion de Bárbaros no llega,
Evitemos sus tiros:
Vivamos donde nunca nos descubran.
El tiempo es apreciable, el llanto inútil.

ZAMTÍ.

¿Para un Hijo de Reyes no hai asilo?—
Hoi á los Corëanos esperaba.
Llegarán; pero tarde: y entretanto
Acia el recinto de estos muros vuela
Presurosa la muerte.
Veamos si es posible se liberte
Tan precioso tesoro....

ESCENA III.

ZAMTÍ, IDAME, ASELIA, AZIR.

ZAMTÍ.

¿Adonde corres
Asustado y confuso? Azir....

IDAME.

Dexemos
Este suelo en que el Tártaro ya reina.

AZIR.

El Enemigo observa nuestros pasos:
Imposible es huir. Su guardia opone
Á nuestra gente un firme parapeto
De espesos dardos y aceradas picas.
Domina el despotismo; y como Esclava
Esta ciudad inmensa le obedece.
Quál de pesar, quál de terror fallece,
Sabiendo el triste fin de su Monarca.

ZAMTÍ.

¿Qué? ¿Perdió ya la vida?

IDAME.

¡Justos Dioses!

AZIR.

¿Quien la imágen podrá representaros
Del sangriento espectáculo? La Madre,

Los Hijos destrozados.... ¡O familia
Descendida del cielo, y adorada
Siempre en la tierra!.... ¿Qué queréis que añada?
La cabeza del Rei, la de su Esposa
Públicamente expuestas, son escarnio
De los Conquistadores altaneros;
Y nuestros Compañeros
Callando baxan los cansados ojos,
Que ni á verter ya lágrimas se atreven.
Los dispersos Soldados
Entregan de rodillas y afrentados
Las inútiles armas; y el Escita,
Saciado ya de sangre y de victoria,
En cambio del destrozo que suspende,
Con dura esclavitud nos amenaza.—
Pero ¡ah, que todavía nos espera
Mayor adversidad! Dicen que Géngis,
Que para estrago nuestro crió el cielo,
Rei de esa cruel Nacion, Hija del Norte,
Á cuyos Generales nos rendimos;
El mismo que algun dia en esta Corte
Vivió desconocido y despreciado,
Marchando acia este puesto,
Hoi viene á echar á su venganza el resto.
No son aquellos rudos Naturales
Como los de la tierra que pisamos.

Habitan en los montes: sus viviendas
Son carros toscos, movedizas tiendas;
Y por cárcel incómoda tendrían
El ámbito espacioso de este pueblo.
Nuestra delicadeza en leyes y artes
Les ofende y fastidia: y estos muros
Que del orbe hasta aquí fueron asombro,
Trocados se verán en un desierto.

IDAME.

Sin duda el Vencedor viene indignado.
Yo fundé mi esperanza en que podría
Permanecer oculta; y el destino,
Empeñado en mi daño, me descubre.

ZAMTf.

Murieron nuestros Amos; mas ¿quien sabe
Si en el Huérfano ilustre querrá el cielo
Ostentar su poder? Nuestro desvelo
Á cuidar de su vida está obligado.
Sí.... Pero ¿aquí este Tártaro qué busca?

IDAME.

¡La bondad soberana me defienda!

ESCENA IV.

ZAMTÍ, IDAME, ASELIA, OCTAR, Guardias.

OCTAR.

Oid, Esclavos. La obediencia es sola
La respuesta que piden mis preceptos.
Del último Rei vuestro un Hijo queda:
Vosotros le criáis; y á un Enemigo
Que es preciso perezca, dáis abrigo.
Yo os mando en nombre del invicto Géngis,
Conquistador del orbe, que en mis manos
Pongáis luego ese Niño: que le traigan
Á mi presencia.—Si tardáis, yo os juro
Que ha de quedar memoria en este suelo
Del estrago que en él hagan mis tropas,
Empezando por vos.—El dia sigue;
Pero ántes que la noche le remate,
Si estimáis vuestra vida, obedecedme.

ESCENA V.

ZAMTÍ, IDAME, ASELIA, AZIR.

IDAME.

¡Á qué extremo la suerte nos reduce!

¡Ó monstruos! Ó inaudita demasía!
Nuevas atrocidades sobrevienen
Que nuestra acobardada fantasía
No acertaba hasta ahora á figurarse.
Zamtí ¿nada respondes? Tus suspiros
Suben en vano al cielo que te oprime.—
¡Hijo de tantos Reyes! ¿será justo
Sacrifiquemos tu inocente vida
Al iniquo precepto de un Soldado?

ZAMTÍ.

Quiero y debo guardarla: lo he jurado.

IDAME.

¿Qué le aprovecharán tus juramentos,
Tu amor, ni tus estériles auxîlios?
¿Puedes cumplir tu oferta por ventura?
Perdamos la esperanza.

ZAMTÍ.

¿Qué es perderla?
¿Quisieras tú que el Hijo de los Heroes
Que este Imperio ilustraron....

IDAME.

Nó: ni es dable
Meditarlo sin lágrimas. Protesto
Que, á no ser Madre yo, y á ser posible
Privarme de la vida, sin perjuicio
Del Hijo que nació de mis entrañas,

Te dixera: Zamtí, determinemos
Seguir hasta el sepulcro á nuestros Reyes.

ZAMTÍ.

Y despues que ellos faltan ¿qué Vasallo
Puede sentir la muerte, ó evitarla?
Témela el reo; el infeliz la invoca;
El valiente la busca, la provoca;
Pero el sabio la aguarda, y la tolera.

IDAME.

Mas ¿qué interior impulso ahora sientes?
Baxas la vista: se te heriza el pelo....
El color pierdes; y bañado en llanto
El pálido semblante.... Sí: de tu alma
Participa la mia los afectos.
Nuestra pena es igual; mas ¿que resuelves?

ZAMTÍ.

Cumplir lo que he jurado.
No abandones al Niño desgraciado.
Acompáñale, Idame....

IDAME.

¡Ah, que mal pueden
Defenderle mis ruegos y gemidos!

ESCENA VI.

ZAMTÍ *y* AZIR.

AZIR.

En vano intenta tu bondad librarle.
Mira que con su muerte nuestro Imperio
Se salvará tal vez; y el riesgo pide
Que por el bien comun perezca alguno.

ZAMTÍ.

Véo es forzoso hacer un sacrificio....
Pero atiéndeme, Azir.—¿Amas tu patria?
¿Veneras á aquel Dios de cielo y tierra
Que nuestros Ascendientes ensalzaron?

AZIR.

No hai mas amparo que él en nuestros males;
Y sólo fío en su piedad divina,
Quando de esta Nacion lloro la ruina.

ZAMTÍ.

Júrame aquí por su sagrado nombre
Y por su omnipotencia que en tu pecho
Quedará sepultado eternamente
Un secreto que en él hoi deposito.
Jura que tendrás ánimo y constancia
Para una accion que por mi medio ahora
Te han de mandar las leyes del Imperio,

El público interes de sus Vasallos,
Mi justa obligacion, y mi Dios mismo.

AZIR.

Sí juro; y el Altísimo permita
Que de mis Compatriotas las desgracias
Tan sólo contra mí se vuelvan todas,
Si, faltando á tus votos y á mi zelo,
Cometiere traicion mi mano, ú lengua.

ZAMTÍ.

Volverme atras, Azir, ya fuera mengua.

AZIR.

¡Qué, Señor! ¿Condolido y tierno lloras?

ZAMTÍ.

Dada está la sentencia irrevocable.

AZIR.

Mucho nos instan; pero un Niño extraño....

ZAMTÍ.

¿Extraño? Quien? Mi Rei?

AZIR.

Nuestro Monarca
Fué su Padre: lo sé; y ésa es mi pena....
¿Qué he de hacer? dí....

ZAMTÍ.

De libertad carezco;
Pues me observan los pasos. Tú, que puedes,
Que ni eres conocido, ni notado,

Penetra hasta el retiro en que conservo
Esa estimable prenda. En los sepulcros
Que aquí nuestros Mayores fabricaron,
Algunas horas mas le ocultarémos,
Miéntras llega el Caudillo de Coréa,
Y en sus manos ponemos
Aquel pimpollo de la estirpe augusta.
Como él libre á mi Rei de los furores
De nuestros inflexîbles Enemigos,
Dexa, Azir, á mi cargo lo que resta.

AZIR.

¿Qué harás sin el Infante? ¿Qué respuesta
Podrá aplacar al Vencedor?

ZAMTÍ.

Bien tengo
Con que satisfacerle.

AZIR.

¡Señor! ¿como?

ZAMTÍ.

¡Ó sangre mia! precision tirana!

AZIR.

En fin ¿qué ordenas?

ZAMTÍ.

Anda, Amigo: corre:
Saca á mi único Hijo de la cuna....

AZIR.

¿Á tu Hijo?

ZAMTÍ.

No atiendas á que es mio:
Contempla sólo que á tu Rei libertas.
Toma Azir, á mi Hijo: sí: yo quiero
Que, entregándole al Tártaro.... su sangre....
No puedo proseguir....

AZIR.

¡Que eso dispongas!

ZAMTÍ.

Respeta mi ternura y mi desgracia;
Respeta mi flaqueza: no te opongas
Á este precepto: el cielo me le dicta.
Mira que cumplimiento
Das á tu obligacion y á tu palabra.

AZIR.

Señor ¿á qué imprudente juramento
Me precisaste? Dura lei me impuse.
Tan noble accion me asombra, y me horroriza;
Pero, siendo tu Amigo....

ZAMTÍ.

Basta, basta.
Soi Padre: y mi interior acongoxado
Á sí propio se está reconviniendo
Mas que puedes jamas reconvenirle.—

Yo lo dispongo así. La sangre olvido:
Tú olvida la amistad. Vé....

AZIR.

Ya obedezco.

ZAMTÍ.

Pídote que, de lástima, me dexes.

ESCENA VII.

ZAMTÍ [*solo.*]

Tu sangre olvidas, desgraciado Padre!
¿No oyes la triste voz de un Hijo amado?....
Cielos piadosos! imponed silencio
Á mis tiernos clamores, y ocultadme
La herida de este pecho, en que una Esposa
Y un Hijo los tormentos multiplican.
¿Como ha de reprimir el hombre débil
De la Naturaleza los impulsos?
Nada puede por sí. Tu patrocinio,
Ó poderoso Dios, me fortalezca;
Que no hai virtud tan firme,
Que, si la faltas tú, no desfallezca.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

ZAMTÍ [*solo.*]

Ya tarda mucho Azir. Fuerza es hablarle;
Mas no quisiera oirle. Anhelo, y temo
Que vuelva á mi presencia.... ¡Hijo adorado!
¿Quien sabe si has perdido ya la vida?
¿Se habrá verificado el sacrificio?—
No tuve, nó, valor de conducirte
Con esta mano al bárbaro suplicio;
¿Y acaso le tendré para informarme
De la inhumana execucion y efectos
De mis fatales órdenes? ¿Tendréle
Para disimular mi sobresalto?

ESCENA II.

ZAMTÍ *y* AZIR.

ZAMTÍ.

Ven: acércate, Amigo.... Ya te entiendo....
Todo lo sé: tu llanto me lo dice.

AZIR.

Señor, tu Hijo infelice....

ZAMTÍ.

Háblame del apoyo de la patria,
Del Hijo de mi Rei.... ¿Está ya en salvo?

AZIR.

En el regio panteon de sus Avuelos
Su malograda infancia se preserva
De la Tártara saña. Hoi que los dias
Tu zelo le conserva,
(Dias á sufrir penas destinados)
Funesto don al inocente ofreces.

ZAMTÍ.

¿Vive?— Pues basta.... ¡Ó Soberanos mios,
Á cuya gloria rindo tal obsequio!
Perdonadme las lágrimas paternas....
¿Adonde he de acudir con mis gemidos?
¿Cómo resistiré las quexas tiernas,
Cargos, imprecaciones y denuestos
De una Madre furiosa? Ó! quien lograra
Mantenerla en su error!

AZIR.

Estando ausente,
La robamos el Hijo: le llevaron
Á entregarle á los fieros Vencedores;
Y yo fuí sin tardanza á dar socorro

Al perseguido Huérfano.

ZAMTÍ.

Á lo ménos,
¿No podrás persuadirla que entregamos
El Infante Heredero, y que á mi Hijo
Guardo en parte segura?....
No la desengañémos; que es mui dura
Y mui amarga la verdad á veces.
Estímanla los hombres, y por ella
Son desgraciados.—Ea, pues, Amigo!....
Acia aquí viene.... En su semblante observo
La imágen del dolor y de la muerte.

ESCENA III.

ZAMTÍ, IDAME.

IDAME.

¿Qué has hecho? dí, cruel. ¿Qué es lo que he visto?
¿Eres tú quien dispuso
Tan rara atrocidad?—Nó: no es creible;
Ni el cielo airado en tus entrañas puso
Tal fiereza. ¿Has de ser mas riguroso
Que el acero y la lei del Enemigo?....
¿Y lloras?....

ZAMTÍ.

Debes tú llorar conmigo;
Pero salvar tambien á tu Monarca.

IDAME.

¿Como? ¿Que yo á mi Hijo sacrifique?

ZAMTÍ.

Tal es nuestra miseria.
Ya eras Vasalla ántes que fueses Madre.

IDAME.

¿Tan poco puede en ti el amor de Padre?

ZAMTÍ.

Ah! Demasiado puede; mas no tanto
Como mi obligacion. La vida obscura
Que ese Niño infeliz nos ha debido
Nunca merecerá lo que la sangre
De mis Dueños....

IDAME.

Ni entiendo, ni conozco
Esa feroz virtud. Vi reducidos
Á ceniza estos muros; trastornado
Vi el trono de los Reyes de la China;
Y supe lamentar sus infortunios.
Mas ¿qué rapto frenético te inclina
Á que, entregando ahora un inocente
Que no te piden, quieras inclemente
Anticipar la muerte de tu Esposa?

¿Esos Reyes en polvo convertidos,
Y ya olvidados, son acaso Dioses
Cuyo castigo temes? ¿Por ventura
Á tan débiles Dioses prometiste
Asesinar tu Hijo?—
Mira, Zamtí, que grandes y pequeños,
Monarcas y Vasallos se distinguen
Algun tiempo con frívolas señales;
Mas todos son iguales
Por la Naturaleza y la desgracia.
Á cada qual le bastan sus angustias;
Y en tal naufragio recoger importa
Las tablas de la nave destrozada.
¿Qué sería de mí, si confiada
Sólo hubiera atendido al regio Infante?....
Ya iba mi Hijo á ser del Enemigo,
Y yo á dexar de ser su Madre. El hierro,
El mismo hierro que le diese muerte
Á mí igualmente me la hubiera dado.
Mas, gracias á mi amor, turbada, inquieta,
No sé qué instinto me guió á la cuna:
Vi conducir al Niño: arrebatéle
De las manos de iniquos Robadores.
Nó, fiero Padre: no tuvieron ellos
La entereza que tú. De su custodia
Encargada quedó la fiel Esclava

Cuya leche sustenta aquella vida
Que no hubiera durado sin mi auxílio.
Hoi los dias del Hijo, de la Madre,
Y aun de su triste Padre he conservado.

ZAMTÍ.

¿ No ha muerto?

IDAME.

Nó. Despues de arrepentirte,
Agradécelo al cielo que se muestra
Propicio á tus impulsos paternales.

ZAMTÍ.

Alto Dios! perdonad si el gozo llega
Á interrumpir el llanto que me anega.
¡Ó quan rápidamente estos instantes
Pasan, querida Idame! En vano ocultas
La víctima: su vida en vano alargas;
Pues, si el Niño que piden se les niega,
Mal podrán rezelosos los Tiranos
Dilatar su venganza.
Nuestros acobardados Ciudadanos,
Rindiendo la cerviz á la cuchilla,
Como nosotros, pagarán el zelo
De tus solicitudes infructuosas.
Soldados nos rodéan: no hai asilo:
Y al Hijo que librar imaginabas
Presto descubrirán las diligencias

De sus Perseguidores. Toleremos,
Toleremos las iras de la suerte.

IDAME.

Aguarda, Esposo: advierte....

ZAMTÍ.

¡Ai, infeliz de mí! Fuerza es que muera.

IDAME.

¡Morir! ¿No te horrorizas?
¿No temes el despecho de una Madre?

ZAMTÍ.

Sólo temo faltar á lo que exîge
Mi obligacion. Desprecia tú la tuya:
Anda: entrega mi vida á los Escitas:
Pide á Géngis mi muerte, si la quieres.
Él te la otorgará. Tiñe en la sangre
De tu Consorte las traidoras manos;
Que este dia nació para homicidios.
Inutiliza, pues, mis juramentos:
Sacrifica las leyes
De nuestro Imperio, las del matrimonio,
Y la ilustre progenie de tus Reyes.

IDAME.

Nada debo á esos Reyes: ya lo he dicho:
Ni tampoco mi sangre ha de ser feudo
Que haya de tributarse á sus cenizas.
¿El nombre de Vasallo por ventura

Es mas sagrado que el de Esposo y Padre?
La consaguinidad, los desposorios
Son los primeros vínculos y leyes
Que reconocen las Naciones todas.
Díctalas Dios; y las demas, los hombres.
Zamtí, no me precises
Á aborrecer la estirpe soberana.
Sí: libremos al Huérfano; y no séa
Á costa de un villano parricidio,
Ni comprando su vida con la vida
De un Hijo amado. Tan ajena me hallas
De abandonar al Huérfano, que corro
Á ampararle. ¿No ves como yo tengo
Lástima de él? Pues tenla de ti propio;
Tenla de tú Hijo, y de tu amante Esposa.
Nó: ya no te amenazo; ántes, postrada
Á tus plantas, suplico. ¡Infeliz Padre!
Cruel Esposo! Esposo idolatrado,
Por quien yo desprecié, si bien te acuerdas,
Al mismo Vencedor que hoi te esclaviza!
¿Me privarás del fruto tan precioso
Que el casto amor fecundizó en mi seno?
Oye el eco terrible y doloroso
Con que te exhorta la aficion paterna.

ZAMTÍ.

Ah! demasiado abusas del hechizo

Y del poder que tú y la sangre oponen
Á mi fiel pundonor. ¡Débil Esposa!
Si supieras....

IDAME.

Perdona si soi débil;
Que una Madre ha de serlo; mas confío
No has de hacerme tal cargo quando véas
Que te sigo, y que muero. Si á ese impío
Satisface la muerte de la Madre,
En vez de la del Hijo, estói dispuesta.
No ha de quexarse Idame; por que su alma
Tan grande sabrá ser como la tuya.

ZAMTÍ.

De tu valor lo créo.

ESCENA IV.

ZAMTÍ, IDAME, OCTAR, Guardias.

OCTAR.

¿Cómo, osados,
Redimís esa prenda que entregasteis
Por órden mia?—Proseguid, Soldados:
No los perdáis de vista; y dadme cuenta
De sus personas. Ola! Aseguradme
Al Príncipe que ocultan: conducidle

Á presencia del Rei, que mui en breve
Llegará á este palacio.

ZAMTÍ.

Ya obedezco.
Entregaré ese Niño.

IDAME.

No es posible
Que yo lo sufra. Sólo con mi vida,
(Bárbaros!) seréis Dueños de la suya.

OCTAR.

Esa muger audaz salga al momento.—
Vuestro Rei viene aquí. No se permita
Que esos viles Cautivos se le acerquen.

ESCENA V.

GÉNGIS, OCTAR *y* OSMAN. Tropa de Guerreros.

GÉNGIS.

Mui excesiva ha sido la licencia
Con que os aprovecháis de mi conquista.
Cese la mortandad: no esté á la vista
El acero, y respiren los Vencidos.
Yo mismo que el terror envié delante,
La paz vengo á traherles; y bastante
Mi venganza será con que perezca

El Succesor de los Monarcas Chinos.
En él aniquilemos la semilla
De eternas disensiones
Que suele difundir en las Naciones
Sólo el nombre de un Príncipe Heredero.
Exterminada ya su estirpe toda,
Conviene que él la siga.
Sólo á la regia prole se persiga;
Y vivan mis Vasallos. No se arruinen
Esos bellos y antiguos monumentos,
Prodigios de las artes. Respetadlos;
Que son el galardon de mis victorias.
No toque á esos archivos de las leyes
El fuego, ni á ese cúmulo de escritos,
Tesoros del ingenio y de las ciencias,
De que tan corto aprecio hacéis vosotros.
Si los dictó el error, ese error mismo
Me es provechoso; pues divierte al pueblo,
Haciéndole mas dócil. Desde ahora
Te nombro, Amigo Octar, para que marches
Con mis triunfantes armas al Oriente.
[*Á uno de los suyos.*]
Tú en la India obediente
Serás Executor de mis mandatos,
Miéntras en Occidente yo dispongo
Partan mis Hijos desde las murallas

De Samarcanda hasta la orilla misma
Del Tánaïs.—Partid.—Octar, espera.

ESCENA VI.

GÉNGIS *y* OCTAR.

GÉNGIS.

¿Hubieras tú creido que la suerte
Á tan completa gloria me elevase?
Huello este trono: reino en una Corte
Donde yo apénas levantar osaba
La vergonzosa vista. Este es, Amigo,
El magnífico alcázar, ésta, digo,
La orgullosa ciudad donde algun dia,
Confundido entre el vulgo, busqué amparo,
Y sólo hallé desaires que, seguro
De todo riesgo, el insolente Chino
Acostumbraba hacer á un Extrangero.
De tratar á un Escita se afrentaba,
Logrando mis proyectos infundados
Sólo el mayor descrédito por premio.
Y aun hubo una muger presuntüosa,
Que rehusó ser Dueño de esta mano
Que ha sido ha mas de un lustro
Terror y azote del linage humano.

OCTAR.

Hoi que subes al grado mas excelso
De esplendor y poder, hoi que enmudece
Humillado á tus piés, Señor, el orbe,
¿Ese recuerdo tu atencion merece?

GÉNGIS.

Nunca puede apartarle de la idéa.
De todos los sonrojos, compañeros
De mi humilde fortuna,
Sólo es éste el que ahora me importuna.
Ni caí en mas error, ni en mas flaqueza.
Pensé lograr aquí dulce sosiego;
Y no le encuentro en medio de mis triunfos:
Que aunque es la gloria quien promete siempre
Interior paz del pecho,
Dicen que es sólo Amor quien sabe darla.
No es en mí decoroso este despecho:
Mas quisiera tan sólo que esa indigna
Conociese á su Rei; que contemplase
Desde su obscura y abatida clase
Á qué Amante injurió con su desvío;
Y que viendo mis dichas, de que pudo
Haber participado, concurriese
Su desesperacion á mi venganza.

OCTAR.

Mis oidos, Señor, acostumbrados

Al eco de la fama y la victoria,
Y al estruendo de muros arruinados,
Extrañan ese idioma que no entienden.

GÉNGIS.

Desde que mi alma aquí se vió rendida,
Y mi altivez avasallada estuvo,
Quedó en mí para siempre prohibida
Esa infame pasion que amor se llama.
Cierto es que causó Idame en mis sentidos
Efectos para mí desconocidos.
En las simas del Norte, en nuestros campos
Estériles é incultos no hai bellezas
Que puedan convidarnos á placeres.
Allí toscas mugeres,
Que en rústicas taréas nos ayudan,
Nuestra aspereza varonil imitan.
Llegué á esta Corte, Amigo; y embriaguéme
De un veneno tan dulce como extraño,
Que los ojos de Idame me ofrecían.
El arte de agradar en sus palabras,
En su semblante estaba compendiado;
Mas, gracias á su larga resistencia,
Que de mi indignacion es incentivo,
Ya se destruye el poderoso encanto,
Tirano cuyo imperio no concibo.
Hubiérame perdido el ser dichoso.—

Hoi debe todo el ánimo entregarse
Á empresas altas de mi gran carrera.
¡Suspirar yo! yo que del mundo triunfo!....
Del desden injurioso que afligía
Esta imaginacion, no quede en ella
Reliquia ni memoria. ¡ Al poderío
De una muger sujeto mi albedrío!
Nó: no he de verla mas: quiero olvidarla.
Llore á su libertad la ingrata, llore
Su esquivez, miéntras firme yo en mi intento
Mando que nadie tenga atrevimiento
De preguntar por ella.

OCTAR.

Otros afanes
De mayor importancia aquí te ocupan.

GÉNGIS.

Sí, Octar; que ya renuevo demasiado
La idéa de pasados extravíos.

ESCENA VII.

GÉNGIS, OCTAR *y* OSMAN.

OSMAN.

La víctima iba á ser ya degollada,
Señor, y nuestra Guardia la ceñia,

Quando una novedad inesperada
La execucion suspende, miéntras llegan
Nuevas órdenes tuyas.
Una muger fuera de sí, llorando,
Penetra por las filas de la Tropa;
Alza los brazos; y espantando á todos
Con su clamor descompasado, dixo:
„Detenéos, Verdugos, que es mi Hijo
„Ese que asesináis. Ved que os engañan."
El despecho feroz que la enloquece,
El ceño, aquel mirar, la voz, los gritos,
Los sollozos, las lágrimas, las iras
Manifiestan la fuerza de la sangre
Y el corazon materno. Su Consorte,
No ménos triste y perturbado que ella,
Aunque mas pensativo en su tormento:
„No queda ya de nuestros Soberanos
„Otra prosapia, dixo: herid, Tiranos.
„Ya os entregan la vida que pedisteis."
Así, Señor, hablaba; y entretanto
Ambas mexillas le bañaba el llanto.
Con un frío mortal, y sin aliento,
Sin pulsos, sin color, cayó su Esposa.
Pasóse largo rato ántes que abriese
Los abatidos párpados; y apénas
Acertó á hablar, quando pidió á su Hijo.

No pudo ser fingida aquella angustia;
Ni tan amargas lágrimas supiera
Verter la falsedad. Todos dudosos
Exâminan la causa; y yo confuso
Vengo á esperar tu superior precepto.

GÉNGIS.

¿Y qué muger es ésa?

OCTAR.

Vive unida
Á un Mandarin Letrado, de los que ántes
Reverenciaba el Asia; y que, arrogantes
Con la extendida fama de sus leyes,
En su orgulloso tribunal osaban
Despreciar á los Reyes.
Innumerables son; y encarcelados
Aprenderán á respetar ahora
Leyes bien superiores á las suyas.
Zamtí es el nombre del Esclavo altivo
Que cuidaba del Huérfano.

GÉNGIS.

Vé: toma
Formal declaracion á los dos Réos:
Indaga la verdad: que la confiesen.—
No abandone mi gente los parages
En que ya la dexé distribuïda.
Que vele sin cesar; pues hai quien dice

Que la querrán coger desprevenida.
Los de Coréa alguna empresa intentan:
Se han divisado Tropas acia el rio.
Sabrémos qué Naciones
Se acercan mal halladas con su vida;
Y si hai tan temerarios corazones
Que á los que somos Hijos de la guerra
Nos quieran obligar á que sigamos
El destrozo hasta el cabo de la tierra.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

GÉNGIS, OSMAN, Guerreros.

GÉNGIS.

¿Sabéis ya la impostura de esos Chinos?
¿Descubristeis su culpa? ¿Estói vengado?
¿El Príncipe encargado á su custodia
Llegó á poder de Octar?

OSMAN.

Octar procura
Investigar, Señor, este misterio.
Aquel severo Mandarin, á vista
Del tormento cruël que le amenaza,
Con la verdad impresa en el semblante,
Firme se ratifica en su respuesta.
Temblando su Consorte, nos contesta
Tan sólo con el llanto; y á sus gracias
La afliccion y las quexas dan realce.
Á pesar nuestro nos dexó apiadados,
Y absortos de haber sido compasivos.
Jamas se unieron tantos atractivos.
¿Y creërás, Señor, que solicita

Turbada esa muger se la permita
Echarse aquí á tus piés? „Oigame (dice)
„El Vencedor de Reyes. Sus crueldades
„No impiden que confíe en su clemencia.
„Él será Protector de la inocencia
„De un Niño perseguido. ¿Ha de negarse
„Á los ayes de Esclavos infelices?
„Generoso será, pues tanto puede."
Hube de prometerla que vendrías
En conceder que entrase.

GÉNGIS.

Ya es forzoso
Que yo mismo averigüe tal enigma.
[*Á la Guardia.*]
Llegue, pues: conducidla á mi presencia....
Mas no discurra, nó, que con suspiros
Y artificiosas lágrimas se aplacan
Conquistadores como yo. Ni pueden
Ya engañarme mugeres de este suelo.
Conozco, y demasiado, su falacia:
Y para no rendirme á sus gemidos
He endurecido el ánimo hace tiempo.
Pues pretende el honor de hablarme, sepa
Que de ese honor depende ya su suerte,
Y que mentirme es abreviar su muerte,

OSMAN.

Á tus piés llega ya la Esclava....

GÉNGIS.

¡Cielos!
Es posible? ¡Ó destino!.... No me engaño.
¿Es sueño, es ilusion?.... Ella es: Idame:
Ella es; y mis sentidos....

ESCENA II.

GÉNGIS, IDAME, OSMAN y Guardias.

IDAME.

Acorta, gran Señor, la triste vida
De una muger atónita. No ignoro
Que tu antiguo desdoro
En mí debes vengar: lo esperé siempre:
Sí; mas perdona á mi inocente Hijo.

GÉNGIS.

Sosiégate; recóbrate del susto.
Mi sobresalto no es menor, Señora.
La fortuna que todo lo dispone,
Nos engañó á los dos. Mucho han mudado
Los tiempos; mas aunque hoi el cielo quiso
Que un Morador de la region mas fria,
Despreciable á tus ojos algun dia,

Séa un Conquistador que al Asia espanta,
Por lo que mira á ti nada rezeles.
Tu Emperador olvida las afrentas
Que sufrió Temugin en esta Corte.
Á honor de mi victoria, de mi trono,
Y del sumo destino sacrifico
El último pimpollo de la estirpe
De los Reyes de China sojuzgados.
Pídelo así la paz de mis Estados.
Entrégueseme el Príncipe. No temas;
Que defiendo á tu Hijo, y saldrá libre.

IDAME.

Ni á respirar acierto.

GÉNGIS.

Pero has de descubrirme aquí lo cierto
De este arcano. ¿Qué ardid usáis conmigo?
¿Eres tú quien me engaña, ó tu Consorte?

IDAME.

Lastímete, Señor, nuestra miseria.

GÉNGIS.

Ya sabes quan odioso debe serme
Ese hombre temerario.

IDAME.

¿Á ti?

GÉNGIS.

Sí, Idame.—

Basta: y aun mas he dicho que quisiera.

IDAME.

Vuélveme el Niño desdichado, y cumple
Tu oferta: ya su gracia pronunciaste.

GÉNGIS.

Su gracia está en tu arbitrio. Mi decoro
Queda agraviado, mi poder excelso
Deprimido, mis órdenes frustradas.
Y en suma, bien te constan las traiciones
Que toleré. Lo mas no es que repugnen
La entrega de ese Huérfano, y difieran
Obedecer á Géngis quando manda.
Mucho ha que has aprendido á sonrojarme;
Y no es de hoi mi venganza, nó. Tu Esposo....
Sólo este nombre le hace delinqüente....
¿Quién es ése á quien amas reverente?
¿El que piensa insultarme?.... Al punto venga.

IDAME.

Mi Esposo fiel y justo,
Por quien me véo ahora en tanto susto,
Sirvió á Dios y á su Rey: me hizo dichosa.

GÉNGIS.

¿Quien? Él?.... Y ¿desde quando contraxiste
Esa alianza?

IDAME.

Señor, desde que léjos

De nosotros la suerte que te asiste,
Para estrago del orbe te conduxo.

GÉNGIS.

Ya entiendo: desde el dia en que desaires
Fueron mi recompensa: desde el dia
En que vengarme yo de ambos debía,
Y en que este suelo mereció mi enojo.

ESCENA III.

GÉNGIS, OCTAR, OSMAN (*á un lado*) IDAME, ZAMTÍ (*á otro lado*) Guardias.

GÉNGIS.

¿Obedeciste mi órden? Dí: ¿entregaste
El Hijo de tu Rei á mis Ministros?

ZAMTÍ.

Cumplí mi obligacion: sí: no hai recurso.

GÉNGIS.

Bien sabes tú como castigo el dolo
Y el desacato; como mi justicia
Á todo alcanza: y sabes que, si intentas
Libertar á ese Infante de mis iras,
Á pesar de tus artes y mentiras,
Basto yo á descubrirle: que su muerte
Se seguirá á la tuya.... Mas, no obstante,

Quiero ahora creërte.—
Guardias, tomad el Niño que este Esclavo
Os entregó. Quitadle ya la vida.

ZAMTÍ.

¡Padre infeliz!

IDAME.

Tiranos! detenéos.—
¿Tu conmiseracion, Señor, es ésta?
¿Así da cumplimiento á sus palabras
Un noble Vencedor?

GÉNGIS.

¿Y así pretenden
Los Vencidos burlarme? Así me venden?
Esto ya es demasía.—Oye, Señora.
Decláramelo todo. ¿Quien es, díme,
Ese Niño?—Ó te explicas, ó perece.

IDAME.

Pues bien, Señor; mi Hijo es lo primero:
Y si te pareciere nuevo agravio
Esta verdad que, en mi dolor, á impulsos
Del amor maternal, confiesa el labio;
Si siempre ha de pedir sangre tu furia,
Traspásame este pecho inconsolable,
Y perdona una vida mas preciosa,
Mas noble que la mia.
Cierto es (y ¡oxalá nó!) que mi Monarca,

(Que, á no haber tú vencido, aun lo sería)
Dexó al cuidado de mi Esposo, al mio,
Esa estimable jóya que respeta
Qualquiera, ménos tú. Sobrado estrago
Causaba tu victoria:
Demasiada impiedad, hartos excesos
Eclipsaban el lustre de tu gloria.
Bastaba, al parecer, tanto inocente
Anegado en raudales de su sangre,
Muerto el Rei, cinco Hijos, y su Esposa
Sin que viniese un Bárbaro á pedirnos
En tu nombre la prenda que ocultamos,
Ultima succesion de nuestros Amos,
Y toda la esperanza de la China.
Mi Consorte, al oir este precepto
Tan violento y terrible,
En su fidelidad siempre inflexîble,
Sólo consideró que era Vasallo;
Y entregó, en vez del Príncipe, á su Hijo.
No valió que la fuerza de la sangre
Atormentase su ánimo perplexo;
Por que impuso silencio á sus clamores.
Convenía, Señor, que no supieses
Tan duro sacrificio: convenía
Que venerase yo la valentía
Y loable entereza de mi Esposo;

Que le hubiese imitado. Mas soi Madre;
Y á tal golpe mi espíritu no basta.
No he podido sufrir que mi Hijo muera.
Sí: yo le concebí. Mas demasiado
Lo he dado á conocer en mis extremos.
Aquí tienes, Señor, triste y confuso
Á este Padre de un Hijo desdichado.
El uno, por honrado,
Te fué Traidor; y al paso que te ofende,
Bien se acredita digno de tu aprecio:
Al otro su inocencia le defiende.
Véngate sólo en mí, que por él falto
Á un Esposo que admiro, y á mis Reyes.—
¡Esposo digno de mi fiel ternura!
La compasion de Madre es mi flaqueza.
Para ambos será igual la desventura.
Yo moriré, si mueres; pero, al ménos,
Perdóname que libre á un Hijo tuyo.

ZAMTÍ.

Nada me asusta: todo te perdono.
La vida de mi Príncipe está en salvo.

GÉNGIS.

No lo está, nó. Vé á reparar tu culpa;
Ó un suplicio te espera.

ZAMTÍ.

La mayor culpa fuera

Obedecer preceptos inhumanos.
Desde el obscuro centro del sepulcro
La voz de mis augustos Soberanos
Me habla mas eficaz que la de Géngis.
Eres mi Vencedor; nó mi Monarca.
Leal te fuera, á ser Vasallo tuyo.
Prívame de la vida; mas respeta
Mi noble zelo. Te entregué mi Hijo,
Pude sacrificártele, y ¿aun juzgas
Que del riesgo en que estói tiemblo, ú me aflijo?

GÉNGIS.

Quítenle de mi vista.

IDAME.

Ah! Tu clemencia....

GÉNGIS.

Llévenle.

IDAME.

Sólo en mí descargue tu odio
Sus golpes. ¡Qué, Señor! ¿En vuestros climas
La compasion es por ventura afecto
Nuevo, ú desconocido? ¿Eres tan recto
Que no pueda templarse tu aspereza?

GÉNGIS.

Anda: sigue al Esposo
Con quien te unió el destino riguroso.
¿Eres tú quien aspira todavía

Á mover mi piedad? ¿Qué privilegio
Tienes tú para osar reconvenirme?

IDAME.

Bien lo previa yo: no hai esperanza.

GÉNGIS.

Que te retires, digo: y si á despecho
De mi opinion, pudiera hallar cabida
Hoi la misericordia en este pecho,
Ya discurres, Idame, de qué ofensas
Sería menester desagraviarme.

ESCENA IV.

GÉNGIS *y* OCTAR.

GÉNGIS.

¿Por qué suspiro yo? ¿Por qué vacilo?
¿Qué Deidad superior la defendía,
Y á su voz daba persuasivo estilo?
¡Qué! ¿La virtud y la hermosura exercen
Jurisdiccion mas amplia que la mia?—
No me dexes, Octar. Me desconozco:
Á mí propio me temo, y necesito
Auxîlios de un Amigo; que hasta ahora
No tuve en quien poner mi confianza.

OCTAR.

Pues que ya debo hablarte sin rebozo,
Mira que hai Enemigos que conviene
Aniquilar: y si una estirpe odiosa
Ha de extinguirse en su postrera rama,
Abrevia su ruïna. Importa mucho
Que la severidad, preciso apoyo
De un trono conquistado, corte, hiera
Sin desmayar, con prontitud y acierto.
Tales destrozos pasan á manera
De un rápido torrente. El tiempo sabe
Volvernos el buen órden y el sosiego;
Y el pueblo se acostumbra á ser mas dócil.
Como la triste idéa de sus males
Va siendo cada dia mas remota,
Los perdona por fin, y aun los olvida.
Mas si la sangre sale gota á gota,
Si cerramos la herida
Lentamente, y la abrimos á menudo,
Si se va renovando la matanza,
La desesperacion, haciendo veces
De fuerza y de valor, transforma entónces
La Nacion misma que indefensa estaba,
En Nacion de Enemigos invencibles,
Y tanto mas temibles,
Quanto mas humillados se hayan visto.

GÉNGIS.

¿Y es ésta aquella Idame, aquella Esclava?
¡Como! La union nupcial la ha sujetado
Á un hombre de quien sufro tal insulto!

OCTAR.

Entiendo que para ella no hai indulto.
Sólo con tu aversion debes pagarla.
Tu amor, que dices haber puesto en ella,
Fué una ligera llama que apagaron
Sus desvíos, tu cólera, y el tiempo.
Idame sólo es ya una delinqüente,
Consorte vil de un Réo despreciable.

GÉNGIS.

Su castigo le espera:
Sí: quiero y debo dársele. Á qualquiera
Mostraré mi clemencia generosa,
Ménos á ese Zamtí. ¿ Yo dexar vivo
Á un Chino que aborrezco, mi Vasallo,
Y mi Competidor?

OCTAR.

¿Por qué dilatas
Su muerte? ¿Poderoso, y no te vengas?

GÉNGIS.

¡Que así mi corazon se haya mudado!
¿Á qué parage, cielos, he venido
Á aprender qué es cuidado?

¡Vencido yo de una hermosura ingrata,
Desarmado con lágrimas, contengo
Mi saña y mis suspiros vergonzosos!
¡Yo Antagonista de un soëz Esclavo,
Y Esclavo tan feliz! Estói sufriendo
Que viva; y entretanto hai quien le ame.
En la misma persona de su Esposo
Venero la de Idame.
Temo ofenderla, si traspaso el pecho
Del indigno Consorte. Y ¿será fixo
Que estói queriendo yo? Que peno y lloro?
Pues ¿quien es el Amor? ¡Qué! ¿tanto puede?

OCTAR.

Sólo sé combatir, marchar á tu órden:
Mis carros, mis caballos y mis flechas
Son mis pasiones y mi ciencia toda.
Ignoro á qué caprichos se acomoda
Un débil corazon: y sólo entiendo
De vencer, de observar nuestras costumbres.
Siempre se han humillado las Cautivas
Al Vencedor: y tal delicadeza
Inoportuna, ajena de tu gloria,
Tu carácter desmiente, y tu victoria.
¿Y qué importa á tu arbitrio soberano
Que haya una Esclava mas que le obedezca?

¿Quien como yo sabrá lo que yo puedo?
Sé (bien á costa mia) que me es fácil
Emplear la violencia; mas ¡qué dicha
Tan inhumana, tan infame y triste
Forzar á un corazon que se resiste!
Notar como el temor y el llanto empañan
Los ojos de la misma que me hechiza!
Y en mi fatal pasion sólo ser Dueño
De una Esclava que al verme se horroriza!
Los brutos de las selvas en que moran
Nuestros Escitas, gozarán acaso
Dias mas apacibles, y enamoran
Ménos bárbaramente.—
Idame cobró en mí tal predominio,
Que temo que el amor me le recuerde.
Su voluntad, por mas que me indignaba,
Tuvo en mi condicion y en mi albedrío
Mas absoluto imperio que el que ahora
Me da mi heroico brío,
Opresor de Monarcas destronados.
Esto es lo que ha excitado mi despecho.
Quiero desarraigarla de mi pecho;
Pienso en mi honor; olvídola un instante;
Preséntaseme; triunfa; y soi Amante.

ESCENA V.

GÉNGIS, OCTAR y OSMAN.

GÉNGIS.

¿Qué noticia me das? ¿Qué determina
Esa Muger?

OSMAN.

Afirma que primero
Sabrá morir al lado de su Esposo
Que mostrar el asilo tenebroso
En que se oculta el desgraciado Infante.
Juran que arrostrarán duros tormentos.
Zamtí en sus brazos, trémula, la acoge;
Anima su constancia, y aun la exhorta
Á padecer. La muerte piden ambos.
Toda la plebe absorta,
Llorando conmovida, los rodéa.

GÉNGIS.

¿La muerte dices que de mí esperaba
La bella Idame?—Parte, Osman; y díla
Que confíe tranquila;
Que es ya tan apreciable
Su vida, tan sagrada é inviolable
Para Géngis su Dueño.... Basta: corre.

ESCENA VI.

GÉNGIS y OCTAR.

OCTAR.

¿Qué intencion es la tuya?

GÉNGIS.

Hablarla todavía, verla, amarla;
Vengarme de la esquiva, ó que me quiera;
Castigarla.... Ya ves, Octar Amigo,
Mi flaqueza. Me agito, me confundo,
Con opuestos dictámenes peléo;
Y ni puedo ser Dueño de mí propio,
Ni acierto á descifrar lo que deséo.

ACTO QUARTO.

ESCENA I.

GÉNGIS, OSMAN *y* Tropas de Guerreros.

GÉNGIS.

¡Así habré yo perdido para siempre
La libertad y paz á que aspiraron
Mis bélicas fatigas! No soi mio.
Hoi siento que este inmenso poderío
Es la mas triste y más pesada carga.
Buscaba á Idame; y á mi lado véo
Sólo Guerreros que á su Rei molestan.
[*Á los suyos.*]
Corred sin detencion acia los muros.
Estamos ya bien libres y seguros
De que los Corëanos, que á ese Niño
Han proclamado Rei, nos sobrecojan;
Pues yo, con su cabeza en estas manos,
Marcharé contra todos. Obedezca
Zamtí; que tiempo es ya: ya demasiado
La muerte de ese Infante he dilatado.
Partid.
[*Queda solo.*]

Estos incómodos afanes
Anexôs á mi suerte ocupan mucho
Mi atencion distrahida en otro objeto.
Domar á una Nacion; tener sujeto
Á buena disciplina aqueste enxambre
De Vencedores; precaver peligros;
Frustrar conspiraciones,
Todas graves pensiones
Para una alma oprimida. ¡Ah, que, en estado
Ménos visible, fuí mas venturoso!

ESCENA II.

GÉNGIS y OCTAR.

GÉNGIS.

¿Hablaste al Mandarin?

OCTAR.

Nada le altera.
Ni riesgos le detienen, ni respetos.
Á ese Enemigo vil, que es fuerza muera,
Me afrentaba de hablar en nombre tuyo.
Vió con serenidad su atroz suplicio.
Obligacion, justicia son los nombres
Que sin cesar repite. Parecía
Que su alta voz nos intimaba leyes;

Pues á los Vencedores desafía
Con menosprecio. Importa que confundas
Hoi á Zamtí y á su rebelde Esposa.
No penes ya por ella, nó; ni vuelvas
La vista acia los Réos, que te injurian
Quando toda la tierra te obedece.

GÉNGIS.

Octar, mi admiracion por puntos crece.
¿Qué especie de hombres es la que he vencido?
¿Qué virtudes son estas, qué pasiones,
De que en nuestras regiones
Ni práctica tenemos, ni noticia?
El uno por su Rei, que ya no exîste,
Sacrifica su sangre con denuedo:
Vé que su Hijo perece, y no se quexa.
La otra por su Esposo pierde el miedo
Á los tormentos. Nada los conmueve;
Nada puede ablandarlos. Mas ¿qué mucho,
Si, quando atento miro
Esta Nacion Esclava y afligida,
Al cautivarla, sin querer, la admiro?
Conozco que han servido sus taréas
De escuela al universo. ¡Nacion grande,
Antigua é industriosa, cuyos Reyes
En el saber fundaron todo el mando,
Y de sus abatidos Confinantes

Fueron Legisladores, gobernando
Mas con la integridad de las costumbres,
Que por conquista! El cielo nos dió sólo
La fuerza: nuestras artes son las lides;
Nuestra obra aniquilar obras ajenas.—
¿De qué me habrá servido la fortuna
De tan varios aciertos? ¿Se me sigue
Utilidad alguna
De que lamente el orbe mis proezas?—
Mucho el carro del triunfo ensangrentamos;
Y acaso habrá otro género de gloria.
Envidiando el valor, la virtud rara
De pueblo tal, el Vencedor se holgara
De poder ser igual á los Vencidos.

OCTAR.

¡Que admires lo cobarde de estas gentes!
Pues ¿qué merito tienen unas artes
Hijas del ocio y regalado luxô,
Que no han sido bastantes á librarlos
Ni de la esclavitud, ni de la muerte?
El débil ha nacido
Para ser siempre Esclavo del mas fuerte;
Y el valor, el afan todo lo rinden.
Pero aquí quien se rinde eres tú sólo;
Tú quien sufre la injuria;
Quien las manos (en medio de su furia)

Entrega á unas cadenas
Que conocen los Tártaros apénas.
Así, por fin, te expones
Á quexas importunas de Guerreros
Á cuyo esfuerzo debes tus blasones.
¿Como han de ver los fieles Compañeros
De trabajos pasados que hoi abate
El Amor tales timbres? Se sonrojan,
Se indignan; y sus íntimos clamores
Llegan á tus oidos por mi medio.
Háblote en nombre de ellos, del Estado....
Mas perdona á un Escita, y á un Soldado
Que encaneció en el áspero exercicio
De la guerra, Señor, y en tu servicio;
Que lleva mal caprichos amorosos,
Y pone ante tus ojos deslumbrados
La verdadera imágen de la gloria.

GÉNGIS.

Venga Idame.

OCTAR.

¿Y tú quieres....?

GÉNGIS.

Obedece.
Reprime ya ese arrojo, y la aspereza
De tu zelo. Sí, Octar; que mis Vasallos
En mí han de respetar aun la flaqueza.

ESCENA III.

GÉNGIS.

Mal resisto á mi estrella dominante.
Ya no dudo que el cielo me destina
Esa Beldad. Mas ¿qué he logrado al cabo
Con mi sumo poder? ¿De qué me alabo?
Hice infelices: y lo soi yo mismo.
Entre esos hombres que de mí dependen,
Pródigos de sus vidas, y sedientos
De combates sangrientos,
¿Quien alivia mi espíritu oprimido?
¿Quien calma alguna vez mi pesadumbre?—
¿Han llenado este pecho mil Estados
Reducidos á dura servidumbre?—
Ah! nó: mi corazon necesitaba
Cierta ilusion capaz de mitigarle
El mortal sinsabor que en todo hallaba,
Y ofrecerme consuelos que mendigo
En el mas alto solio de la tierra.—
Ese Octar quiere hacerse mi Enemigo
Con molestos exhortos. Sólo véo
Al rededor de mí monstruos feroces,
Indómitos Soldados,
Al saquéo y matanza acostumbrados,
Que la guerra conocen, nó la Corte.

Horror les voi cobrando,
Al paso que el amor experimento.
Que peléen, y mueran á mi mando;
Mas Jueces no han de ser de mis acciones.—
Ya tarda Idame.—¿Es ella?—Sí: aquí viene.

ESCENA IV.

GÉNGIS, IDAME *y* ASELIA.

IDAME.

¿Aun quieres complacerte en mi congoxa?
Perdona á una muger; libra á una Madre.
¿Tu magestad, Señor, no se sonroja
De oprimir á una triste desvalida?

GÉNGIS.

Cesen tan melancólicos temores:
Cobra aliento. Quizá tu Esposo puede
Todavía ceder, y yo indultarle.
Ya suspendí mi impulso de venganza:
Tú suspende tu pena;
Que sólo para ti mi alma se estrena
En ser clemente y compasiva. Acaso
Por especial destino de los cielos
Me conduce mi dicha á tu presencia.
Acaso, no sin próspera influencia,

El hado te crió para qüe fueses
De tu Conquistador Conquistadora,
Y para suavizar esta dureza
Propia del clima en que nací.—Ya entiendes.
Rei soi.—Pudiera Idame todavía
Cobrar aquel poder que en mí tenía,
Y á que dexó de ser acreëdora.
Mis leyes autorizan el divorcio;
Y el Vencedor del mundo está á tus plantas.
Si él odioso te ha sido,
El trono debe ser apetecido:
Y aquella misma venda que las sienes
Rëales ciñe, lágrimas enxuga.
Hoi la razon de Estado,
Y el comun beneficio de los Chinos
Persuaden, qual yo mismo te persuado,
Á esta dichosa union. Todas sus quexas
Llegarán á mi solio por tu medio;
Y así lograrán ser mas atendidas.
Serás fiel Medianera
Entre el Rei y sus Pueblos, de manera
Que tú reines en mí, yo reine en ellos.
Sin duda extrañarás que así me explique.
El Destructor de Reyes ya olvidados,
Que en polvo yacen, el que incendia tronos,
Parece no nació para rendirse

Á tus piés. Pero vé ¡quan falsamente
Un vil Competidor me usurpa ahora
Aquella fe, Señora,
Que debes sólo al Dueño de la tierra!
Con mas de veinte cetros en sus manos
Te busca Temugin.... ¿Baxas los ojos?
Sus miradas suspensas no me indican
Si tu agrado me espera, ó tus enojos.
Olvídate algun tanto de que Géngis
Puede mucho, es altivo. Reflexîona
El punto en que tu dicha se aventura;
Y habla sin cobardía, con lisura.

IDAME.

Expuesta á los reveses de la suerte,
Extraño esas palabras: no lo niego.
Mas si puedo animarme á responderte,
Aun será mas extraña mi respuesta.
Bien debes acordarte de aquel tiempo,
De aquella vida obscura que encubría
Tu futura grandeza. El que es ahora
Terror de las Naciones, fué algun dia
No mas que Temugin, quando distaba
De tener en su mano el universo:
En su mano, que entónces era pura,
Y sin ensangrentar me la ofrecía.
Sabe, pues, que la hubiera yo admitido

En aquel tiempo.

GÉNGIS.

¿Qué me dices?.... ¡Cielos!
¿Con que me amabas tú? ¿Será posible?

IDAME.

Digo que tus obsequios diligentes
No me hubieran entónces repugnado,
Á no haber procurado tan prudentes
Los que me han dado el ser que mi albedrío
Se impusiese precepto bien diverso.
No ignoras el dominio que en nosotros
Exercen nuestros Padres. Son traslados
É imágenes del Dios á quien servimos;
Son de todas edades respetados.
Nuestro asolado Imperio, que debía
Ser inmortal, fundaba su gobierno
En el derecho del poder paterno,
En la fé conyugal, honor, justicia,
Respeto al juramento y al decoro.
Si á tus atrocidades venturosas
Es fuerza ya ceder, muera mi patria;
Pero nó aquel espíritu sublime
Que la animó. Trocóse tu destino;
Mas el mio no puede ya trocarse.

GÉNGIS.

Con que es cierto que un dia mi amor fino

Mereció tu leal correspondencia?

IDAME.

Nueva razon, Señor, para que esperes
De mi parte una eterna resistencia.
Mi consorcio debió su lazo al cielo;
Y para mí no hai cosa tan sagrada
Como mi Esposo. Mas diré: le amo.
Prefiero su persona
Á la tuya, á tu nombre, á tu corona.—
Al perdonar mi confesion ingenua,
Respeta nuestros usos. Ni discurras
Que me vanaglorío de rendirte,
Siendo un Conquistador, ó me envanezco
De que supe mostrar á un Potentado
Justo desden que nada me ha costado.
Cumplo mi obligacion; mi honor defiendo:
Ni alego semejante sacrificio
Por mérito. El gran don que me presentas,
Será bien admitido en otra parte.
Despréndete, Señor, de una alma ingrata
Que así le desestima: y ya que es fuerza
Que siempre Idame tu favor implore,
Haz que todo lo ignore
Zamtí mi Esposo. De tan leve triunfo
Ménos ufano quedará, que airado
De la injuria que has hecho á mi constancia.

GÉNGIS.

Ya sabe mis designios, y mi afecto.
Han de tener efecto;
Y él se conformará, si ama su vida.

IDAME.

No es capaz de ello, nó. Si en los martirios
Sus nobles pensamientos desmayasen
Con el dolor, si su alma se abatiese,
Yo, haciendo mi deber, leal y firme,
Le animara. Su pecho vacilante
Hallara auxîlio en mí: yo protestara
Contra la ofensa del solemne pacto,
Si él, faltando á su honor, le quebrantara.

GÉNGIS.

¿Será creible lo que escucho, Dioses?
¡Como! ¡Un hombre tan bárbaro, tan crudo,
Que ha delinquido así contra ti misma;
Que te privó de un Hijo; que, en fin, pudo
Dexarle en manos de la muerte....!

IDAME.

Ese hombre
Exerció una virtud que reverencio.
El procedió qual Heroe; yo, qual Madre:
Y aunque injusta desde hoi le aborreciera
Por la cruël dureza con que él obra,
Para no serle infiel honor me sobra.

GÉNGIS.

Todo me admira en ti; todo me ofende.
Adoro ese valor que me impacienta:
Me avasallas, al paso que me irritas;
Y con tu oposicion mi ardor se aumenta.
Teme mi enojo; que, aunque estói rendido,
Puede ser superior á mi ternura.

IDAME.

No hai aquí (bien lo sé) quien se resista
Á tus fieros impulsos; pero hai leyes
Que pueden mas que tú.

GÉNGIS.

¿Leyes?.... Murieron.
¿Y qué obstinado error quiere alegarlas
Contra Géngis? ¿Habrá quien otra admita
Que la de mi pasion, la de un Escita,
La de un Conquistador y de un Monarca?
Las vuestras para mí fueron fatales.
Quando eran nuestras suertes mas iguales,
Nuestras inclinaciones mas conformes,
(Pues, á pesar de tu rigor, lo créo)
Y todo conspiraba á nuestro enlace,
La lei aborrecible de tu patria
Fué causa de mi agravio y de tus bodas.
Leyes tiranas! Las anulo todas.
Quien lo manda soi yo.—Señora, basta.

Obedece; que el orbe hace lo mismo.
Esos rígidos usos que ponderas,
Graves delitos son, si se me oponen.—
He dado ya mis órdenes. Tu Esposo
Al punto ha de entregarme la persona
De su Príncipe Huérfano, y la tuya.
Zamtí y él pagarán con su cabeza
Tu pertinacia.—Piénsalo.—No ignoras
La venganza que cabe en mi entereza;
Y contempla á qué costa tendrás arte
Para aplacar las iras de tu Dueño,
Que te adora, y se afrenta de adorarte.

ESCENA V.

IDAME *y* ASELIA.

IDAME.

Yo he de elegir su muerte, ó bien mi infamia.
¡Ah, mitad mia! Ah, sangre de mis Reyes!
¡Amado Esposo! En qué estrechez me hallo!
Hoi que de mí depende tu destino,
No temo pronunciar contra ti el fallo.

ASELIA.

Antes procura recobrar, Señora,
Aquel poder y hechizo de que el cielo
Dota ya la virtud, ya la hermosura:

Aquel poder que precisó al Escita
Á que reconociese amables leyes
De la razon, dictadas por tus ojos.
Una sola palabra templa enojos:
¿Y qué no podrás tú, que agradar sabes?

IDAME.

Esa desgracia más me martiriza
En mi actual situacion.

ASELIA.

Por ti pudieran
Mejorar de fortuna los Vencidos.
Dios nos concede en medio de estas cuitas
Á Idame como escudo contra el monstruo
Que tiraniza el mundo. Bien has visto
Como por ti depuso su fiereza.
Debió mil veces, y aun debiera ahora,
Dar la muerte á tu Esposo,
Que por Competidor le es tan odioso.
Zamtí le despreció; pero está vivo:
No le ha perdido aún su tierna Esposa.
Ya el Vencedor altivo
En su persona respetó la tuya;
Ya teme disgustarte: y bien te acuerdas
De que en esta mansion él fué el primero
Que se rindió á tus ojos; que fué entónces
Legítimo su amor y verdadero.

IDAME.

Calla; que ya no lo es. Sólo pensarlo
Me parece delito.....

ESCENA VI.

ZAMTÍ [*con prisiones*], IDAME *y* ASELIA.

IDAME.

En tal desgracia
Y en mi furor ¿podré yo todavía
Decir que soi tu Esposa? ¿Vuelvo á verte?

ZAMTÍ.

Así lo quiere y manda ese Tirano;
Y debo á su rigor que me conceda
Este rato de vida que me queda.

IDAME.

Ya sabrás qué rescate me ha pedido
Por la vida del Príncipe y la tuya.

ZAMTÍ.

No hablemos de la mia. Desechemos
De la memoria adversidades nuestras.
¿Qué importa un Ciudadano, si se pierde
La Patria? Ha de olvidarse de sí propio.—
¿Necesitas, Idame, te recuerde
Que es libertar al Rei mi única deuda?
Suyos son nuestro ser, vida y servicios,

Y aun la sangre de un Hijo, su Vasallo.
Mas ¡ó dolor! ¿Á tales sacrificios
El del honor tambien ha de agregarse?—
Entretanto á ese Huérfano, que aguarda
Su fin, por receptáculo destino
El panteon donde infunden reverencia
Las sombras de los Reyes sus Avuelos.
Si nuestra diligencia
No le socorre, hará con él la muerte
Lo que con ellos hizo. ¡Quan en vano
El bizarro Caudillo Corĕano
Esperará le entregue yo la prenda
Que ofrecí confiarle! El que zeloso
Cuidaba de la vida del Infante,
El siempre fiel Azir, se vé en prisiones
Como yo; sin que al Huérfano le quede
Mas que tú. Resta ya que le abandones.—
Tu obligacion es conservar su vida,
La de tu Hijo, mi decoro, el tuyo.
Cumplamos los preceptos inviolables
Del Rei. Si ántes le daba un Hijo mio,
Mas he de darle. Muerto yo, tú, libre,
Corre, y aplaca al Vencedor impío.
Ve: pasa por encima de mi tumba
Á los brazos del Bárbaro. Ya empieza
Á darme horror mi muerte, por que véo

Logra Géngis con ella su deséo.
Pero es forzoso: así mi Rei lo pide.
Bien que, expirando, pago justamente
Mi atroz resolucion. Da, da tu mano
Con presagios tan tristes al Tirano.
Servirás á tu Príncipe de Madre.
Reina: viva tu Rei: muera tu Esposo.
Sí: reina enhorabuena á tanta costa.
Así lo quiero....

IDAME.

Aguarda. ¿Me conoces?
¿Querrás que séa mi elevada clase
Fruto de mi deshonra y de tu vida?
¿Piensas que no podré ser buena Esposa
Como fuí buena Madre? Pues te engañas.
Tu rígida virtud contra tí mismo
Comete dos maldades bien extrañas,
De que el amor, la sangre se horrorizan.
¡Bárbaro con tu Hijo, y mas conmigo!
¿Te olvidas de quien soi, y de quien te ama?
No dudes, nó, que pueden nuestros males
Tener mas feliz éxîto: que hai senda
Que conduce al sepulcro con mas gloria.
Aunque Géngis me ofenda,
No rezela de mí, ni de mis fines.
Ya séa por amor, ya por desprecio,

En estos muros, que sangrientos arden,
Nadie observa mis pasos, y estói libre.
Para comunicarse con nosotros
El Xefe Corëano ha descubierto
Una entrada secreta, no distante
Del asilo en que ocultas al Infante.
Sé todos los recónditos caminos
De aquel sagrado puesto; y corro al punto
Á animar los espíritus vitales
Del Huérfano; á llevarle en estos brazos
Al campo de Guerreros tan leales,
Armados en defensa de la patria,
Como don de aquel Dios que los ayuda
Á combatir. Tu morirás: no hai duda;
Pero ha de eternizarse nuestra fama.
Haré yo que compitan nuestros nombres,
Antes desconocidos y sin gloria,
Con los nombres plausibles en la Historia.
Verás si tus lecciones he seguido.

ZAMTÍ.

¡Dios que la inspiras! Válgala tu brazo.—
Idame, tu virtud vence á la mia.
Tú sola, tú, con ella has merecido
Que ya el cielo nos mire mas clemente,
Y por tu medio intente
Libertar á tu Príncipe y tu patria.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

IDAME [*con prisiones*] *y* ASELIA.

ASELIA.

¡Qué! ¿Nadie ha resistido? ¿Huyeron todos?
Dos veces ya en un dia eres su Esclava.
¿Por qué hemos arrostrado al fiero Géngis,
Tan superior á débiles mortales?
¿Una Muger, un Niño, unos Soldados,
Pocos, y sin aliento, qué podían?

IDAME.

Hice quanto debí; mas lucho en vano
Contra mi suerte adversa; y pues me ciñe
Ya otra vez sus cadenas mi Tirano,
No me queda esperanza.

ASELIA.

¿Con que vuelve
Á su poder el infelice Niño;
Y muere apénas nace? — ¿Al mismo tiempo
Terminará su Esposo su carrera?

IDAME.

Acércasele ya su hora postrera.

Si se dilata el fallo de su muerte,
Es para disponer duros tormentos;
Y á los dos seguirá tal vez mi Hijo,
Mi amado Hijo. Vime precisada
Á presentarme ante el soberbio Escita,
Que airado me llamó para gozarse
En mi susto y pesar, para abatirme.—
Horror daban sus ojos. ¡Quantas veces
Vi su sangrienta mano levantada
Ya para herir al Hijo desgraciado
De mis Reyes, y al mio! Atribulada
Me puse de por medio, y arrojéme
Á sus plantas llorosa; pero Géngis,
Echándome de sí, desapiadado
Apartaba la vista, amenazaba.
Confuso se ausentó; volvió furioso;
Y hablando con los suyos, les decía,
Inmutado de cólera: Venganza!....
Mudaba de dictámen; y su gente
Entretanto aguardaba solamente
Orden de descargar en mí el azero.

ASELIA.

¿Él había de dar tan fatal órden?
Á tu Esposo aborrece; mas permite
Que viva todavía. El Regio Infante
No ha pasado á poder de los Verdugos.

Si ruegas, todo queda perdonado.

IDAME.

Nó: su feroz amor ya se ha trocado
En rabia. ¡Oh, si le vieras con qué insultos
Me confirmaba su odio, y despreciaba
Mis lágrimas, Aselia!

ASELIA.

¿Desconfías
De poder aplacar su enojo altivo?
Si ese leon, que aprisionado ruge,
No te amara ¿nombrara tanto el odio?

IDAME.

Ámeme, ó aborrézcame, ya es tiempo
De dar fin á esta vida que yo misma
No puedo conservar sin horror mio.

ASELIA.

¿Y qué intentas, Señora?

IDAME.

Quando el cielo,
Persiguiendo á los míseros mortales,
Hasta lo sumo les aumenta males,
Los asiste en sus penas; les concede
Un espíritu igual á sus desgracias.
Con la misma que hoi siento, mi alma cobra
Un vigor que hasta aquí no conocia.
Sí: sabré no temer á ese inhumano;

Sabré depender sólo de mi propia;
Que mi destino, Amiga, está en mi mano.

ASELIA.

¿Pero ha de abandonar Idame á un Hijo,
Causa de ese temor y esa ternura?

IDAME.

No me vuelvas así mi desaliento,
Ni el corazon me partas.... ¡Trance fuerte!
Tirano sacrificio!.... ¿Qué no hice
Por libertar á mi querida prenda?—
Mas puede ser que Géngis, colocado
En dignidad tan alta, no pretenda
Buscar á un inocente confundido
Entre la muchedumbre de infelices.
Quizá no tratará con tanto ceño
Á un Niño á cuya Madre idolatraba.
Esta esperanza sola me alimenta;
Y con esta ilusion muero contenta.
¿Pues qué? ¿Tendrá aversion á mis cenizas
Quien ántes me adoró? ¿Será Enemigo
De mi frio cadáver sepultado?
¿Perseguirá á mi Hijo?....

ESCENA II.

IDAME, ASELIA *y* OCTAR. Guardias *con dos* NIÑOS.

OCTAR.

Espera, Idame.
Aguarda en este puesto á tu Monarca.
[*Á su Comitiva.*]
Cuidad de esos dos Niños.—Y vosotros
Guardad el paso de esa puerta, Escitas.
[*Á* Aselia.]
Retírate.—Nadie éntre: nadie salga.

IDAME.

¿Y todavía Géngis quiere verme?—
Obedezco, Señor: cedo á la fuerza.

ESCENA III.

IDAME [*sola.*]

¡Dios de los desgraciados! Tú que ahora
Ves desde el alto cielo mis agravios,
En tal conflicto aníname; é infunde
En este pecho triste
La virtud del Esposo que me diste.

ESCENA IV.

GÉNGIS É IDAME.

GÉNGIS.

Aun no he soltado, nó, toda la rienda
Á mis fogosas iras, ni abatido
Tu orgullo temerario, como es justo.
Aun no he reconvenido lo bastante
Por la infidelidad con que arrogante
Paga tu ingratitud mis beneficios.
Todavía no habrás considerado
Quan enorme es tu culpa, qual tu riesgo
Y quan tremenda furia me arrebata.
No quieres tú creerlo.... sí: tú misma,
Á quien amé, debiendo aborrecerte;
Tú, que fuiste conmigo
Traidora, y á quien debo dar castigo.

IDAME.

Castiga sólo á Idame; y éste séa
El último favor que yo reciba
De la homicida mano
Cuyos airados ímpetus en vano
Esperé contener. Haz que en mi sangre
Se ahogue todo el fuego de tu enojo.
Véngate en esta Esclava, por que cumple

Su obligacion: abrevia sus tormentos.

GÉNGIS.

No puedo, infiel. Mayores son los mios.
Quiero acabarlos.... Vengo á castigarte.....
Yo bien pudiera perdonarlo todo....
¿Quien? yo? á ti? perdonarte?
Nó: teme mi venganza. Tengo ahora
En mi poder el Hijo de tus Reyes,
Y el tuyo.—No hablo de tu indigno Esposo.
Bien merece morir, pues le has amado.
Me fué Traidor; me insulta; me es rebelde.
¡Quantas muertes ya hubieran castigado
Su falsedad! Pero detuvo Idame
Mi brazo. — ¡Que esto sufra! ¿Y no me irrito?
Si hasta ahora con él guardé respetos,
Ya me cansa rogar á mi Cautiva.
Olvídale, si es tu ánimo que él viva.—
Nó: para ese teson ya no hai disculpa.
Pues sentenciado está, ya no es tu Esposo.
Perece por tu causa; y para siempre
Romperá ya un suplicio ignominioso
Ese vínculo infame que hoi os une.
Tú me obligas á ello: ni yo alcanzo
Qué escrupulosidad tan insensata
Te aconseja que así le sacrifiques.—
Debiera yo, bañado en su vil sangre,

Y hollando sus cenizas, compelerte
Á cumplir mis deséos; pero advierte
Que un Destructor, un Bárbaro, un Escita
Aun tiene rasgos dignos de tu afecto.
No dudes que nacimos para en uno;
Y que siente mi pecho vanagloria
De tener en el tuyo algun dominio.
Trata ya de abjurar tu matrimonio;
Y quedará desde hoy ese Hijo tuyo
Admitido en la clase de los mios.
¡Quantas fortunas tienes en tu mano!
La vida de ese Niño Soberano,
Condenado á morir; la de tu Esposo,
Que con un sí tan sólo que pronuncies
Pudieras libertar; las dignidades,
Las mercedes que honraran su persona;
El bien de tu Hijo, el tuyo, y aun el mio
Dependen ya de ti; por que, al fin, te amo.
Sí: te amo todavía. Mas no intentes
Valerte de las armas insolentes
De aquesos atractivos hechiceros,
Ni tratar con desprecio esta flaqueza
De que mi enojo acusa á mi ternura.
Mira que es para ti bien peligrosa
Esta declaracion. Teme, alevosa,
Mi amor: teme tambien mis beneficios.

Esta alma, acostumbrada ya á vengarse,
En ti se vengará de haberte amado.—
Perdona si mis duras amenazas
Se unen á mis suspiros amorosos.
Acaba de aplacar estos furores
Que ceden ya. Con sola una palabra
Facilitas la dicha de este Imperio.
Esa palabra importa; y es preciso
Que la pronuncies: habla sin demora,
Sin disimulo, ni arte. Dí, Señora,
Dí si eliges, al fin, mi amor, ó mi odio.

IDAME.

Hoi ni uno ni otro fuera disculpable.
Odio fuera injusticia; amor, delito.
Esa aficion ni en ti, ni en mí es decente.
Supuesto que eres Rei, hazme justicia.
Yo te la pido á ti contra ti mismo.
No presumas que pierdo
El respeto debido á tu grandeza;
Antes, quando la olvidas, te la acuerdo:
Y allá en tu corazon, Señor, tú mismo
Me estarás dando la razon ahora.

GÉNGIS.

Está bien: será así, pues que lo quieres.
Si es mi aborrecimiento el que prefieres,
Le tendrás. Ya no acierto á refrenarle;

Y mi justo furor me restituye
El rigor que olvidaba por ti sola.
Tu Hijo, sí, tu Príncipe, tu Esposo
Pagarán con su sangre tu soberbia.
Esa palabra que de ti esperaba
Sentencia irrevocable les fulmina;
Y nadie, sinó tú, los asesina.

IDAME.

¡Ah, bárbaro!

GÉNGIS.

Lo soi. Iba á no serlo.
Un Amante tuviste; mas ya tienes
Un Amo sin piedad, sangriento, fiero;
Y en nada cede á tu aversion su encono.

IDAME.

Pues á los piés de ese Amo tan severo
Ya me humillo rendida.
Dios me le dió por Rei, y le venero.
Sólo un favor le pido.

GÉNGIS.

¿Tú, inhumana?
¿Aun de mí te prometes hoi favores?—
Alza: te escucharé. Quiero que implores
Mi clemencia.—¿De Idame, por ventura,
Podré esperar afectos mas benignos?—
Ea: dí: ¿qué pretendes?

IDAME.

Que permitas
Entre á verme Zamtí, mi Esposo amable,
Y aquí, Señor, con él á solas hable.

GÉNGIS.

¿Hablarle tú?

IDAME.

Mis súplicas te muevan.
Este es ahora mi último recurso.
No te parecerá despues extraño
Lo que me he resistido.

GÉNGIS.

No es tu Esposo
Á quien debieras consultar, Idame,
En lance tan estrecho.
Mas quiero consentirlo, por si acaso
Cediendo, en fin, á la razon su pecho,
Dexa de pretender la fatal gloria
De ser desobediente Emulo mio.
Él se negó á entregarme su Monarca;
Él llegó á ser tu Dueño. ¡Quantas culpas!—
Todavía el perdon puede alcanzarle.
Y de tu mano quiero le reciba.
Vengo en que le hables: sí. Que se aperciba
Desde luego al divorcio, ú al suplicio.—
Guarda esta puerta, Octar....Seguidme todos.—

¡Que este afecto me oprima y me enajene!
¡Y que no dexe yo de amar! ¿Es ésta
La ocupacion que á mi valor conviene?

[*Vase.*]

IDAME [*sola.*]

Como que resucito.... Siento ahora
Fortalecerse en mi ánimo aquel brío
De que desconfiaba.

ESCENA V.

ZAMTÍ *é* IDAME.

IDAME.

¡Ó tú que suples
Hoi para mí las veces de ese cielo
Que imploro inútilmente! Criatura
Mas sublime á mis ojos, y estimable
Que quantos Heroes la mortal locura
Venera como Dioses! Demasiado
Te consta ya el rigor de nuestra suerte.
Ha llegado á su colmo el infortunio.
Nuestra hora se acerca.

ZAMTÍ.

Lo conozco.

IDAME.

En vano por dos veces procuraste
Salvar la prole augusta de tus Reyes.

ZAMTÍ.

Olvídala. Perdióse la esperanza.
En todo hiciste tu deber con zelo;
Y llevo, al expirar, este consuelo.

IDAME.

Pero ¿qué fin tendrá mi infeliz Hijo?
Perdóname si tierna aún pronuncio
Este nombre dulcísimo. Perdona
Mis suspiros; y admira solamente
Mi valor.

ZAMTÍ.

Nuestros grandes Soberanos
Yacen en polvo; y nuestros Ciudadanos,
El Reino entero en servidumbre quedan.
Créëme; ya no es tiempo de que puedan
Causarnos compasion nuestras desgracias;
Sí las de aquellos míseros á quienes
Ha condenado el cielo
Á vivir todavía en este suelo.

IDAME.

¿Con que te espera una afrentosa muerte?

ZAMTÍ.

Sí: ya aguardaba yo con impaciencia

Mi sentencia final. Mucho tardaba.

IDAME.

Pues atiende. ¿Es razon que no logremos
Morir sinó por órden de un Tirano?
¿Que nuestra vida solo esté en su mano?—
Nuestros Vecinos, que el Japon habitan,
Viven y mueren libres. Consideran
Mas sensible el desdoro que la muerte,
Sin deberla al rigor de injustos Dueños.
Imitemos su intrépida constancia:
Y ya que á tan magnánimos Isleños
Enseñamos nosotros, aprendamos
De ellos mismos ahora á morir firmes.

ZAMTI.

Apruebo esa intencion: ya nada temo;
Experimento ya que la desdicha,
Quando llega al extremo,
Es superior á las humanas leyes.
Arrojados designios meditaba;
Pero desamparados, prisioneros,
Víctimas inocentes, desarmados,
Rendimos la cerviz á la cuchilla
Del Bárbaro, esperando el duro golpe.

IDAME [*sacando un puñal.*]

Sé libre como yo.—Toma, pues: hiere.
Libértanos....

ZAMTÍ.

¡Ó cielo!

IDAME.

Sí: traspasa
Este fiel corazon que han pretendido
Deshonrar. Yo temía que mi brazo
Débil y mal seguro no acertase
Á herir sin turbacion mi propio seno.
Tú, con menor peligro, mas sereno,
Priva á tu fiel Esposa de la vida;
Y bañado en su sangre, al lado de ella
Sabrás morir. En mi postrer momento
Abrace yo á mi Esposo.
Véalo Géngis, véalo envidioso.

ZAMTÍ.

Gracias al cielo, tu virtud sublime
Persevera hasta el fin. Esta es, Idame,
La mas preciosa muestra de tu afecto.—
Recibe ya mi eterna despedida.
Dame ese acero; dámele; y aparta
La vista, amada Esposa....

IDAME [*dándole el puñal.*]

Toma: empieza
Por mí: debes hacerlo.... ¡Qué! ¿Vacilas?....

ZAMTÍ.

No puedo....

IDAME.

Así lo quiero....

ZAMTÍ.

Me horrorizo....

IDAME.

Me agravias.... Hiere ya.... Convierte luego
Contra ti mismo la sangrienta mano.

ZAMTÍ.

Pues imítame....

IDAME [*deteniéndole el brazo.*]

Hiéreme, te digo.

ESCENA ULTIMA.

GÉNGIS, OCTAR, IDAME *y* ZAMTÍ. Guardias.

GÉNGIS.

[*Acompañado de sus Guardias, y desarmando á* Zamtí.]
Tenéos, infelices.... ¡Cielos! Como!....
¿Qué intentabais hacer?

IDAME.

¿Qué? Libertarnos
De ti; finalizar nuestras miserias,
Y las atrocidades de la suerte.

ZAMTÍ.

¿Aun quieres envidiarnos nuestra muerte?

GÉNGIS.

¡Ah, Zamtí! demasiado me ofendiste:
Sí; pero te has llevado, al fin, la palma
En el constante pecho de esa Idame
Que nació para mí, y á quien adoro.—
Tu Esposa, por guardar su fé y decoro,
Se sacrifica en mi presencia; y ántes
Morir quiere á tus manos que ser mia.—
Pues ambos desde ahora,
Tú, Zamtí, y tú, Señora,
Aprenderéis á tolerar mi imperio.
Aun mas aprenderéis....

IDAME.

¿Pero qué intentas?
Pero ¿qué significa esa amenaza?

ZAMTÍ.

¿Aun tiene mas rigores la violencia?

IDAME.

¡Que no pronuncies ya nuestra sentencia!

GÉNGIS.

Á pronunciarla voi: ya váis á oirla.
Tú, Señora, mirabas por mi fama,
Haciéndome justicia. Quiero ahora
Hacértela yo á ti.—Casi increible

Me parece lo mismo que estói viendo.
Absorto me dexáis: me habéis vencido:
Y en el trono que debo á la victoria,
Me afrenta el ser, en medio de mi gloria,
Inferior á vosotros. ¡Quan en vano
Conseguí señalarme con hazañas,
Si me envilece ya sólo una vuestra!—
Pues nó: yo he de igualarme con vosotros.
Ah! no sabía que un mortal pudiese
Sujetarse á sí propio: lo sé ahora.
Os soi deudor de tan heroico triunfo.—
Gozad ambos, gozad la honrosa dicha
De haberme así trocado. Vengo á uniros;
Vengo á patrocinar á ambos Esposos....
¡Consortes venturosos!
Vivid: cuidad de la inocente vida
Del Príncipe Rëal que ya os confío.
Por el derecho de la guerra puedo
Disponer de él; pero gustoso os cedo
Este derecho de que pretendía
Abusar; y os prometo que á ese Niño,
Feliz aun en sus mismas desventuras,
Y á vuestro Hijo, serviré de Padre.
Veréis si mis promesas son seguras.—
Era Conquistador; Rei me habéis hecho.

[*Á* Zamtí.]

Tú serás el Intérprete y Ministro
Principal de las leyes. Haz que séa
Tan justo su poder, como tú lo eres.
Serás Maestro de equidad, de juicio,
Y de honradas costumbres. Desde ahora
La Nacion vencedora
Deberá su gobierno á la vencida.
Hoi la prudencia reine; y ella séa
Quien dirija el valor. Á ti rendida
La fuerza ha de prestar fiel vasallage;
Y el exemplo doi yo. Tu Soberano
Con las triunfantes armas en la mano
Se sujeta á tus leyes.

IDAME.

¡Cielos! ¿Que oigo?
¿Tan noble proceder será creible?

ZAMTÍ.

¿Con que, al fin, eres digno de tu gloria?—
Desde hoi, Señor, los mismos conquistados
Apreciarán tu yugo: no lo dudes.

IDAME.

¿Quien te inspira esa accion?

GÉNGIS.

Vuestras virtudes.

LA LIBRERÍA,

DRAMA EN UN ACTO.

PERSONAS.

EL LIBRERO [Hombre pacífico.]
LA TIA NICOLASA [su Esposa: Vieja de mala condicion.]
FELICIANA [Sobrina del *Librero*: Muchacha bien criada.]
FERMIN [Mancebo del *Librero*, y Amante de *Feliciana*: Mozo honrado y hábil.]
D. SILVESTRE [Ricote ocioso, y de pesadísima conversacion.]
D. ROQUE [Poeta estrafalario.]
D. ISIDRO [Mozalbete medio Majo, y Freqüentador de casas de juego.]
Un *Hombre*, que entra una sola vez en la Librería.

LA LIBRERÍA.

ESCENA I.

LA TIA NICOLASA *y* FELICIANA.

El Teatro representa una Librería con mostrador á la calle, una mesa con recado de escribir, sobre la qual habrá un monton de libros: algunos de ellos en el suelo, y sembrados por las sillas. La Tia Nicolasa *y su Sobrina* Feliciana *estan sentadas junto al mostrador con almohadillas de labor; y la Sobrina canta esta seguidilla:*

Para el mal de la ausencia
Dicen que sirve
De alivio el ser mudable;
Mas yo soi firme.
Ausencia es aire
Que apaga el fuego corto,
Y enciende el grande.

NICOLASA.

Ya me va enfadando un poco la manía de esta Muchacha.

FELICIANA.

¿Por qué Tia?

NICOLASA.

Por que no sabes coser si no estás alborotando la casa con tu canticio.

FELICIANA.

Pues ¿acaso estorba la garganta á las manos?

NICOLASA.

Ya te he dicho que quantos pasan por la calle reparan que casi son mas tus seguidillas que tus puntadas. Las Niñas han de tener mas recogimiento.

FELICIANA.

¿Qué mas recogida quiere usted que esté? No dirán que soi de aquéllas que se pasan todo el dia colgadas al balcon.

NICOLASA.

Pero estás aquí en una tienda, que toda ella es ventana.

FELICIANA.

Quien tiene la culpa de eso es mi Tio, que sale á sus diligencias, y nos dexa cuidando de los libros.

NICOLASA.

¿Pues qué? ¿Ha de dexar la Librería abandonada?

FELICIANA.

Nó; pero pudiera no haber despedido al Mancebo, que á la verdad hace tanta falta que....

NICOLASA.

Calla, calla. Si se le despidió, sus razones hubo para ello. ¿Me quieres enseñar tú á mí las precauciones que se deben tomar en casas donde hai Muchachas solteras?.... No me hagas revolver cuentos viejos; por que como soi Nicolasa....

FELICIANA.

No se irrite usted, Tia. Usted se figuró que Fermin, el Mancebo que teníamos, pensaba casarse conmigo; y esto bastó para que ántes de ayer se le despachase á instancias de usted, habiendo tantos años que trabajaba en casa, y siendo tan querido de mi Tio por su buen genio, hombría de bien, y habilidad en su oficio. No ignora usted que es Hijo de mui buenos Padres, que tiene Parientes mui bien puestos, que cursó sus estudios en Alcalá, y que sólo la cortedad de sus medios le ha reducido á elegir la profesion de Librero.

NICOLASA.

Eso es: alábale, hazle la relacion de méritos, y aboga por él; que, por mas que lo sientas, no ha de volver á casa, ni siquiera por visita de cumplimiento.

FELICIANA.

No debo de sentir mucho su despedida, quando estóy cantando.

NICOLASA.

Es que en ti es costumbre tan envejecida el seguidillear, que aunque me vieras de cuerpo presente, habías de estar gorgoriteando.

FELICIANA.

Estimo yo á usted mas que todo eso; y no soi tan ingrata á los favores que la he debido. Usted me traxo á su casa quando quedé huérfana: ha cuidado de mi educacion; y ademas de esto....

NICOLASA.

Todavía no sabes, Feliciana, el beneficio que hoi quiero hacerte, mayor que los pasados.—Bien has visto quanto te estiman algunos Sujetos que concurren á esta Librería. Qualquiera de ellos se alegraría de que yo le ofreciese tu mano.—Ya conoces á D. *Sil-*

vestre, que es de los Tertulianos mas antiguos....

FELICIANA.

¡Ai, Señora! ¡Y como que le conozco! Es un Ricacho ocioso, pesado en la conversacion, que en empezando un cuento, no acierta á acabarle, y que á todos pudre la sangre con los estribillos, muletas y refranes que ensarta.

NICOLASA.

Tú no sabes mas que poner faltas.—Ya has tratado tambien á D. Isidro.

FELICIANA.

Y por que le he tratado, sé que es un mixto de Usía y Majo, gran Freqüentador de casas de juego, y sobre todo, el mayor porfiado que se conoce. Rabia por apostar sobre qualquiera bagatela; á todos contradice; y en fin, Señora....

NICOLASA.

¡Qué reparona eres, Sobrina!—Pues ¿que dirás de D. Roque?

FELICIANA.

Lo que todo el mundo sabe. Que es un Coplista de oficio (ó como otros le llaman, Poeta) y que siempre anda tan distrahido pen-

sando en sus décimas, que apénas se le puede hablar, por que no responde con concierto. Sobre que va por la calle hablando solo, manoteando, y haciendo visages....

NICOLASA.

¡Ai, ai! qué delicada que se me va haciendo la Niña!—Feliciana, tú tomarás el Novio que te den.

FELICIANA.

Sí, Señora. Yo obedeceré á usted en este asunto como en todos; pero usted *me* propone esas bodas, y mi Tio por otra parte me ha dicho que pensaba hablarme de otra quanto ántes.

NICOLASA.

Fíate en promesas de mi Marido. ¿Aquél?—¡Buena traza!—Seis meses ha que está diciendo que ha de darte estado; y todavía no acaba de determinarse. ¿Si se acordará de eso hoi cabalmente?

FELICIANA.

No habrá querido partir de ligero; por que es prudente....

NICOLASA.

Por que es un pelmazo: y ya que él se duerme, yo quiero casarte luego, luego, para

enseñarle á resolver las cosas con actividad. Gasta mucha paciencia. Considérate tú que desde acabado de comer que salió, todavía no ha vuelto.—Yo quería ir un instante aquí á las quarenta horas; pero como no parece.... Nó, nó: yo no me he de quedar sin rezar. Tú cuidarás entretanto de la tienda; y yo rogaré á Dios que te haga buena, que bien lo necesitas....

[*Hace que se va, y vuelve.*]

¿Oyes?.... Cuidado con no cantarme.—

[*Da algun paso como que en efecto se va, y volviendo á mirarla, dice:*]

Mira que por esa solfa todavía te he de solfear yo.

ESCENA II.

FELICIANA, *y despues* FERMIN.

FELICIANA.

¡Infeliz de mí! Ni aun me permiten la inocente diversion de la Música, para distraherme algun rato, si es posible, del triste recuerdo de la ausencia de Fermin!—Le estói debiendo finezas que no tienen precio. Él me instruía con su conversacion: él procuraba

inspirarme máximas de una buena crianza que me faltaba: él escogía entre estos libros los que convenían á mi edad y á mi genio, para que me sirviesen de enseñanza sus exemplos, y de deleite su estilo. ¡Qué pocos son los Amigos, qué raros los Amantes que proceden así con las personas que quieren!___ ¡Ah, Fermin! Tú te perdiste, y me perdiste por ser demasiado propenso á hacer *bien*. ¡Oxalá me hubieses tratado con la mayor aspereza! No hubieran conocido entónces la conformidad de nuestras almas; y vivirías todavía en esta casa.... Mas ¿Para qué?___Para ser testigo de la violencia con que quieren disponer de mi mano....___[*Sobresaltada.*] ¿Quien viene?....

[*Á* Fermin, *que sale apresurado.*]

¡Fermin!.... ¿Como te atreves á pisar los umbrales de esta tienda?....

FERMIN.

Vengo á que tu vista me renueve el dolor de verme separado de ti.

FELICIANA.

Si mi Tio volviese....

FERMIN.

Quedaba poco ha en la Aduana recogiendo

unos libros. Ahora llegaba tu Tia á la esquina inmediata. Yo he paseado esta calle á varias horas del dia sin esperanza de poder entrar á verte: por señas de que no ha mucho que te oí cantar una seguidilla con aquella gracia que sueles; y en ella te quexabas de la ausencia.

FELICIANA.

No me quexaba todo lo que debo....— Pero no desperdiciemos estos apreciables instantes. Mi Tio piensa casarme: no sé con quien.

FERMIN.

¡Qué noticia!

FELICIANA.

Por otro lado mi Tia tambien me ha propuesto hoi por Novios á D. Silvestre, á D. Isidro, y aun al Poeta D. Roque. Ya ves que, pues piensa en tres Sujetos á un tiempo, no debe de haber elegido con madurez uno como corresponde, y que su fin es salir de mí quanto ántes, séa quien fuere el Marido. La Tia Nicolasa está siempre de esquina con mi Tio, esperando á que él diga sí, para decir ella nó: yo sólo quiero á Fermin; con que ya puedes presumir las disensiones que ha de haber en esta casa.

FERMIN.

Ambos hemos merecido siempre á tu Tio mil atenciones; y ya ves que, si me ha despedido, ha sido por influxo de su Esposa, que estaba mal con que nos llevásemos bien. Pero malo es que haya pensado en darte otro Novio. —Él es hombre de teson. Nó: no podrémos reducirle.... Tu Tia es soberbia, caprichosa.... ¡Ah, Feliciana! No serás tú mia.....—Pero me ocurre un arbitrio que....

FELICIANA.

Díle pronto.

FERMIN.

Ya sabes que tengo un Primo medianamente rico, que ha prometido no desampararme. Yo podría esta noche llevarte secretamente á su casa. Desde allí....

FELICIANA.

¿Eso intentas, Fermin? Eres tú aquel Maestro juicioso que me enseñaba á aborrecer las locas prontitudes de la mocedad? En otro tiempo tenías buen concepto de mí; pero ya le he perdido: ya me crées capaz de consentir que me saques á hurto de casa de unos Tios que venero como á Padres, por mas injustamente que procedan ellos conmigo.

FERMIN.

Perdona, Feliciana, ó disculpa á lo ménos el arrojo de un Amante desesperado, que se olvida de quien eres, y de quien él debe ser. Demasiado bien has aprendido mis lecciones; y te exhorto á que no las olvides, aunque las emplées contra mí.

FELICIANA.

¡Ah, Fermin! Si todos los hombres procurasen como tú que las mugeres á quienes aman se distinguiesen de las demas con inclinarse á la lectura, sería el amor escuela de ingenio, y quizá de virtud.... Pero busquemos otro medio mas lícito y adequado.

FERMIN.

Si encontrásemos algun empeño para que volviesen á admitirme en casa.... Yo estói seguro de que había de ganar la gracia de tu Tio.

FELICIANA.

Eso importa.—Allí viene ya justamente el Poeta D. Roque. Yo le hablaré para que interceda á tu favor con la Tia.

FERMIN.

Y yo entretanto iré á suplicar á D. Silvestre, que vive aquí cerca, que se empeñe con el Patron.

FELICIANA.

Y ¿acaso impedirás con eso mi matrimonio?

FERMIN.

Nó; pero.... ¿qué sé yo?.... Te veré, te hablaré.... Á Dios.—Presto me traherá aquí mi amor, y el justo temor que tengo de perderte.

ESCENA III.

FELICIANA *y* D. ROQUE.

FELICIANA.

Si ese temor se ha de verificar, no vuelvas.

[*Sale* D. Roque *distrahido con un papel en la mano.*]

D. ROQUE.

No hai cosa que ponga á un hombre de peor humor que buscar un consonante, y no dar con él.... Dios guarde á usted, Señorita....—¿Habrá por aquí un tintero?

FELICIANA.

Ahí tiene usted recado de escribir; pero, si me oyera ántes una palabra, le pediría un favor.

D. ROQUE.

Sí, Señora. ¿Qué quiere usted? ¿Décimas, coplas de Tirana, romance, seguidillas para cantar, ó....

FELICIANA.

Nada de eso, Señor.

D. ROQUE.

Si usted necesita algunos motes para Damas y Galanes, Años y Estrechos, estos dias he hecho unos que no les falta mas que estar impresos, y venderse en la Puerta del Sol.

FELICIANA.

Señor, óigame usted.

D. ROQUE.

No tiene remedio: la he de leer á usted una glosa que he compuesto esta mañana. Atienda usted. La quarteta dice así:

Tocando la lira Orféo,
Y cantando Jeremías,
Bailaban unas folías
Los Hijos del Zebedéo.

Qué tal?—Pues ahora va la glosa.

Vino un dia Meneláo,
Sobrino de Faraon,
Conducido en un Simon

Hasta el Puerto de Bilbáo.
Un plato de bacalláo
Le causó tal regodéo,
Que á todos dixo en Hebréo:
Vamos tomando café,
Sin embargo de que esté
Tocando la lira Orféo.

Pero ¡qué décima la otra que se sigue!

Al oirlo Doña Urraca,
Noble Infanta de Castilla,
Se metió baxo la almilla
Una cruz de Caravaca.
Diéronla mucha matraca;
Y ella dixo: nó en mis dias.
¿Qué importa á las tres Marías
Que esté, quando yo lo mando,
San Pasqual Bailon llorando,
Y cantando Jeremías?

Eh? ¿Qué la parece á usted?—Vamos adelante.

Estaba allí Garibái,
Y dixo al oido á Enéas:
Calla, tonto: no lo créas;
Que todo eso es guirigái.
Con casaca verdegái
Se apareció Zacarías,

Que al son de las letanías
Vino cantando el cumbé;
Y ellos en deshabillé
Bailaban unas folías.

¡Qué bien trahido el pié!—Pero aquí entra lo mejor.

Saltó el Virréi del Perú;
Y arrancando su melena,
Dixo, con la boca llena
De turron y de alajú:
¿Donde está mi biricú,
Mi sotana y mi mantéo?
Que me voi al jubiléo
Á rezar por los difuntos,
No séa que duerman juntos
Los Hijos del Zebedéo.

Á ver! ¿Qué la pide usted á la glosita ésta?

FELICIANA.

Sólo usted pudiera haberla hecho, Sr. D. Roque.

D. ROQUE.

Nó: pues aquí traigo otra obrita empezada; y poco he de poder yo, si no la acabo ahora mismo.—Antes que se me vayan las especies.... con licencia de usted.

[*Siéntase á escribir en una mesa llena de libros.*]

FELICIANA.

Señor, yo no pedía versos.

D. ROQUE.

Pues á un Poeta no se le puede pedir otra cosa.

FELICIANA.

Mire usted. Yo sólo quisiera que usted se empeñase con mi Tia para que al pobre Fermin, que ha salido despedido, se le vuelva á recibir en casa.

D. ROQUE.

Bien está.—*Borrasca, tarasca, carrasca, hojarasca....* Se lo diré á la Tia... *Escollo, repollo, bollo, pimpollo, cogollo, meollo....* Era un excelente Mozo; y créo que usted y él hacían buenas migas. ¿Eh?—Siento que le hayan echado.

FELICIANA.

¿Queda usted en eso, Señor D. Roque?

D. ROQUE.

Sí, Señor; pero no me cante usted ahora seguidillas como acostumbra, por que me perturbará....—*Piloto... alboroto.... bergamoto.... terremoto.... el sutil Escoto....*

FELICIANA.

Yo callaré; pero ahí tiene usted ya á su Amigo D. Isidro, que meterá mas ruido que catorce. [*Vase.*]

ESCENA IV.

D. ISIDRO *y* D. ROQUE.

D. ISIDRO.

¡Ola! ¿Como está tan sola la tienda?.... ¿Ahí estaba usted, D. Roque?.... Tenga usted mui buenas tardes.... Digo!.... ¿No responde usted?—El bueno del hombre quando se enfrasca....

D. ROQUE.

[*Hablando consigo propio.*]

¿*Enfrasca*?—*Enfrasca*, *borrasca*.... Ya le pillé. ¡Maldito consonante!

D. ISIDRO.

[*Se sienta*; *y despues de una pausa*, *dice*:]

Mire usted que si no me da conversacion, me enfadaré, y tomaré un libro.

D. ROQUE.

Sí; por que eso de leer es bueno para quando uno no tiene otra cosa mejor que ha-

cer. Bendito séa Dios: y á lo que vienen estas gentes á las Librerías!—Déxeme usted escribir, Señor; y no perjudique al público, privándole de ver esta obra quanto ántes.... *La nave de mi pecho.... barbecho, pertrecho, contrahecho....*

D. ISIDRO.

¿Con que usted no quiere decir nada de nuevo?

D. ROQUE.

Amigo, acuda usted á la Gazeta; y si nó, ya vendrá por ahí D. Silvestre que le contará á usted novedades con aquella sal y aquella brevedad que acostumbra.—En fin, déxeme usted trabajar, que para eso he madrugado hoi bastante.

D. ISIDRO.

Yo tambien madrugo. ¿Le parece á usted que ántes de las siete de la mañana no estaba yo en el juego de trucos?....—Pero óigame usted solamente dos palabras. Quiero contarle en confianza lo que acaba de sucederme.

D. ROQUE.

Vaya, Señor: hable usted; que bien oigo.

[*Prosigue escribiendo.*]

D. ISIDRO.

Pues ahora he encontrado en la calle á la Tia Nicolasa; y me ha dicho.... (estói loco de contento).... que había pensado en mí para Novio de su Sobrina Feliciana....—¿Quiere usted oirme, y no escribir?.....—Que todavía no tenía el sí de la Chica; pero que procurase yo insinuarme con ella, y grangear su afecto con mis cariños y regalos. La tal Felicianilla me gusta como soi Isidro; y ya verá usted....

D. ROQUE.

[*En tono de recitar un verso.*]

Me gusta mucho como soi Isidro.... Calle, Señor: no me haga equivocar.

D. ISIDRO.

¡Qué hombre tan insociable! No merece usted que le cuenten nada.....—Ha! ¿No sabe usted que acabo de ganar una apuesta? [*Saca un bolsillo, y empieza á contar doblones.*] Pero ¡qué apuesta!.... Uno, dos, tres, quatro, cinco, seis, siete, ocho.... [*Prosigue contando en secreto, y* D. Roque *escribiendo. Sale* D. Silvestre, *vestido á lo machucho y con baston; y el* Librero *con un Mozo que trae una banasta de libros.*]

ESCENA V.

D. ROQUE, D. SILVESTRE, D. ISIDRO *y* EL LIBRERO.

EL LIBRERO.

Dexa ahí esa banasta, Muchacho. [*Á* D. Silvestre *aparte.*] Repito á usted, Señor D. Silvestre, lo que dias ha le he dicho, siempre que me ha hablado de sus deséos de lograr á Feliciana. Por mi parte no hai el menor inconveniente, Vecino mio; pero la explorarémos ántes la voluntad. Celebro que hayamos tratado del asunto; por que desde hoi quiero pensar seriamente en él.

D. SILVESTRE.

Mil gracias, Amigo mio. [*Bostezando.*] Ai, ai, ai!.... ¿Qué hora es? No sabe un hombre que hacerse. Ya van siendo largas las tardes.....Ha! Ahora que me acuerdo. Cuidado que despues (¿me entiende usted?) tengo una súplica que hacerle.—D. Roque, aunque usted no quiera.

D. ROQUE.

¿Quien le ha dicho á usted palabra de querer, ó no querer?

D. ROQUE.

¿Qué noticias nos trahe usted, Señor D. Silvestre? ¿Es verdad lo que dicen de los Ladrones y puñaladas que hubo anoche en el barrio?

D SILVESTRE.

Ya se vé que lo es. Absolutamente sé yo el caso de memoria.

EL LIBRERO.

Vaya usted contando, miéntras yo desembanasto estos libros.

D. ROQUE.

¿Si me dexarán escribir estos Charlatanes?

D. SILVESTRE.

De suerte y de manera es, Señores mios, como digo de mi cuento, que serían por ahí por ahí, circum circa, sobre corta diferencia, casi casi las doce de la noche; y ya se vé, á tales horas, absolutamente, como ustedes saben, maldita el alma que se encuentra por esas calles de Christo.... Sentémonos en paz y gracia de Dios, por que, como soi de tierra, que el caso merece oirse con sosiego. [*Siéntase.*] Con que, Amigos, en substancia.... [*Tose y escupe.*] Sucedió que un pícaro de un Ladron.... ¡Vaya, que sólo Barrabas

inventara tal enredo!.... Pero es de advertir que lo sé todo de buena tinta.... Ello es que el Tunante, grandísimo canalla (Dios me lo perdone) andaba, como digo, mui embozado.... Y absolutamente, Amigo de mi alma, llegando á la rinconada (¿me entiende usted?) de una callejuela.... se arrojó sin mas ni mas, como iba diciendo, á robar á un hombre: en fin, aquello que llamamos (¿está usted?) la bolsa, ó la vida.—Él, ya se vé, viéndose acometer, díxole, dice: hombre, yo, dice, no traigo alhaja de valor que usted, dice, me pueda quitar; pero con todo, dice, eso de dexarme yo acogotar, dice, nó Señor; y absolutamente, por vida de la Giralda, como quien no dice nada, va entónces, coge, y ¿qué hace?.... (¡cosa como ella!) levanta del suelo (hablando con perdon de ustedes) un guijarro.... y absolutamente, sin andarse por las ramas.... ¿lo digo?.... le sacude, zás, aquí en mitad de la frente (salva séa la parte) al susodicho Ladron.... No sé si me explico....

D. ROQUE.

Sí, sí: tiene usted bravas explicaderas. [*Aparte.*] Reniego de tu pesadez: amen.

D. ISIDRO.

Acabe usted.

D. SILVESTRE.

Pues acabo. El vinagre del hombre, que (no agraviando lo presente) era un Mozeton alto, (mal comparado) un Sanson, un Filistéo, y como dixo el otro, un bruto (fuera del alma).... [*Toma tabaco.*] para servir á ustedes, parece á ser que agarró entónces al otro (¡miren qué Demonio!) y ¿por donde?— por la espalda; pero con tanta furia y tanto aquél.... No sé si usted me comprehende....

D. ISIDRO.

¡Oh! qué paciencia! ¿Apostemos á que todo eso es patraña?

D. SILVESTRE.

No nos interrumpa usted.

D. ROQUE.

El interrumpido soi yo, pobre de mí!

D. ISIDRO.

Vayan diez doblonces jos.

D. SILVESTRE.

Nó, Amigo: ni un real de plata. No arriesgo yo por frioleras las caras de mi Soberano; y, como decía mi Avuela (¿está usted?)

siempre porfiar, pero nunca apostar.

D. ROQUE.

El Señor hace uno y otro.—Así me dexaran ustedes proseguir una tempestad alegórica que estói escribiendo.

D. SILVESTRE.

Tampoco á mí me dexan contar mi historia, que absolutamente es cosa que pasma; por que, Amigos, andando en estas andanzas, ten de aquí, ten de allí, si caigo, ó no caigo, ¿qué les parece á ustedes que sucedió? — Que por que lo quiso el Angel de la Guarda, yo no sé como infiernos dizque se apareció por allí una Patrulla.... (tenga usted cuenta).... y sin mas acá ni mas allá, como el Diablo las carga, el condenado del hombre (Dios nos asista!) se abalanza con una navaja en la mano; y séa por esto, ó por lo otro, ó por lo de mas allá, lo cierto ès que, sin andarse en pataratas, allí no hubo mas sinó que, al cabo y á la postre, él, sin respeto maldito aquél (¿me entiende usted?) á la Patrulla.... (ahorrémonos de palabras) ya se vé, absolutamente.... Pero ¿como? — Me alegrara que ustedes lo hubieran visto....—En efecto (para abreviar el cuento)....

D. ISIDRO.

¡Buena brevedad te dé Dios! Ya basta, Señor. ¿No hai quien quiera poner algo á que ésa es bola.—Señor D. Roque ¿apostemos?

D. ROQUE.

Señor, soi Poeta.

EL LIBRERO.

Dexen ustedes al Señor D. Silvestre, que él hará de todo una relacion puntual.

D. ISIDRO [*levántandose.*]

Tan puntual puede ser, que no se acabe en todo el dia.....—Diga usted, Patron: ¿su Sobrinita de usted donde anda?—¡Si usted supiera lo que me gusta oirla cantar!—El otro dia disputaban en el Café sobre quien cantaba mejor: la del quarto principal, ó ella; y yo aposté una docena de medallas á favor de la Feliciana. ¡Así hubiera puesto cinqüenta, como las había de ganar!—Con su permiso de usted, quiero entrar á verla.—Á lo ménos, aquélla ès Muchacha de buena conversacion; y nó D. Roque, que no habla una palabra, y D. Silvestre, que nos ha molido con su cuento. [*Á* D. Silvestre.] No me pillará usted mas. [*Vase.*]

ESCENA VI.

D. ROQUE, D. SILVESTRE *y* EL LIBRERO.

EL LIBRERO.

Señor D. Silvestre, éntre usted tambien, si gusta; y empiece á observar qué tal le recibe la Chica. Bien sabe Dios quanto deséo que se incline á usted.

D. SILVESTRE.

Yo me ingeniaré lo mejor que pueda.—Entre paréntesis, hablemos de aquel empeño. Parece (¿me entiende usted?) que Fermin está despedido; y absolutamente es preciso que usted le reciba.

EL LIBRERO.

¿Qué no haré yo por servir á usted? Mi Parienta, siempre opuesta á Fermin, es quien me ha metido en la cabeza mil cuentos contra el pobrecillo, de suerte que, para tener paz en casa, me vi precisado á despedirle. No lo merecia él; por que tiene mas honradez y entendimiento de lo que parece. En fin, me hace mucha falta en la tienda; y basta que usted interceda por él.

D. SILVESTRE.

¡Vaya! que hoi absolutamente es dia (como dicen) de hacer mercedes. El Mancebo quedó (¿me entiende usted?) en venir aquí incontinenti á saber (como digo) las resultas de mi empeño.—Á Dios hasta luego. [*Haciendo que se va, y volviendo.*] Apénas haga mi visita á Feliciana, me tendrá usted aquí puntualmente á acabar el cuento del Ladron. [*Vase.*]

ESCENA VII.

D. ROQUE *y* EL LIBRERO.

D. ROQUE [*levantándose.*]

Aunque pierda de hacer una docena de versos, voi á hablar dos palabras á su Parienta de usted sobre cierta pretension que tengo con ella. Para obligarla á que conceda lo que quiero pedirla, la diré que es cosa á que usted se ha negado.

EL LIBRERO.

Al instante dirá que sí, sólo por llevar la contraria.

D. ROQUE.

Cuidado no me llegue nadie á estos papeles, que importan mucho, por que han de redundar en gloria inmortal de la Poesía Castellana. [*Vase.*]

ESCENA VIII.

EL LIBRERO.

¿Qué coplas serán éstas que está escribiendo?.... [*Tomando un papel de los que ha dexado* D. Roque.] Veamos por curiosidad.

[*Lée.*]

» La nave de mi pecho que se enfrasca,
» Combatida de la áspera borrasca
» De mis funestos males,
» Ya zozobra, y se atasca
» En el fatal escollo
» De desesperacion en que me atollò....
» Hoi me ha dicho la Tia Nicolasa....

[*Admirado.*]

¿Qué viene á ser esto?....

» Ya el discurso, que sirve de Piloto,
» Perdido el rumbo, admira el alboroto
» De las olas y vientos....
» Novio de su Sobrina Feliciana....

[*Una gran pausa.*]

¿Que ha puesto aquí este hombre?

» Cuyos trágicos ímpetus violentos....

» Me gusta mucho como soi Isidro

» La tal Felicianilla....

» Me alejan ya de la dichosa orilla...."

¿Qué guirigái es este?.... ¡*Tia Nicolasa, Sobrina Feliciana, como soi Isidro, Novio, y me gusta mucho*, revuelto todo con la *nave*, los *vientos*, el *escollo*, y el *Piloto*....!— Yo no lo entiendo....—¿Si escribirá D. Roque alguna cancion á mi Sobrina en nombre de D. Isidro?.... ¿Y mi Muger anda tambien metida en la danza?—Aquí hai gato encerrado. Yo me veré con ella; y la haré confesar qué embrollo es éste.

ESCENA IX.

EL LIBRERO *y* FERMIN.

FERMIN.

Perdone usted mi atrevimiento, ó por mejor decir, la demasiada confianza que tengo en el buen corazon de usted. Yo, Señor....

EL LIBRERO.

Ya me ha hablado D. Silvestre por tí; y quedas recibido en mi casa.

FERMIN.

¿Con qué podré pagar á usted?

EL LIBRERO.

Con proceder como hasta aquí, Fermin. Aunque mi Muger te acuse, yo sé la lei que siempre nos has tenido. No puedo dexar de conocer que mi Sobrina ha adquirido con tus instrucciones pensamientos mucho mas elevados de los que caben en personas de su esfera. Á ti te debe muchas de sus habilidades, y parte de su juicio y buena crianza. Así has contribuido á su fortuna, tanto que D. Silvestre la crée digna de ser su Esposa, y hoi mismo se la he ofrecido.

FERMIN.

¿Á D. Silvestre?

EL LIBRERO.

Seguro.

FERMIN.

Nunca será tan dichosa Feliciana como lo soi yo en haberla servido de algo, y en merecer la benevolencia de usted. [Fermin

dexa el sombrero, y empieza á coordinar algunos libros.] *Sale* D. Roque.

ESCENA X.

EL LIBRERO, FERMIN *y* D. ROQUE.

D. ROQUE.

Amigo Fermin, he hablado á la Tia Nicolasa, qué acaba de venir de la iglesia; y me hubo de arañar por que la dixe que recibiese á usted.

EL LIBRERO.

Ya está admitido, aunque mi Muger no lo apruebe. Alguna vez he de ser yo Amo de mi casa. Voi á decirla quatro cosas bien dichas sobre esto.... y sobre otras sospechas que tengo. [*Entregando á* D. Roque *el papel de versos.*] Señor Poeta, hágame usted el gusto de no volver á nombrar en sus coplas á mi Sobrina. [*Vase.*]

ESCENA XI.

D. ROQUE *y* FERMIN.

D. ROQUE.

[*Reconociendo lo escrito.*]

¿Qué dice este hombre?.... ¡Ola, ola! Qué he escrito yo aquí?....—¿Quanto va que he puesto entre mis versos parte de la conversacion de D. Isidro?.... Dice bien el Librero.... Pero yo me tengo la culpa, que me vengo á escribir entre Habladores y Gritones. [*Vuelve á sentarse.*]

FERMIN.

Señor D. Roque, estói sumamente agradecido.

D. ROQUE.

Palmotée usted quando se represente mi Tragedia; y con eso quedo pagado.

FERMIN.

No sabe usted bien el favor que me han hecho los que han intercedido por mí.

D. ROQUE.

Ya, ya me parece que usted no puede vivir sin volver á la querencia. Todo lo merece la Feliciana. ¿La da usted muchas lecciones?

FERMIN.

No soi yá capaz de darla todas las que su mucho entendimiento puede comprehender.

D. ROQUE.

La Chica saldrá aprovechada.—Déxeme usted escribir; y prosiga la obra de misericordia de enseñar al que no sabe, que es uno de los setenta y dos modos de introducirse con las Damas.

ESCENA XII.

FERMIN, D. ROQUE *y* FELICIANA.

FELICIANA [*como llorosa.*]

¿Á quien me quexaré?.... [*Alborozada repentinamente.*] ¿Aquí estás, Fermin?

FERMIN.

Sí: ya me tienes de nuevo recibido en esta casa, á tus piés, gozando de esos ojos.

FELICIANA.

Sólo este feliz suceso puede consolarme en el sobresalto y afliccion con que me encuentras.

FERMIN.

¿Pues qué hai? Qué tienes?

FELICIANA.

Desdichas. Mi Tio queda ahora riñendo á su Esposa por no sé qué historias suyas que ha descubierto; pero sus disensiones en nada contribuyen á nuestro amor; ántes bien se confirma mi Tio en su intento con la oposicion que encuentra en ella. Algunas palabras que quise decirles, y que no me escucharon, sólo sirvieron de irritarlos.

FERMIN.

¡Ah, pobre Feliciana! Ya todos te persiguen para traspasarme el corazon, para aumentar en él mi ternura, para hacerme el mas desgraciado de los hombres.... ¿Y qué he ganado yo con volver á esta casa? Asistir á tu boda con Don....

FELICIANA.

Con D. Isidro: sí. Mi Tio le ha ofrecido por su parte mi mano.

FERMIN.

¡Con D. Isidro! Nó, sinó con D. Silvestre, de quien me ha dicho tu Tio que has de ser Muger. Ya ese buen Caballero es á un tiempo mi Bienhechor y mi Antagonista.

D. ROQUE.

¿Quantos Opositores hai á esta cátedra?

FELICIANA.

El Señor D. Roque nos favorece; y ya que no tenemos ocasion de hablar á solas, delante de él hemos de tratar del modo de salir de este aprieto.

D. ROQUE.

¿No han encontrado ustedes otro mas bonito para Encubridor? _ Pero, como no me interrumpan, hablen hasta mañana á estas horas.

FERMIN.

Á Dios, Feliciana mia. Antes me despidió tu Tio; pero ahora me despediré yo, pues me falta valor para verte padecer.

FELICIANA.

¿Y le tienes para dexarme en esta turbacion y peligro?

FERMIN.

Yo quisiera.... ¿pero nó? el tiempo es corto.... Voi á declararme con tus Tios, á decirles que te adoro....

D. ROQUE.

Baxen ustedes la voz.

FERMIN.

Y á impedir las pretensiones de quantos aspiren á tu mano.

FELICIANA.

Temería que tu amor te cegase, si no conociese tu prudencia....

FERMIN.

Somos infelices; pero no desconfíes. — Escucha.... ¿Qué vocería es ésta?

D. ROQUE.

Si digo yo que me han de hacer escribir mil disparates.

ESCENA XIII.

D. ROQUE, FERMIN, FELICIANA, D. ISIDRO y D. SILVESTRE.

D. ISIDRO.

[*Sacando el bolsillo.*]

Dígole á usted que no tiene razon en la opinion que defiende; y pongo cien pesos contra un real.

D. SILVESTRE.

No séa usted tan vivo. Yo (¿me entiende usted?) lo he leido aquí en un libro.... Va-

mos poco á poco.... Y en substancia, quando no lo diga (¿está usted?) un Autor clásico, absolutamente me doi por tonto.

D. ISIDRO.

Pues *absolutamente* veamos ese Autor; y deposítese la apuesta en D. Roque.

D. SILVESTRE.

[*Reconociendo un estante para buscar un libro.*]

Sosiéguese usted; que, como dixo allá, no se ganó Zamora en una hora.—El libro es éste. No hai que darse prisa, Señor....

D. ISIDRO.

Aquí está mi bolsillo....

D. SILVESTRE.

Para salir (¿entiende usted?) de la duda, no necesitamos aquí apuestas ni voces.—Me parece que ha de ser en el capítulo octavo....

D. ISIDRO.

Pero, Señor, apostemos, aunque no séa mas que una caxa de tabaco.

D. SILVESTRE.

Ya escampa.

[*Sale un* Hombre *de capa.*]

EL HOMBRE.

Señores ¿se vende aquí....?

D. ISIDRO.

Aquí no se vende nada.

EL HOMBRE.

La Historia de Carlo-mano?

D. ISIDRO.

[*Echándole por fuerza, y gritando.*]

Nó, Señor: allá en las gradas de S. Felipe. Vaya usted con Dios.

EL HOMBRE.

Perdone usted, Caballero. [*Vase.*]

D. ISIDRO.

Ahora que estamos en nuestra disputa, se nos viene con Carlo-mano. Que se vaya en-hora-mala.

FERMIN.

Cierto que el Amo tendrá buena ganancia, si le despiden así los Compradores.

D. SILVESTRE.

Quiero darle á usted con el texto....

D. ISIDRO.

Venga acá ese libro....

D. SILVESTRE.

Tenga usted paciencia....

D. ISIDRO.

Suelte usted, Señor.

[*Forcejando* D. Silvestre *y* D. Isidro *sobre quien ha de abrir el libro, se queda éste con una hoja rasgada en la mano á tiempo que sale el* Librero.]

ESCENA XIV.

Los dichos y EL LIBRERO.

EL LIBRERO.

¿Qué greguería es ésta? Desde allá dentro he oido que me han echado ustedes con caxas destempladas á los que vienen á comprar libros.... (*Á* D. Isidro.) ¿Y de mas á mas me rasga usted la hoja de la fachada de este tomo?— —Voto á....

[D. Roque, *espantado de los gritos del* Librero, *vierte el tintero, y mancha los libros que hai en la mesa en que escribe.*]

D. ROQUE.

Á Dios! Buena la he hecho!

EL LIBRERO.

¿Qué es eso? —¿Tambien usted, Seo Coplista?.... ¿Y en ustedes como este hom-

bre vierte el tintero, y me mancha una docena de libros?—Por vida de.... Y lo bueno es que los tenia ya vendidos.

[*Miéntras el* Librero *riñe al Poeta, y recoge los libros manchados*, D. Silvestre *se sienta, saca un corta-plumas, y empieza á cortar pedacitos de madera del mostrador.*]

D. SILVESTRE.

Por hacer algo probemos este corta-plumas.—Ola! Pues no es de mala casta.

EL LIBRERO.

¿Oye usted, Señor D. Silvestre? ¿No ha encontrado usted otra cosa mejor en que estrenar su navaja que el mostrador de mi tienda?

D. SILVESTRE.

En algo me he de entretener.

EL LIBRERO.

[*Volviendo el rostro á* Fermin *y* Feliciana, *que están hablando en secreto.*]

Digo, digo, Niños. ¿Tambien ustedes? Parece que todos se burlan hoi de mí. ¿Qué tienen ahora que hablar?—Como que ya me voi enfadando.

ESCENA ULTIMA.

Los mismos y LA TIA NICOLASA,

[*Que sale haciendo algunas contorsiones, y cáe desmayada en una silla.*]

Ai!.... Ai! Que me muero!.... Confesion....

FELICIANA.

¿Qué la habrá dado á mi Tia?

EL LIBRERO.

Ya la entiendo yo el mal. Ha tomado una rabieta, por que no la dexé salir con su tema. Está desesperada por que Fermin ha vuelto á casa, y por que no la permito casar á Feliciana con quien ella quiere.

NICOLASA [*quexándose.*]

Ah! Tú y esa pícara Sobrina me habéis de quitar los dias de la vida.

D. ROQUE.

Oiga! Parece que no ha perdido el habla.

NICOLASA [*cobrando aliento.*]

D. Isidro, si ese Fermin entra en casa, ya no hai nada de lo dicho.

D. ISIDRO.

¿Como nó? Pues ¿qué importa que el Mancebo esté, ó nó en la Librería?—¿Quan-

to quieren ustedes apostar á que la Feliciana ha de ser mia, y nó de otro?

D. SILVESTRE.

Vamos á espacio. Su Tio, está usted, me la ha ofrecido absolutamente así como suena.

NICOLASA.

Pues! No faltaba mas.

FERMIN.

Nadie puede negar el mérito y conveniencias de D. Silvestre y de D. Isidro; pero....

EL LIBRERO.

¡Qué mérito, ni que xácara! Ellos y D. Roque me tienen harto. ¿No es bueno que se vienen á alborotarme la tienda, y á hacer en ella mil destrozos y fechorías? Si ellos viniesen aquí por afecto á mi casa, mirarían con mas amor mi hacienda; pero ya voi viendo que toman esto como tertulia de comodidad.

FERMIN.

No quisiera yo, Señor, dar á usted tambien motivo de enojo. Si usted busca quien tenga verdadero amor á usted y á su familia, bien obligado me tienen á ello los favores que le debo. Animado de éstos, y temoroso

de que el callar en ocasion tan crítica me cueste la dicha de toda mi vida, me atreveré á confesar á usted....

NICOLASA.

¿Adonde irás á parar con toda esa letanía?

EL LIBRERO.

Calle, Señora: déxenos en paz.... ¿Y bien, Fermin? ¿Qué ibas á decir?

FERMIN.

Que ya no es tiempo de disimular, Patron mio: que Feliciana nació para....

NICOLASA.

Para hacerme rabiar.

FERMIN.

Nació para mí, y yo para Feliciana.

D. ROQUE.

Le aconsejo á usted que no la meta Monja. Yo soi testigo de que se requiebran.

NICOLASA [*al* Librero.]

¿No te lo decía yo?__Aun por eso vino D. Roque á abogar por Fermin. ¡Ah, traidor!...

EL LIBRERO [*á* Fermin.]

¿Qué osadia es ésa? Cierto que me coges hoi de buen humor. ¿Como te atreves á po-

ner los ojos en mi Sobrina, quando la tengo prometida á un hombre como D. Silvestre?

NICOLASA.

Y quando yo la he prometido tambien á D. Isidro.

FELICIANA.

Ninguno de estos dos Caballeros querrá vivir desdichado con una Muger cuyo corazon es ajeno.

D. SILVESTRE.

Por ninguna de las maneras.

D. ISIDRO.

Mas vale que esto se haya descubierto en tiempo; pero con todo, usted démela, que yo la haré acá á mis mañas. ¿Apostemos á que al fin me había de querer?

EL LIBRERO.

¿Apostemos á que yo no he de hacer sinó lo que séa de razon? — La propuesta de Fermin es bastante arrojada; pero necesita exâminarse.

FERMIN.

Señor, yo puedo jurar á usted....

NICOLASA.

Quítenme de delante ese Mocosuelo. ¿Qué Sujeto es él para....

EL LIBRERO.

Poco á poco, Nicolasa. Yo quiero hacer quanto pueda para no violentar á Feliciana. Hartos Tios han sacrificado ya Sobrinas, dándolas Maridos á disgusto. Es verdad que Fermin es de mui buena familia. Tambien es verdad...

NICOLASA.

Tambien es verdad que no tiene ni un quarto.

FERMIN.

Mi Primo es hombre de caudal. Movido de mis súplicas, y compadecido de mi desgraciado amor, me ha ofrecido que quando lograse la mano de Feliciana, podíamos ella y yo ir á vivir á su casa, donde todo nos sobraría.

EL LIBRERO.

Eso ya muda algo de especie; pero sin embargo....

NICOLASA.

Yo quedaría mui mal con D. Isidro.

EL LIBRERO.

Y no quedaría yo mui bien con D. Silvestre.

D. SILVESTRE.

¿Y qué? ¿Había yo de casarme con nadie (¿entiende usted?) por fuerza? Miro yo un poco mas (que digamos) por mi comodidad.—¿Qué le parece á usted? No hemos quedado lucidos? Absolutamente me ha pegado un chasco mediano el tal Fermin, despues que he intercedido por él.

[*Tomando el baston, y poniéndose el sombrero.*]

Vámonos de aquí, D. Isidro.

D. ISIDRO.

Yo tambien renuncio la Novia, ya que la Tia Nicolasa ha venido á brindarme con ella quando la inocentita ya había buscado su vida. ¿Apostemos á que el Amigo D. Silvestre lo siente mas que yo?—D. Roque, no volvamos mas á esta casa.

D. ROQUE.

Lo mas que yo puedo hacer, si estan ustedes contra el Amo de ella, es sacar al teatro en el primer Sainete que haga un Librero impertinente como él.

NICOLASA.

Sí, Señor D. Roque: hará usted una obra de caridad, y saque usted tambien al tablado

una Muchacha que todo el dia está cantando como Feliciana, y un Muchacho metido á Doctor, que siempre está leyendo como Fermin.

EL LIBRERO.

La Música y la lectura tomadas con moderacion son virtudes.—En fin, Señores: [*Á D. Silvestre y á D. Isidro.*] yo he procedido bien; y no tengo la culpa de que mi Sobrina no pueda ser de uno ni de otro. Y en este caso....

NICOLASA.

Algun desatino irás á hacer.

EL LIBRERO.

Déxame hablar, Nicolasa.... Yo no tengo que andar en contemplaciones con nadie.—Señor D. Isidro, á las Librerías se viene por libros, nó á destruir la hacienda del pobre Librero, ni á despedir á los que llegan á comprar.—Señor D. Silvestre, el mostrador de mi tienda me ha costado mi dinero. Si usted quiere partir leña, tome una hacha, y al monte.—Señor D. Roque, ni éste es parage destinado para escribir coplas, ni es razon mancharle á uno de tinta las alhajas de su casa.—Desde hoi en adelante conoceré lo que sacamos los Libreros de con-

sentir en nuestras tiendas á gente sin ocupacion. Desengáñense ustedes: las Librerías no son Cafées, ni casas de juego, donde hai licencia de gritar y hacer apuestas, sinó concurrencias propias de las pocas personas que hai eruditas y sabias.—Señora Parienta, aquí yo soi el que mando; y ya he tomado mi determinacion. Si usted tiene tema con Fermin y con la Chica, tanto peor para usted, que los verá ahora casados por muchas razones que tengo para ello.—Sobrinos mios, viviréis en mi casa; quanto tengo será para vosotros; y os deséo mil felicidades.

FERMIN.

[*Echándose á los piés del* Librero.]

La principal, que es la de nuestro matrimonio, la debemos á la prudencia y bondad de usted.

NICOLASA.

Marido, es imposible que tú puedas hacer cosa buena.

[*Vase.*]

FERMIN.

Aunque se vaya ahora enojada, nosotros sabrémos aplacarla con nuestro perpetuo rendimiento.

D. SILVESTRE.

Absolutamente usted ha hecho una brava alcaldada; pero ya me echará usted ménos quando se trate (¿entiende usted?) de tener divertida la tienda con novedades. Sólo por eso se ha de quedar usted sin saber el fin del cuento del Ladron.

[*Vase.*]

D. ISIDRO.

[*Al* Librero.]

Usted se ha perdido de ganar la apuesta que yo hacía á que Feliciana había de ser mi Novia; pero ese dinero mas me llevo en el bolsillo.

[*Vase.*]

D. ROQUE.

[*Recogiendo los papeles que tiene sobre la mesa.*]

Si usted hubiera pensado en darme por Esposa á su Sobrina, yo la hubiera inmortalizado con mis versos; pero ya que usted me echa de su Librería, no ha de tener la gloria ni la utilidad de vender mis obras.

[*Hace que se va; pero vuelve, y exclama con estos versos.*]

¡O Musas del Parnaso! es cosa fuerte

Que traten á un Ingenio de esta suerte!

[*Vase.*]

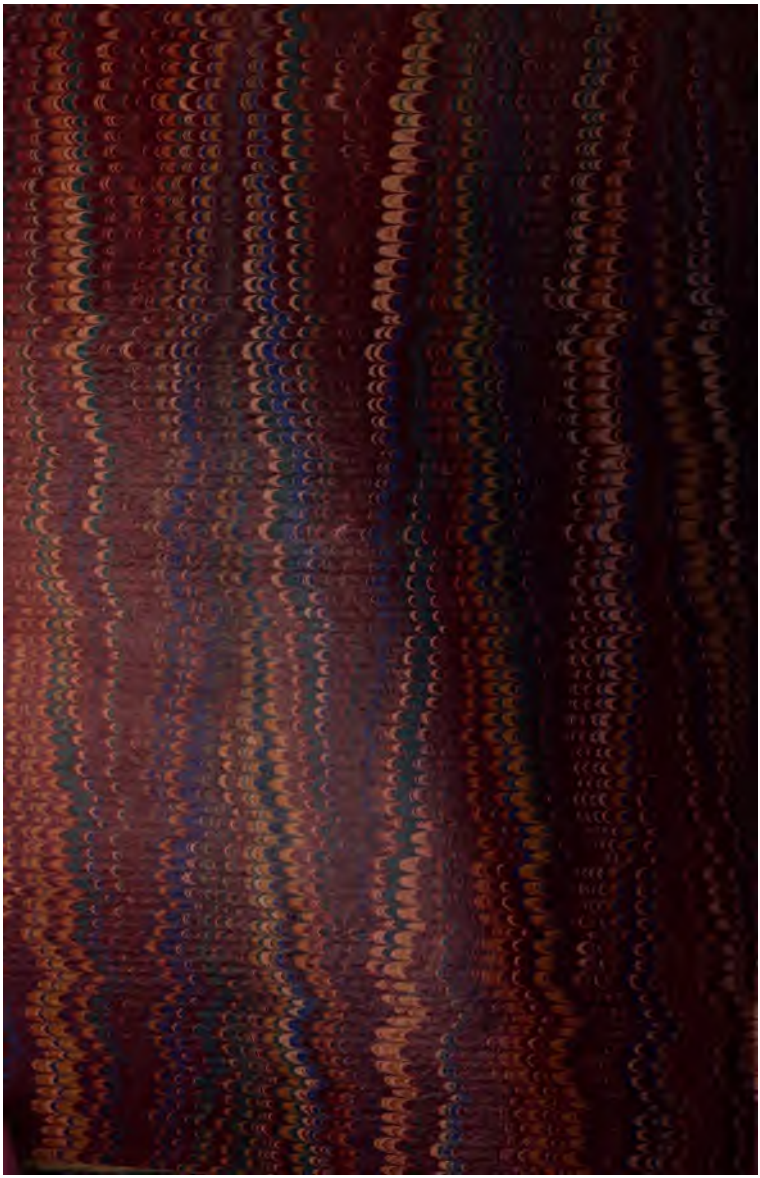
FELICIANA.

Ahora sí que podré cantar á mi sabor.

FERMIN.

El placer de vernos unidos convertirá en festiva tu Música que poco ha era triste.

EL LIBRERO.

Muchacha, siempre que te lo pida el cuerpo, canta; que mas quiero ver la tienda alegre, que alborotada con los gritos y porfías de esta gente.

[Feliciana *canta una tonadilla.*]